

A VECES
NO HAY SALIDA...
¿O SÍ?

¡SECUESTRADA!

VICENTE TRIGO ARANDA

¡Secuestrada!

Vicente Trigo Aranda

www.vicentetrigo.com

Domingo 1

- ¡Mecagüen la puta de oros! ¿Otra vez, Antonio? Hoy ya lo hemos repasado dos veces y la semana pasada no te quiero ni contar.
- ¡No me toques los cojones, Eloy! Estamos hablando de un secuestro, tenlo presente... ¡Un jodido secuestro! Se trata de algo muy serio.
- ¡Lo sé, coño! Deja de repetirlo.
- Si metemos la pata en cualquier detalle y nos cogen, nos encerrarán entre seis y diez años.
- ¡Ja, ja! Ya me gustaría a mí vivir tanto... Ahora mismo firmaba. ¡Ja, ja!
- Lo siento, hostias... No quería recordarte lo de tu cáncer.
- ¿Te pones tiquismiquis? ¡Vete a la mierda! Te pega menos que a un santo dos pistolas y, además, lo de mi hígado no tiene remedio... Y bien que lo sabes, porque por eso me he metido en este cotarro.
- ¿Cómo te vas encontrando?
- Aceptablemente, para tener metástasis... ¿Eres imbécil o qué? ¿Cómo voy a estar? Pues jodido, cabreado y... ¿para qué seguir? La verdad es que la culpa es mía, por haber sido un puto borracho y haber abusado tanto de la botella, pero que me quiten lo bailao.
- Todos hemos cometido estupideces en...
- Déjate de filosofías baratas, que sé hacerme las pajas yo solito... Según mis médicas, me queda un año y medio como máximo y, al menos durante los primeros meses, todavía podré disfrutar un poco... Y para eso necesito dinero y, sobre todo, para...
- Ya lo sé, no hace falta que me lo repitas, Eloy.
- ¡Mecagüen la puta de oros! Tú dándome la tabarra con el puto secuestro y a mí eso me importa un soberano carajo. Sólo me interesa la pasta y lo que hagas con mi parte cuando me haya ido.
- No te pongas melodramático que aún falta mucho y, además, todavía debemos agenciarnos el dinero. Volvamos a nuestro...
- ¡Ni de coña! Antes de repasar la operativa de nuevo, quiero dejar lo mío cerrado. ¿Está claro?
- Como deseas, pero creía que ya estaba todo concretado.

- Chocheas demasiado para mi gusto y no está el horno para bollos... Venga, repíteme una vez más lo que harás con mi parte, si es que conseguimos la pasta.

- ¡Tú sí que chocheas, Eloy!... De acuerdo, está bien, hoy nos sobra el tiempo, así que podemos malgastarlo como te dé la puñetera gana. ¿Por dónde empiezo?

- Por el principio, coño... Y me refiero al momento en que hayamos conseguido el rescate... si es que logramos evitar el circo que montarán para atraparnos cuando vayamos a por él.

- No te preocupes por eso, que tengo todo perfectamente organizado y, además, estoy...

- Te enrollas como las persianas, Antonio... Ve al grano, carajo, que tengo cáncer y voy a espicharla antes de que acabes. ¡Ja, ja!

- Me alegro de que te lo tomes a broma y... ¡Ay! ¡Cabrón! Como me sacudas otro pescozón como ése, te lo devuelvo duplicado... Vale, vale, te perdono porque te quedan tres telediarios.

- ¡Serás imbécil! Recuerda que tengo una pipa en la bolsa.

- ¡No me toques los cojones, que te la he dado yo!

- ¿Seguro que está limpia, Antonio?

- La pregunta ofende, gilipollas. Está inmaculada, como el alma de un recién nacido... Pásame una sin, que sólo faltaría que me parasen para soplar.

- Toma... y otra para mí, que te he prometido que no probaría el alcohol hasta que termine todo; además, con la medicación me sienta como un tiro... Volviendo al dinero del rescate, ¿no será demasiado un millón? Lo digo porque igual necesitan mucho tiempo para conseguirlo... y tiempo no me sobra, precisamente.

- ¡Joder, Eloy! Esa cantidad es la mínima que podemos exigir sin llamar la atención. Ya te he dicho mil veces que esa familia tiene pasta por un tubo, entre la cantera y el taller de calzado. Sería sorprendente que unos secuestradores la raptaran y pidiesen sólo cien o doscientos mil... No, no; todo el mundo sabría que pasaba algo raro... Lo normal, tratándose de una mafia, como vamos a intentar que cuele, sería que reclamasen dos o tres millones, incluso cinco, pero esas cantidades sí que alargarían el proceso.

- Bueno, un millón es una cifra redonda... Quedará muy bien en las noticias.

- Acuérdate de que la idea es mantenerlo todo en secreto, entre nosotros y el

marido, aunque ignoro si lo conseguiremos... Serán cruciales las primeras horas. Para ganar tiempo, le enviaré un mensaje desde el teléfono de su esposa, diciéndole que tiene problemas con una empresa extranjera y llegará tarde, que cene y se acueste sin esperarla... Confíemos en que esa mentira nos dé el margen que necesitamos, aunque no apostarí demasiao.

- Tú haz lo que puedas, Antonio... Anda, sigue con lo del dinero del rescate.

- Cuando lo tengamos en nuestro poder, haremos tres partes. Cuatrocientos para ti, otro tanto para mí y el resto para el carcelero.

- No me voy a quejar, porque soy el que menos arriesga, pero no acabo de entender que el tipo ése, que guardas tan escondido, admita un reparto así. ¡Coño! Es el que va a tener más curro, vigilándola a jornada completa, y el que menos tajada sacará.

- Tu memoria flaquea, será la medicación. ¡Ja, ja!... Vale, vale, no te cabrees, que era una broma... Ya te comenté que lo tengo agarrado de los huevos, por otro asunto que no hace al caso, e incluso lo haría por la jeta, simplemente a cambio de que enterrase su participación en ese lío... Sin embargo, consideré que un estímulo económico ayudaría a que hiciese su trabajo con más eficacia y diligencia.

- Estás en todo... Sigue.

- De tu parte, te llevarás cien mil para aprovechar al máximo tus...

- ¡Voy a follar como un semental! Quiero recuperar el tiempo perdido y no pararé hasta que se me caiga la polla a trozos.

- Bueno, haz lo que te salga de los cojones con ese dinero... El resto de tu parte, lo guardaré yo y se lo iré enviando a tu hija, de forma anónima, en cómodos plazos mensuales de mil euros... Si todavía sé dividir, tendrá para veinticinco años.

- ¿Y si la diñas antes? Porque tú tampoco eres un chaval, aunque te veas de cine.

- Tranquilo, que eso también lo tengo previsto y lo dejaré todo atado y bien atado. Ten la absoluta certeza de que el dinero le llegará a tu hija... ¿Aún sigues pensando lo mismo? ¿En serio debe ignorar de quien procede la pasta?

- Desde luego... Con lo orgullosa que es, ¡ha salido a su puta madre!, igual lo tiraba a la basura sólo para joderme... No, es necesario que mi hija desconozca de dónde salen los mil euros mensuales... Coño, igual creerá que tiene un admirador secreto, como la del ramito de violetas, y se le alegra la

vida, porque para mí que está tan amargada como su madre. Debe ser cosa de familia... Claro que reconozco que gran parte de la culpa es mía, porque no fui un padre modelo que se diga, pero, si mi ex hubiese sido de otra forma, otro gallo cantaría... La llegaste a conocer, ¿verdad?

- Sólo el día de vuestra boda y en un par de ocasiones más, acuérdate de que perdimos el contacto por aquel entonces. Reconozco que era muy atractiva.

- ¡Mucho!... ¡Y qué polvo tenía la hija de puta! Te juro que me dejaba seco en la cama. Tenía un coño divino... y, por desgracia, también un carácter infernal. Al principio, no me daba cuenta de nada con tanto folleteo, pero la muy zorra sólo pensaba en sí misma, en nadie más.

- Ya será menos, Eloy. ¡Qué exagerado eres!

- ¡Y una mierda! Cuando vio que yo no era tan ambicioso como ella esperaba y que nunca íbamos a nadar en dinero, se cerró de piernas y yo, como el maldito gilipollas que soy, me dediqué a la botella... Alguna vez sí que las volvió a abrir, y por eso nació la chica, pero para mí que la muy zorra lo hizo a propósito, para quedarse con el piso cuando pidiese el divorcio.

- Aquella sí que fue una gran putada.

- ¡Coño, que ni siquiera esperó a terminar la cuarentena!... ¿Sabes? Es posible que el último polvo que echásemos fuese en el que se quedó embarazada y debió de ser tan penoso que ni lo recuerdo.

- No todos los polvos son memorables.

- ¡Al principio, sí! Aunque la muy zorra no tardó en quitarse la máscara y dejar al descubierto quién era de verdad... el diablo camuflado de hembra... En el divorcio se aprovechó de estar recién parida y se inventó lo que le vino en gana contra mí... Palabra que no me jodió que me dejase en pelotas, bueno, un poco sí; lo que nunca le perdonaré es que criase a la chica en mi contra.

- Si no hubieses bebido...

- ¡Cállate cabrón, que no necesito que me lo restriegues por los morros! Sí, me convertí en un asqueroso borracho, ¡cómo nos joden la vida las malditas putas!, y cogió la oportunidad al vuelo, para impedirme visitar a mi hija... También es verdad que no le pasaba nada de dinero, porque me lo bebía todo.

- ¿Sabes algo de ella?

- Al poco de separarnos se enrolló con uno que tenía un negociete, pero, tras la orden de alejamiento, le perdí la pista... ¡Ojalá la muy zorra pille otro cáncer y sepa lo que es bueno!

- ¡Qué dura es la vida!
- ¡Como polla de beduino! Sobre todo con algunos, los desgraciados de siempre... Aunque a ti no te fue tan mal la cosa, hasta hace poco.
- Sí, no puedo quejarme, pero los dos últimos años ha sido un calvario. Me siento como el puto Job de la Biblia.
- Te envidio Antonio, porque al menos has disfrutado de un matrimonio en condiciones, aunque entiendo que lo tuyo es mucho peor que lo mío. Yo voy a diñarla pronto y, con tu honrosa excepción, nadie se acordará de mí, al menos con cariño... En cambio, a ti te toca seguir aquí, sobrellevando la muerte de tu esposa y, luego, lo de tu nieta. Yo sería incapaz de soportar tanto dolor... Ya me habría pegado un tiro, palabra.
- ¡La de veces que lo he pensado! Sin embargo, mientras ella siga viva todavía conservo la esperanza. Aun así, te confieso que las lágrimas me salen a borbotones cuando me quedo a solas. Te juro que me duelen los cojones del alma.
- ¡Para todo tienes!... ¿Y cómo está tu nieta? Y no me digas el nombre de esa enfermedad tan rara, que se me va a olvidar.
- Va tirando; arrastrándose más bien... aunque sigue peleando y eso es lo importante. Ahora la atiende un médico que parece saber por dónde van los tiros, no como las taradas que la trataron al principio, que eran unas inútiles; sin embargo, tampoco me hago demasiadas ilusiones... ¿Te imaginas lo duro que resulta ver el sufrimiento de una niña tan pequeña?
- No lo pintes todo tan negro, Antonio, que por eso nos hemos metido en un berenjenal como éste. Con tu parte del rescate podrás llevarla a Estados Unidos y allí la asistirán los mejores especialistas del mundo. ¡Ojalá yo tuviese una oportunidad así con mi cáncer! Lo mío es incurable.
- El que no tiene un pero tiene un manzano. ¡Ja, ja!
- De qué te ríes, ¿eh?
- Es sólo por no llorar... ¿Quién me lo iba a decir a mí? Toda mi vida siendo más honrado que un santo y aquí estamos, planeando cómo secuestrar a una pobre mujer.
- De pobre nada, déjate de paridas. Si yo tuviera una nieta en la situación de la tuya, también intentaría sacar dinero hasta exprimiendo piedras... Claro que, en mi caso, seguro que habría ido directo a atracar un banco como un burro con orejeras y me habrían pillado enseguida. Contigo al timón tenemos muchas

posibilidades de alcanzar el éxito.

- Lo único que le pido a Dios es que todo esto sirva para algo y consigan curarla, porque...

- ¡Mecagüen la puta de oros! No me seas nenaza Antonio, y deja de lloriquear, que igual te imito, coño.

- Vale, vale... Pásame uno de esos pañuelos del paquete.

- ¿Mejor?... Mira, lo importante es que consigamos el dinero para tu nieta; lo demás, carece de interés. Sé muy bien que yo soy prescindible; el chivo expiatorio, si llega el caso.

- ¡Deja de restregármelo por las narices! ¿Crees que escuchar eso me hace sentir mejor?

- Que somos mayorcitos, carajo, y es la puta verdad. Según lo has organizado, el asunto se podría llevar a cabo con sólo dos personas: tú y ése que tienes agarrado de los huevos. Si me has metido a mí, algo que te agradezco como no puedes imaginar, porque me da la oportunidad de hacer una última cosa por mi hija, sé perfectamente que es sólo para darte una salida si algo sale mal... y lo entiendo.

- ¡Joder! Oírtelo decir en voz alta todavía hace que me encuentre peor.

- ¡Menuda parida! Como me llamo Eloy que jamás te reprocharé nada; más bien al contrario. Si conseguimos el dinero, necesitamos impedir que te pillen, porque tu nieta no vería ni un céntimo y ella es lo principal.

- Gracias.

- No digas tonterías, que me has ofrecido la posibilidad de conseguir cuatrocientos mil euros por no hacer apenas nada. Si nos acorralan, algo que dudo mucho estando tú al mando, mi papel se reduce a dejar escrita una confesión y pegarme un tiro... Algo que, por otra parte, acabaré haciendo tarde o temprano, antes de que el cáncer me devore.

- La pistola que te he pasado es sólo para eso. Tengo tu palabra de que no la emplearás para otra cosa, ¿verdad? Bajo ningún concepto debes disparar a...

- ¡Qué pesado, carajo! Te he jurado un montón de veces que, por lo que a mí respecta, nadie saldrá herido. Aunque la Guardia Civil me esté rodeando, sólo usaré la pipa para darme matarile... Y si por una maldita casualidad me capturan vivo, y tampoco podemos descartarlo, porque nadie sabe la de vueltas que da todo, ten la seguridad de que mantendré el pico cerrado.

- Lo sé.

- En el supuesto de que me pillen, Dios no lo quiera, ¿seguro que no pueden llegar hasta ti tirando del hilo?

- Lo único seguro en esta maldita vida es la muerte; todo lo restante es más o menos probable... En cualquier caso, me extrañaría que alguien descubriese que estamos relacionados. En mi opinión, es altamente improbable.

- ¿Y no pensarán que alguien del pueblo está implicado en el secuestro?

- No es descartable, pero dudo mucho que yo sea sospechoso... Aunque te detuviesen, solo nos podrían conectar por las llamadas de los últimos años. Desde que se me ocurrió lo del secuestro, siempre nos hemos comunicado con móviles desechables, así que les resultará imposible cogernos.

- ¿Y si repasan mis llamadas antiguas?

- Lo dudo mucho y, además, te has movido tanto que la labor de rastreo sería muy difícil... Y, en el peor de los casos, ¿qué demostraría eso? Dos compañeros de la mili que todavía mantienen algún esporádico contacto.

- ¡Mecagüen la puta de oros! No jodamos la marrana, que la cosa es seria... Imagínate que me pillan vivo y averiguan que tú y yo estamos relacionados. Hasta el más tonto se olería que algo huele a chamusquina si resulta que se conocen el secuestrador confeso y...

- Eso no sucederá, así que deja de darle vueltas a la cabeza, que te acabará doliendo. ¡Ja, ja!

- Y tu amigo, ése que tienes agarrado de los huevos, ¿es de fiar?

- Por la cuenta que le trae, él es el primer interesado en que todo salga bien... En serio, no te preocupes, que ese flanco está bien cubierto. Aunque no es el novio que escogerías para tu hija, tiene dos dedos de frente y cumplirá su tarea a la perfección.

- ¿También irá armado?

- No llevará pistola, si te refieres a eso; él se maneja con la navaja... Le saca un palmo a la mujer, que, encima, estará encadenada. ¿Para qué cojones necesita más?

- ¿Él también tiene claro que la vida de esa tipa es sagrada?

- Desde luego. Bastante putada le vamos a gastar a la pobre; su integridad física es innegociable. Ni siquiera por mi nieta sería capaz de matarla.

- ¿Y si es hábil y se escabulle?

- ¡Ja, ja! Si vieras el lugar donde va a estar encerrada, sabrías que no tiene

escapatoria. Confía en mí, ese flanco también está cubierto.

- ¿Y si se lo camela? Sé, por experiencia propia, que algunas tipas se abren de piernas lo que haga falta para conseguir sus fines. Unos cuantos polvos bien echados y consiguen lo que quieren, porque los tíos nos derretimos como mantequilla al fuego y...

- ¡Ja, ja! Siempre con lo mismo... Tranquilo con eso también, que son como el agua y el aceite. Ella con pasta, educada y cerca de los cuarenta; él con un agujero en el bolsillo, no ha leído un libro desde que abandonó la escuela y bastante más joven.

- ¡Peor me lo pones! Ésos son los que caen antes en la trampa de los coños experimentados.

- ¡Ja, ja! No me hagas reír tanto, que me duele la tripa... ¡Ja, ja! Él ha follado más en cinco años que nosotros dos juntos en toda nuestra vida; acaso, sería ella la que cayera en sus redes. Por suerte, el secuestro se va a resolver en tan pocos días que no habrá tiempo material para hacer nada... Y dejemos el tema, que me recuerda que llevo una eternidad sin comerme un rosco.

- ¡No me jodas! ¡Eres un comemierda integral! ¿No sabes que estás comprando boletos para ganarte un cáncer de próstata?... ¡Joder! Eso no es para tomárselo a risa... Si no vacías las tuberías de vez en cuando, se acaban embozando.

- Pues ya me tiraré a una fontanera. ¡Ja, ja!... Y si no consigo a ninguna, le pediré a nuestro colega que me ceda sus sobras. ¡Ja, ja!... Es increíble con las tías; se las tiene que quitar de encima. Lo he visto con mis propios ojos.

- ¡Mi ídolo! Cuando todo esto acabe, me lo tendrás...

- Cuando todo esto acabe, no volveremos a vernos las caras, ni a contactar de ninguna manera.

- No te ponga tan serio, que ya lo sé. Sólo intentaba animar un poco el ambiente.

- Pásame otra sin, que tengo la garganta reseca de tanto hablar... ¿Repasamos de una puta vez lo del secuestro?

- Lo prometido es deuda, así que me dejo dar por culo una vez más... ¿A qué esperas?... ¡Joder, qué comodón! ¿Quieres que sea yo quien lo explique?

- En efecto. A ti es a quien le gusta darle a la sin hueso, así que adelante.

- ¡Qué pesado, carajo! Está bien... Mañana mismo me agencio un coche, lejos de aquí y de mi ciudad, para que nadie lo reconozca por una puta casualidad, y, después, le cambio las matrículas. Pan comido y, como puedo guardarlo

escondido en el garaje de un colega que está de viaje, aprovecharé para echarle un repaso al aceite, líquido de frenos y ruedas, además de llenar el depósito y despejar el maletero.

- Tenlo a punto. Sólo faltan dos días para el día D.

- ¡Ja, ja! Me gusta eso del día D; me suena a película americana... No pongas esa cara, que pareces un estreñido en el wáter... Sigamos... Cuando me llames, iré a tu pueblo. Doscientos kilómetros, así que un par de horas... Aparcaré cerca del taller de zapatos y esperaré a que salga ella. Según dices, suele marcharse sobre las seis y media o las siete... Una vez que suba a su coche, la seguiré y...

- Únicamente si va sola, recuerda, porque...

- ¡Que no soy un niño de teta, joder! Deja de interrumpirme con tonterías, Antonio... Se supone que ella irá directa a su casa, aunque es posible que se detenga en algún sitio a comprar cualquier cosa... Me lo tomaré sin prisas y, cuando coja la carretera que lleva a su chalet, te haré una perdida, si no hay moros en la costa.

- Es el único camino de acceso a su domicilio y sólo hay unas pocas casas dispersas cerca. En ellas vive gente mayor y a esas edades no suelen irse de casa tan tarde, así que sería una maldita casualidad que otro coche apareciese por allí a esas horas.

- Pues si sucede, nos jodemos y lo dejamos para el día siguiente, ¿no?... Continúo... Para evitar que ella piense que la estoy siguiendo, al llegar al último desvío giraré a la derecha. Entonces, si veo todo despejado, te doy otro toque para avisarte... Hay unos trescientos metros hasta tu escondrijo, de modo que dispondrás de unos veinte segundos para colocar la cadena de pinchos... ¿Seguro que ella no la verá en la carretera?

- ¡Que no soy tonto! A esas horas el sol estará dándole de lleno en los ojos o, si se ha retrasado con alguna compra, comenzará a anochecer y todavía mejor; la cadena será prácticamente invisible... Además, para distraerla, la telefonaré cuando le falte poco para llegar. Ninguna mujer deja pasar una llamada.

- Desde luego. ¡Ja, ja!... Bueno, mientras tú estás tan atareado, yo retrocedo y tomo la misma carretera que ella para encontrarme contigo, que ya la habrás dejado grogui... Aunque te parezca mentira, lo que me preocupa es tu parte, no la mía, porque sé que voy a hacerla bien y, sin embargo, veo muchas cosas que pueden fallar en la tuya...

- Dime.

- Por ejemplo, ¿cómo sabes lo que va a tardar en detenerse su coche? ¿Es posible que sus neumáticos le aguanten hasta su chalet?... ¿Y si el cloroformo, o lo que sea, no la deja KO? ¿Y si te reconoce y...?

- ¡Ja, ja! Que sé lo que me hago, no te preocupes por eso, Eloy... Sigue con tu parte y deja de tocarme los huevos.

- ¡Ya te gustaría! ¡Ja, ja!... Está bien... Cuando llegue a tu lado, me encargo de recoger la cadena de pinchos y la meto en una bolsa... Sí, ya sé que debo ponerme guantes, calma; nada de dejar huellas ni de clavarme con alguna púa que deje mi ADN por allí... Entre los dos, la atamos y la metemos en mi maletero... De todas formas, por mucho que tú te opongas a amordazarla para evitar que se ahogue en su propio vómito, yo me quedaría más tranquilo si lo hiciéramos. ¿Qué pasa si se despierta y se pone a soltar gritos al verse encerrada?

- ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Con la inyección que le endiñaré, va a pegarse unas cuantas horas dormida... Prosigue.

- Como quieras, carajo... Después de colocar a mi pasajera, me largo a toda leche, aunque respetando las señales para que ninguna patrulla me pare. Sólo me detengo en el puente que me cae de camino, para dejar caer con disimulo en el río la bolsa con los pinchos. De paso, aprovecharé para echar una meada o algo más, porque estaré más nervioso que un cocodrilo en una fábrica de carteras.

- Pues no te quiero contar cómo estaré yo. ¡Ja, ja! Desde que decidimos hacerlo, tengo diarrea todos los días... Anda, ve acabando, que todavía debo volver y se me está haciendo tarde.

- Tras deshacerme de los pinchos, continúo hasta la gasolinera que me indicaste; tardaré una hora, más o menos... Aparco el coche en un lugar apartado y dejo las llaves del coche sobre la rueda trasera izquierda. Luego, me coloco una gorra, para taparme al máximo la cara, y me dirijo hacia la parada de autobús que hay enfrente... Me tocará esperar, porque pasa cada hora, pero me llevará a la estación, desde donde tomaré un tren para regresar a mi casa.

- Huye de cualquier cámara de vídeo que detectes, ya lo sabes.

- Y debo mantener la cara lo más oculta posible, sin llamar la atención. ¿Nadie te ha dicho que eres un pesado?... Bien, eso es todo por mi parte para el primer día... Tu amigo recogerá el coche de la gasolinera, ¿no?... ¿Por qué no

quieres decirme donde dejará el equipaje?

- ¿Y para qué demonios necesitas saberlo, Eloy? La llevará lejos, muy lejos, porque peinarán a fondo el pueblo y todos sus alrededores, como si buscasen piojos... En cuanto al lugar de cautiverio, te aseguro que no podrá escaparse... y no me hagas más preguntas, demonios, que contra menos sepas mejor para todos.

- ¡Mecagüen la puta de oros! Sé muy bien que lo tienes todo perfectamente organizado, pero... De acuerdo, tienes razón; la curiosidad mató al gato... En resumen, mi papel en esta obra se reduce a ayudarte el día del secuestro y el de la recogida del rescate. Además, debo estar a tu disposición por si necesitas que eche una mano, a ti o a tu amigo... Sencillo, ¿verdad?... Por si acaso, de vez en cuando rezaré para que todo salga bien y no deba interpretar mi papel de chivo expiatorio.

- Seguro que no sucederá... aunque lo harías de puta madre, porque eres un cabrito de cojones. ¡Ja, ja!

Miércoles 4

- ¡Ya iba siendo hora! Parece que, por fin, has dejado de lloriquear como una niña. Llevas toda la mañana soltando lagrimones... ¿Es posible hablar contigo o piensas seguir quejándote?
- ¿Qué demonios quieres? ¿Dónde estoy? ¿Qué me has hecho? ¿Por qué...?
- ¡Eh, eh! Para un poco, que estás embalada y vas a conseguir que me duela la cabeza. Paciencia, que no tenemos ninguna prisa.
- No la tendrás tú, hijo de puta... Quiero irme a mi casa...
- Y yo a la mía, no te jode. ¿Te crees que me hace alguna gracia estar aquí perdiendo el tiempo, haciendo de niñera de una ricachona?
- ¡Tu puta madre! ¡Cómo te...!
- Es la segunda vez que aludes a mi madre y, como vuelvas a hacerlo de nuevo, te juro que te sacudo una hostia y te lavo la boca con jabón. ¿Entendido?
- ¡Dios mío!... Debo estar soñando y esto resulta ser una pesadilla, porque no tiene el menor sentido... Mi secuestrador se ofende porque suelto un taco y cree que me refiero a su mamá. ¡Alucino en colores!... ¡Qué va, no estoy dormida! Recuerdo que estaba conduciendo y reventó una rueda..., o más. ¿Es eso posible?...
- Has estado casi diez segundos callada. ¡Qué maravilla!... ¿Podemos dejarnos de tonterías y hablar como personas adultas?
- Y lo pregunta un tipejo que se cubre la cara con una capucha, como si estuviera disfrazado para el carnaval.
- Deja de ponerme verde, que no la llevo por mi gusto.
- Pues te jodes, que es lo que menos te mereces.
- ¡Qué iluso soy! Y yo pensando que me lo ibas a agradecer... Tienes una bonita cabeza... ¿Por qué no la empleas un poco? ¿O es que sólo la utilizas para llevar ese peinado tan elegante?
- ¡Serás hi...!
- Parece que sabes controlarte. Mejor así.
- ¿Es potable el agua de la botella?
- Se supone que es mineral, así que adelante, bebe cuanta quieras... Sin

prisas... ¡Qué ansia! Te la tragas en plan camello; está claro que tenías un reseco bestial.

- Estaba sedienta, sí... Supongo que será por la droga que me has metido en el cuerpo... ¿Qué ha sido? ¿Burundanga u otra cosa?... ¿Me has violado mientras estaba inconsciente?

- La última pregunta me resulta ofensiva... Si no te fías, bájate las bragas y comprueba que tu coño está intacto... ¿Con quién cojones te crees que estás tratando? Nunca he necesitado drogar a una tía para follármela... y menos a una señora mayor como tú.

- ¡Qué! ¿Yo vieja?... Todavía no he cumplido los cuarenta, imbécil... Y no me digas que represento más, porque...

- ¡Calla de una maldita vez! Me estás dando la razón... Para mí, eres una señora mayor.

- ¡No me jodas!... ¿Cuántos años tienes?

- Veinticinco.

- Eso explica tu inmadurez... Con la capucha resulta difícil acertar tu edad... ¿Cómo demonios has sido tan estúpido de meterte en un secuestro siendo tan joven? ¿Pensabas que es lo mismo que robar un monedero del bolso en un descuido? Es imposible que seas tan imbécil... Un secuestro es un delito muy serio.

- Algún día te... Da igual, contra menos sepas, mejor.

- Tienes razón... Ése es el motivo de ocultar tu rostro, ¿no? Mientras no pueda identificarte, me dejarás salir viva de aquí.

- Exacto, por eso es muy importante que ignores quién soy. Te juro que no quiero hacerte daño, pero también te digo que, si me viese obligado a elegir entre pasarme la tira de años tras los barrotes y tu vida, no sé por dónde saldría. ¿Me explico?

- Como un libro abierto... Gracias por tu sinceridad; me gusta saber a qué atenerme... Supongo que lo de recuperar mi libertad estará condicionado a que mi esposo pague un rescate... Porque se trata de un secuestro por dinero, ¿no?

- Sí, el puto dinero, que mueve el mundo.

- Alguna vez imaginé que me podría suceder, lo confieso, pero pensaba que sería algo más profesional; una banda del este formada por antiguos combatientes o algo así... No lo digo por molestarte, pero lo tuyo parece un

montaje de aficionado... y eso me asusta.

- ¿Por qué?

- Porque alguien que tiene experiencia es más difícil que se deje llevar por los nervios en su trabajo. Tú, en cambio, es evidente que eres novato en estas lides y cuando surja el primer problema, y no dudes que surgirá, y más de uno, pues no sé cómo reaccionarás... Eso es lo que me asusta.

- Tranquila; como te he dicho, estoy aquí para cuidarte.

- Y yo voy y me lo creo. ¡Ja, ja!... Y por curiosidad, ¿cuánto dinero cuesta mi liberación?

- Un millón.

- ¡Joder! No te andas con chiquitas... ¿Qué se supone que vas a hacer con tanto dinero?... No, no digas nada; prefiero no saberlo... Es mucho dinero.

- No es eso lo que dicen mis colegas...

- ¡Qué! De modo que soy varios... Ya me extrañaba que a ti solito se te hubiera ocurrido...

- ¿Te gusta tocarme los huevos? Porque si quieres me bajo los pantalones y...

- No, gracias... Sería demasiada excitación para una anciana.

- ¡Ja, ja! Me gustas más así, con sentido del humor... Ya te lo he dicho antes, mientras estabas lloriqueando sin parar, aunque por lo visto no te has enterado de nada de lo que ha salido de mi boca... Yo no te he secuestrado; mi papel se reduce a ser tu niñera hasta el momento en que tu marido nos entregue el dinero.

- Igual tarda bastante tiempo en conseguirlo.

- Lo dudo mucho... Según mis colegas, en tres o cuatro días todo habrá acabado y estarás de vuelta en tu mansión.

- ¡Ojalá!

- Estamos muy bien informados... Tú eres Sandra Castillo, casada con Emilio Barrado. También sabemos que tu padre sufrió un ictus y ahora está ingresado en una residencia, que es el dueño de una cantera y tú posees una empresa que exporta calzado de alta gama...

- Dejémoslo... ¿Cómo quieres que te llame? Porque es evidente que no puedes decirme tu nombre real.

- Elige el que prefieras, me da igual.

- Pablo... no... Iván... no... Carlos... no.

- Decídete por uno cualquiera, ¡joder!
- Mateo... Me gusta cómo suena; además, creo que te pega.
- Pues a mí me parece un nombre de gato, pero tú mandas... Desde ahora puedes llamarme Mateo.
- ¿Y qué opinas, Mateo? ¿Crees que yo valgo un millón?
- ¿A qué viene esa estupidez? Toda vida es sagrada.
- ¡Menuda palabra! Nunca habría esperado oírla saliendo de tu boca.
- Si me conocieras, sabrías por qué la he dicho, pero cambiemos de tema... Aunque si me lo preguntabas en el otro sentido, te diré que no estás nada mal para tus años... Pero olvídate de esa sonrisa tonta. Ninguno de mis amigos pagaría más de cien euros por acostarse contigo.
- ¡Qué cabrón eres! ¡Capullazo!
- ¡Ja, ja! Te gusta tanto tocarme los huevos, que me apetecía devolverte la pelota.
- Eres inaguantable.
- Tampoco vamos a estar mucho tiempo juntos, así que podrás soportarme... Será cosa de tres o cuatro días, no más. Luego, te soltaremos y volverás con tus amigas adineradas, a tomar el té o ir al club de tenis o lo que hagáis las señoras ricachonas.
- ¡Madre mía! ¡Lo que me faltaba! Me ha ido a tocar en suerte un misógino.
- Tu padre... por si acaso
- ¿Qué pasa? ¿No sabes qué significa?
- No.
- Pues un misógino es un hombre que tiene aversión a las mujeres... Una especie de machista, en otras palabras.
- Te equivocas, Sandra... Yo adoro a las mujeres.
- ¡Ja! Lo que tú adoras es follártelas.
- Eso también, desde luego, pero te juro que... Bueno, dejemos eso, que no vamos a llegar a ninguna parte... Descríbeme lo que hay a tu alrededor.
- ¡Qué! ¿A qué viene esa tontería?
- Tampoco es tan complicado, ¿no? Límitate a decirme lo que ves... A veces te dejaré sola y no quiero que tengas problemas.
- ¿De qué hablas?... Bueno, mejor no saberlo, que ya estoy hasta los ovarios

de ti... Estamos en una especie de cueva, casi en penumbras. El camping gas da poca luz y tu linterna tampoco ilumina demasiado.

- Afuera tengo otro para calentar las comidas y bombonas de repuesto... ¿Has mirado el contenido de las cajas?

- ¿Cuándo coño iba a hacerlo, si acabo de despertarme, como quien dice?

- Repásalas después... En la de la izquierda encontrarás un par de linternas para ti y un mogollón de pilas, para que no te quedes nunca a oscuras.

- Un detalle por tu parte, Mateo.

- Me resulta extraño que me llames así, pero ya me acostumbraré... En la caja de la derecha tienes papel higiénico, varios paquetes de pañuelos y una bolsa de compresas, por si te viene la regla.

- Si mi secuestro acaba en menos de una semana, como tú dices, no las necesitaré... Ese cubo de plástico que hay aparte, ¿se supone que es para hacer mis necesidades?

- En efecto.

- ¡Qué asquerosidad!

- Yo tengo otro igual, así que no te quejes.

- ¿No pretenderás que mee o cague delante de ti? Porque no paso por ahí.

- Relájate, que tampoco me apetece mirarte en esos momentos; no soy un perverso... Justo afuera hay una pequeña gruta, no tan grande como ésta, y ahí estaré casi siempre, a no ser que te apetezca charlar un rato.

- ¿Y la comida? Porque aparte de la fruta que veo encima de la mesa, no observo nada más comestible... Salvo unos cuantos packs de agua mineral... Por lo menos, no moriré de sed.

- ¿Siempre eres tan quejica?... Las latas de comida las guardo en mi sitio, junto con los cubiertos y los platos, para que no tengas ninguna herramienta con...

- ¡Ja, ja! ¿Acaso crees que te voy a amenazar con una cuchara?

- Nunca está de más ser precavido... y tú ya deberías haber aprendido esa lección, Sandra.

- ¡Qué imbécil! Estabas empezando a caerme mejor y se te ocurre joderme la moral... ¿Cómo puedes ser tan idiota?... De todas formas, yo también soy estúpida. ¿Qué otra cosa podía esperarme de un tipejo que me ha encadenado la pierna a la pared?

- Lo hago por tu seguridad... Y es bastante larga, para que tengas libertad de movimientos; además, apenas pesa y no te molestará cuando te muevas.
- No te molestará a ti, gilipollas, que no la llevas... Aunque le hayas puesto espuma al grillete, supongo para que no me roce, es una putada y...
- Que sólo van a ser unos pocos días, no te pongas histérica.
- ¡Lo que faltaba por oír!... El capullo me secuestra, me encierra en una cueva, me encadena y, encima, me acusa de estar histérica... ¿Eres siempre así de subnormal?
- Directa a la yugular, ¿eh?... Deja de quejarte tanto que, por lo menos, tú tienes un somier; yo duermo directamente en el suelo.
- ¿Y...? ¿Acaso intentas darme pena para que te invite a mi cama? ¡Tú deliras!
- Antes me acostaría entre escorpiones que contigo, así que no te hagas ilusiones... Y, aunque te lamentes por todo, tú lo tienes mejor que yo. Colchoneta de espuma sobre el somier y encima el saco de dormir; como la temperatura aquí bajo es constante, yo creo que descansarás bien.
- ¿Me soltarás la cadena por la noche?
- Tres o cuatro días se pasan de cualquier modo, así que aguántate... Lo siento, milady, pero en mi hotel tampoco hay ducha, ni agua caliente, ni...
- ¡Tómale el pelo a quien yo te diga, capullo! Así que me tocará llevar la misma ropa día y noche, ¿no?
- Salvo que te apetezca dormir en pelotas... Entonces sí que te soltaría la cadena para que te quitases el pantalón.
- ¡Ya te gustaría! Dormiré vestida.
- Mejor así, porque hay muchos bichos por aquí y, aunque son inofensivos, supongo que no te gustaría que algo se metiese donde...
- ¡Cállate, idiota! Si pretendías asustarme, lo estás consiguiendo. Le tengo fobia a las arañas... Cerraré bien el saco. Sudaré como si estuviera en una sauna y me despertaré empapada, pero odio los bichos.
- A su gusto, milady... Por lo demás, espero que encuentre confortable su habitación... La monté yo solo, en menos de una semana. Lo más costoso fue colocar la argolla de la pared; es una roca muy dura.
- ¿Y has necesitado siete días para esta chapuza? Si trabajaras en mi taller, te habría despedido al primer día. ¡Qué ineptitud! Y encima te sientes orgulloso de tu hazaña... ¡Por Dios! Con tantos posibles secuestradores que hay sueltos

por el mundo y me tiene que tocar el más subnormal de todos.

- ¡Menuda mala leche que te gastas, guapa! Y yo no te he secuestrado, ya te lo he dicho... Mi papel se reduce a evitar que te escapes o te pase algo, que para el caso es lo mismo, porque una señora como tú no sobreviviría ni medio día en la sierra.

- ¿De qué sierra hablas?

- ¿Es que no te has enterado de nada cuando te lo he explicado antes? No me extraña, porque estabas lloriqueando sin parar. Si hasta parecía que tuvieras hipo... ¡Qué manera de soltar mocos! ¡Ja, ja!

- ¿Acaso pretendes que me excuse por mi reacción?... ¡La madre que me parió! Estaba de regreso a casa y, de pronto, me despierto de mala manera en medio de una cueva, porque me han drogado para secuestrarme, y me doy cuenta de que estoy encadenada y me vigila un tipejo oculto bajo una capucha... Y, encima, el capullo me larga una disertación sobre cuevas... Y le sorprende que no le preste atención... ¿Se puede ser más idiota?

- Disculpa, igual me he pasado... Perdona, tienes razón. Debería haberme puesto en tu pellejo y lamento no haber caído en que podías estar en shock... Venga, Sandra, cálmate y deja de llorar, que...

- ¿Qué quieres, que deje de portarme como una niña y lo haga como una mujer?

- En efecto... Seamos adultos y hablemos.

- ¿Y qué entiendes tú por comportarse como una mujer? ¿Esperas que imite a tus conquistas? Porque si para ti ser mujer consiste sólo en abrirse de piernas, no me cuesta nada hacerlo... Mira, pantalones abajo. ¿Sigo con las bragas?... ¿Es eso lo que quieres? ¿Follarme?

- No voy a entrar en tu juego, Sandra... Súbete los pantalones, por favor... Por favor... Y cuando te liberemos, cómprate una ropa interior que no sea de abuela. ¡Ja, ja!

- ¡Cabronazo mal nacido!

- ¡Ja, ja! Prefiero que estés furiosa a que llores... ¿Vuelvo a explicarte dónde estamos?

- ¡Vete a la mierda! Haz lo que te pase por los cojones.

- Atiende, que esto es importante para ti y podría ser peligroso si cometieras alguna estupidez.

- ¿De qué estás hablando?

- No se me ocurre cómo podrías conseguirlo, pero imaginemos que te liberas de la cadena, resulta que yo estoy fuera y decides aprovechar la oportunidad para escaparte.

- Es exactamente lo que haría.

- Pues tomarías una muy mala decisión, te lo aseguro... Es imposible que salieras con vida de aquí.

- Si tu intención es asustarme de nuevo con los bichos, lo tienes crudo... Dudo mucho que haya animales peligrosos.

- Puedes creer lo que te dé la real gana, pero no iba a referirme a animales... Estamos a decenas de metros bajo el suelo y...

- ¿Esto es una mina abandonada?

- ¡Hostias! ¡Cuánto te gusta interrumpirme?... No, aunque a unos kilómetros de distancia sí que hubo una. Por eso se fundó el pueblo de mi abuelo... Viví muchos años en su casa y él fue quien me enseñó este lugar... Es un laberinto de grutas y cuevas que ha ido excavando un arroyo subterráneo a lo largo de miles o millones de años... Presta atención... ¿escuchas algo?

- No... No... Espera... Me parece escuchar un lejano susurro.

- Buen oído... Es el agua que recorre la sierra bajo el suelo... Ahora es poca cosa, pero, cuando llueve, se transforma en un torrente del cojón y baja con una fuerza bestial, que podría arrastrarte.

- ¿Y dónde desemboca?

- Ni idea... A los doce años intenté averiguarlo y casi me ahogo al quedar atrapado en un túnel estrecho. ¡Qué miedo pasé!... Una vez mi abuelo me comentó que termina en el mar, pero no puedo confirmártelo. Aunque estamos lejos de la playa, él solía saber de qué hablaba, así que es posible que tuviera razón.

- Entendido... Si me escapo, me recomiendas alejarme del agua, por si acaso.

- El verdadero peligro está en perderse y seguro que lo harías... Te doy mi palabra de que la maraña de pasadizos y galerías se extiende muchos kilómetros y se desarrolla a varios niveles. Es más fácil ganar el gordo que salir de aquí, palabra... Ni se te ocurra escapar, Sandra, porque tardaré meses en encontrar tu cadáver.

- ¡Que no soy una niña a la que puedas asustar tan fácilmente!... Tú estás aquí... Puedo seguir tu rastro y llegar hasta el exterior.

- ¡Ja, ja! Me temo que has visto muchas películas del oeste... Si me pegase un

año o dos entrando y saliendo, quizás dejara alguna marca o señal que te sirviera de referencia; en tan pocos días, sólo un perro adiestrado podría encontrar la salida... Te doy mi palabra de que soy la única persona que sabe desenvolverse por este lugar.

- También tus colegas, ¿no?

- Claro, no te preocupes... Aunque les he tenido que hacer un plano detallado, porque de otra manera serían incapaces de llegar hasta ti... ¿Por qué crees que empleé una semana en montar todo esto? Lo más jodido fue bajarlo todo a mano. ¡Qué paliza!

- ¿Por qué no empleaste una carretilla?

- Traje una, pero se le jodió la rueda con un pedrusco y, desde entonces, deja un surco a su paso... Como no quiero dejar ninguna huella de mi presencia, he tenido que olvidarme de ella.

- ¿Y cómo me has bajado a mí?

- En brazos, desde luego... Al verte tan bajita, pensé que sería sencillo, pero pesas un cojón. ¡Cómo engañas!

- ¿Insinúas que estoy gorda, capullo?

- Ni mucho menos, estás en el punto justo... Aunque me he visto obligado a hacer varias paradas intermedias para descansar y, como te he dejado en el suelo, por eso llevas los pantalones manchados.

- Ahora me explico por qué llevas un chándal tan sucio... Y yo que creía que eras un guarro. ¡Ja, ja!

- Ya te he dicho que tres o cuatro días se pasan de cualquier modo... Lo siento, pero hoy tengo prisa; ya charlaremos más en otro momento... Aún me queda mucho por hacer.

- ¿Qué haces con mi móvil?

- Es una preciosidad de aparato, se nota que te sobra la pasta... Dime el PIN, por favor.

- ¿Y si me niego?

- No digas tonterías... Lo voy a utilizar para darle instrucciones a tu marido y como tendré que irme muy lejos, para que no localicen mi ubicación, si no me dices tu PIN me veré obligado a llevarme tu dedo para...

- Cincuenta cincuenta.

- Gracias... Sí, está bien... Límpiate un poco la cara y sonrío, que necesito

hacerte una foto.

- ¿Para qué?

- ¡Cuántas preguntas haces!... Es para que tu marido sepa que estás en nuestro poder... De paso, le indicaré que tenga listo el millón en billetes no marcados, que mantenga en secreto tu desaparición; lo típico, vamos... Si todo marcha como tenemos previsto, el sábado por la mañana ya estarás en tu casa... ¿Se te ocurre que añada algún detalle para que tenga la certeza de estás viva?

- Inserta tres besitos al final. Siempre lo hago.

- Gracias... ¿Preparada?... Ya.

- ¿Me la enseñas?

- Has quedado bien, pero lo tengo que apagar, para no quedarme sin batería.

- Aguanta días.

- Por su precio, me lo imaginaba... Y ahora déjame explicarte algo... Durante tu estancia aquí tendré que salir fuera de vez en cuando para informar a mis colegas, porque aquí debajo no hay cobertura, como puedes suponer... Lo malo es que tampoco la hay en el exterior, lo que me obliga a desplazarme hasta casi la cima de una colina cercana... De modo que te dejaré sola un buen rato. No te impacientes, que...

- ¿Y si tienes un accidente y no regresas?

- ¡Ja, ja! Me encanta que te preocupes tanto por mi salud... Si omito alguna de mis llamadas diarias, mis colegas aparecerán para hacerse cargo de ti... Te repito que lo tenemos todo previsto.

- ¿Ya te vas?

- Sí, pero te aviso que hoy tardaré mucho más... Tranquila, que volveré.

- ¿Por qué la demora?

- Sólo nos interesa tu móvil para asegurarnos de establecer el primer contacto con tu marido, porque seguro que mira lo que llegue procedente de tu teléfono; en los posteriores, utilizaremos desechables. Con esos da igual que los rastreen, porque los iremos tirando conforme los usemos; pero con el tuyo debemos...

- Ya lo pillo. Te vas a ir al quinto pino para enviarle el mensaje a Emilio, de modo que tardarás varias horas, ¿no?

- Bien deducido.

- ¿Vas a pasar por algún pueblo?

- ¿Por qué te interesa eso?
- Podrías comprarme algunas naranjas o kiwis, que en la mesa solo veo manzanas y plátanos, y estríñen bastante... De paso, compra alguna bolsa de frutos secos para picotear... y chocolate... Y me vendría bien alguna novela, para no aburrirme.
- Sus deseos son órdenes para mí, milady. ¿Algún libro en particular?
- Me es indiferente, es sólo para distraerme... Y otra cosa, Mateo.
- ¿Qué?
- Me caes bien... Aún no te has ido y ya te echo de menos.
- Me alegro... Volveré lo antes posible, no te preocupes.
- ¡Ja, ja! ¿En serio te lo has creído? Eres más inocente de lo que pensaba.

Jueves 5

- ¿Puedo pasar, mi brigada?
- Adelante.
- Se presenta la sargento Asensio, que...
- No me vengas con formalismos, Julia, que te conozco desde niña... Estás hecha toda una mujer. ¿Puedo abrazarte? Si te incomoda, dímelo, que...
- Encantada... siempre que no me presione la barriga... Ignoro si se ha fijado, pero estoy embarazada.
- ¡Vaya novedad me cuentas! ¡Ja, ja! Como bien sabes, en el Cuerpo los secretos duran muy poco y los cotilleos circulan a la velocidad de la luz... Cuando me enteré, me tomé una cerveza a tu salud para celebrarlo... Deja que te admire... Estás deslumbrante, palabra. ¿Cuánto te falta?
- Unos tres meses... ¿Le importa que permanezca de pie? Llevo casi cuatro horas de coche y tengo las piernas hinchadas.
- Como estés más cómoda, Julia... Igual hasta te sienta bien pasear por el despacho mientras hablamos, para desentumecer las piernas... y tutéame, por favor, que casi te vi nacer.
- Preferiría mantener el tratamiento oficial, mi brigada, para evitar que lo trate con demasiada familiaridad delante de sus hombres y haya quien lo entienda como una falta de respeto.
- ¡Ja, ja! ¡Como si eso les sorprendiese!... Pero, en fin, sea como tú quieras, que para eso estás embarazada y mereces que satisfaga cualquier antojo que tengas... ¿Lo estás llevando bien? Porque mi nuera lo pasó fatal.
- Por el momento de maravilla. Sólo unas pocas nauseas matutinas al principio, aunque cada vez me encuentro más pesada.
- ¡Cómo te envidio! La maternidad es el milagro más maravilloso de esta vida... Supongo que tus padres estarán muy ilusionados con la idea de ser abuelos. ¿Qué tal les va? Desde que servimos juntos en el norte, no les he vuelto a ver.
- Muy bien... Estaban esperando a que papá se jubilase, dentro de dos años y pico, para dedicarse a viajar, pero ahora que la familia va a ampliarse, dudo mucho que se vayan muy lejos.
- ¡Ja, ja! Más te vale mantenerlos alejados todo lo que puedas... No pongas

esa cara que, si no me haces caso, malcriarán a tu hijo... Porque es niño, ¿verdad?

- ¡Ja, ja! ¡Qué servicio de información tan eficaz!

- En la Guardia Civil estamos al tanto de todo, como bien sabes... Discúlpame, estarás cansada y yo dándote la tabarra con tu familia... Pasemos al asunto que te ha traído aquí y, luego, vete a comer algo, que en tu estado necesitas acumular toda la energía posible.

- Algo de hambre sí que tengo, lo reconozco.

- Aunque estaba informado de que andabas en la UCO, me ha sorprendido que te enviaran a ti. ¿Por qué lo han hecho?

- ¡No me joda! Estoy embarazada, no enferma, mi brigada.

- Deja de cabrearte, que no soy de los de la pata quebrada y en casa, ya me entiendes... Lo decía porque hay secuestros que duran varios meses y, si este caso se alarga, puedes ponerte de parto en medio de la investigación

- Lamento mi reacción, señor... Es que, como sabe muy bien, en el Cuerpo todavía hay ciertas reminiscencias machistas y las mujeres lo tenemos especialmente difícil para abrirnos paso. Cuando creo detectar un comentario paternalista saco enseguida las uñas y, en ocasiones, admito que me excedo en mi reacción. Lo siento.

- Me disculpo en nombre de todos los varones del Cuerpo... o de la inmensa mayoría, para hablar con más propiedad.

- Gracias... En cuanto a la duración del secuestro, tiene trazas de ser breve. *A priori* parece ser obra de una banda profesional, sudamericana o del Este... Actúan con eficiencia, cogen el dinero y desaparecen antes de que nos demos cuenta... Por el bien de Sandra Castillo, espero no equivocarme.

- ¿Por qué?... Es simple curiosidad; no me contestes si consideras inadecuada mi pregunta. Es que nunca me he visto metido en un secuestro y mi experiencia en el tema es nula.

- Los profesionales acostumbran mantener con vida a sus rehenes hasta cobrar el rescate, algo que intentan conseguir cuanto antes. Después, normalmente los dejan en libertad; y más en este caso, que se trata de una mujer... Dan por supuesto que los vamos a perseguir, claro, pero también saben que nuestros esfuerzos serán mucho más intensos si hay una muerte por medio.

- Nunca había pensado en esa cuestión... Aunque nuestro trabajo nos obliga a intentar recuperar el dinero, el asesinato de una mujer lo tomaríamos como

algo personal. ¿A eso te refieres?

- Más o menos, pero debo advertirle que mi comentario anterior es una mera sensación, no una certeza, porque acabamos de empezar... De hecho, el cabo Lamata, que es mi compañero en la investigación, no ha venido a su despacho para presentarse porque le he ordenado que fuese repasando toda la información sobre el caso.

- Por desgracia, apenas hemos averiguado nada... Y dile al cabo que se olvide de formalidades y se dedique a lo suyo, que el pueblo entero está rezando por Sandra.

- De ella querría hablar, mi brigada. ¿Qué puede decirme de su...?

- Antes de responder a todas las preguntas que desees hacerme, me gustaría que contestases a la mía, que parece como si te estuvieses escaqueando. ¿Por qué has venido tú, precisamente?

- Ha sido una orden directa del coronel.

- ¡Joder, eso son palabras mayores! Explícate, anda... porque hay gato encerrado, ¿no?

- Cuando el señor Barrado recibió el mensaje de los secuestradores se quedó sin saber qué hacer, como le pasaría a la mayoría de la gente. Se le indicaba que nada de avisarnos y, como no supo permanecer sin hacer nada, optó por telefonar al tío de su esposa, que es diputado en el Congreso. Él fue quien llamó al coronel y...

- ¡Ja, ja! No sigas, que está claro como el agua. Para evitarse problemas, o para que le debiesen un favor, ¡quién sabe!, nuestro alto mando se comprometió a darle la investigación a su mejor hombre, mujer en este caso, y por eso estás tú aquí.

- Gracias por el elogio, pero no creo merecerlo.

- No te hagas la humilde, que ambos sabemos que eres la mejor investigadora de la UCO. Tu reputación te precede, sargento, y, además, es completamente merecida... ¡Ja, ja! Con lo dura que eres y sonrojándote... Cuando se lo cuente a tu padre, no se lo va a creer. ¡Ja, ja!

- Será cosa del embarazo, que me alborota las hormonas. ¡Ja, ja!

- Es un placer verte sonreír... Y con esto damos por zanjados los preliminares, aunque todavía me queda algo en el tintero.

- Suéltelo.

- Por lo que respecta a tu investigación, cuenta con todos mis hombres para lo

que necesites; con toda libertad, sin necesidad de informarme de nada. Haz lo que debas hacer, como te venga en gana, y te aseguro que yo no me meteré en nada... Si necesitas cualquier otra cosa que esté en mi mano, cuenta con ella. Nada de egos, lo importante es la liberación de Sandra.

- Gracias por su ayuda... y estoy completamente de acuerdo con lo último.

- Y si hablas con alguien del pueblo y piensas que se calla algo, aunque dudo que alguien lo haga estando una vida en juego, dile que eres amiga del brigada Romero. Con eso abrirás todas las bocas... Y haz lo mismo cuando te registres en el hotel; te darán la mejor habitación. ¡Ja, ja!

- Gracias de nuevo.

- Una última cuestión... Ya que conozco personalmente a Sandra y Emilio, te pediría, como un favor personal, que de vez en cuando, en algún rato que tengas libre, me comentases cómo marcha la investigación. No al detalle, sino en general; sólo para saber si debo hacerme esperanzas.

- Téngalo por seguro, mi brigada.

- Y ahora sí, fin de los preliminares... Pregunta lo que quieras.

- Comencemos por la víctima, Sandra Castillo. ¿Qué puede decirme de ella?

- Quizás fuese mejor empezar por su padre, don Lorenzo Castillo... Heredó de su padre una cantera que, durante décadas, ha sido la fuente de ingresos más importante del pueblo y casi la mitad de los hombres trabajaban allí. Eso hizo de él un poder fáctico, en plan cacique, aunque con una vena paternalista, por usar la palabra que has dicho antes.

- Una figura muy frecuente en los pueblos de nuestro país.

- Y de todos los países, no te creas que somos especiales en eso. El sector rural es muy similar en todo el mundo... En la actualidad, al introducir maquinaria moderna en la cantera, se ha reducido la mano de obra, pero sigue siendo la industria más importante de los alrededores.

- ¿Tiene conflictos laborales? ¿Algún trabajador podría estar implicado en el secuestro?

- Me sorprendería mucho, la verdad. A pesar de que ahora la dirige Emilio, el marido de Sandra, sigue funcionando como una empresa familiar. Los puestos de trabajo se pasan de padres a hijos y, cuando se han visto obligados a encarar alguna reducción de personal, creo que todo el mundo afectado ha quedado bastante satisfecho con las indemnizaciones y prejubilaciones... Supongo que eso apoya tu hipótesis de una banda profesional.

- Es lo más probable, aunque no descarto nada... ¿Algo más sobre Lorenzo Castillo?

- Apenas lo conozco, en realidad... Hace años sufrió un ictus y estuvo en plan ermitaño. Para colmo, cuando parecía que estaba recuperándose se le diagnosticó alzhéimer y ahora está en las últimas. Al empeorar su estado, Sandra se vio obligada a internarlo en una residencia y ahí está, apagándose poco a poco. Hace unos días alguien, no recuerdo quién, me comentó que estaba en coma, pero no puedo asegurártelo... Si es así, imagino que le queda muy poco.

- ¿Y su esposa?

- Falleció hace veintitantos años, en un accidente de coche. Es todo cuanto sé de ella.

- ¿Sandra Castillo también es un poder fáctico, como su padre?

- No, ella está hecha de otra pasta y se mantiene apartada de las cuestiones municipales; ha tenido ofertas para ir en la lista de todos los partidos políticos, pero pasa del tema... En realidad, ni siquiera tengo claro que le apetezca vivir en el pueblo.

- ¿Por qué lo dice?

- Es la impresión que he sacado de miles de horas de cotilleos con la gente del pueblo... Por lo visto, se largó a Madrid para estudiar Enfermería y trabajó en un hospital. Se casó con Emilio, no sé si antes o después de terminar sus estudios, y allí hacían su vida, apareciendo muy esporádicamente por el pueblo... Regresaron cuando don Lorenzo sufrió el ictus.

- ¿Sandra se sintió obligada a cuidar a su padre?

- Supongo.

- ¿Cómo es ella?

- ¡Qué pregunta! Difícil me lo pones... Físicamente es poca cosa, si a eso te refieres; uno sesenta y pico, tirando a delgada. Cualquiera tiarrón podría apresarla sin que ella pudiese resistirse.

- ¿Piensa que lo haría?

- Si la pillaron por sorpresa, no, claro. Si fueron a pecho descubierto, no me sorprendería que lo hubiese intentando, porque tiene coraje, pero ya te digo que, por mucho que se opusiera, tenía la batalla perdida.

- Y en la otra acepción de la palabra físicamente, ¿qué opina de ella?

- ¿A qué te refieres? No te entiendo... Vale, vale, ya lo pilló... Sí, en mi opinión es atractiva, pero date cuenta de que a mis años hasta algunas abuelas me parecen de muy buen ver. ¡Ja, ja!... No, en serio, Sandra está buena, por usar un lenguaje coloquial, y, encima, es una persona muy agradable... Aunque también debo decirte que su vestimenta no busca realzar sus curvas; no sé si me explico.

- La falda siempre por debajo de la rodilla, ¿no?

- En efecto.

- Pero, ¿es posible que mantenga, o haya mantenido, alguna relación extramatrimonial?

- ¡Joder! Eso sí que nunca se me había pasado por la cabeza... Espera, espera, que ya sé por dónde vas... Un romance furtivo ofrecería un posible sospechoso, ¿verdad?... Sin embargo, me sorprendería muchísimo que Sandra tuviera un desliz de ese tipo.

- ¿Por qué?

- Por varias razones... Si buscas en un diccionario sinónimos de formal, todos ellos podrías aplicárselos... Aunque nadie sabe cómo es otra persona realmente, yo diría que se trata de una mujer responsable, sensata, prudente, etc.

- Nadie es inmune a la influencia de las hormonas. Las estadísticas más recientes sobre infidelidad conyugal hablan de porcentajes superiores al treinta por ciento.

- Los hombres siempre hemos sido unos...

- Me refiero a infidelidad femenina. ¿En qué siglo vive? ¡Ja, ja!... Hoy en día las mujeres somos exigentes y muchas no se conforman con lo que tienen en casa. He conocido a muchas mamás responsables que buscan fuera del lecho matrimonial el placer que no encuentran en él. ¡El mundo ha cambiado!

- ¡Y cómo!... A veces me siento un dinosaurio.

- Sin comentarios, mi brigada... Ha hablado antes de razones, utilizando el plural. ¿Por qué lo ha hecho?

- Ten en cuenta que vivimos en un pueblo, no en una gran ciudad, donde es más fácil alcanzar un cierto anonimato. Aquí todo el mundo conoce lo que haces, a un nivel que te asombraría... Por ejemplo, si se me ocurre comprar más papel higiénico del habitual, enseguida alguien me preguntará por el estado de mi vientre. ¡Ja, ja!... Te aseguro que si Sandra hubiese cambiado su rutina lo más

mínimo, me habrían llegado rumores.

- ¿Y no ha escuchado ninguno?

- En absoluto... Y tenemos excelentes cotillas en el pueblo. ¡Ja, ja!

- ¿Alguna razón más para excluir una hipotética infidelidad, mi brigada?

- El tiempo... Por lo que yo sé, su vida se reduce a ir de su casa al taller y viceversa... Salvo que utilice Internet para ligar, dudo que tenga muchas oportunidades.

- Puede ser el caso... Le diré a Carmelo... el cabo Lamata, que examine a fondo los ordenadores y móviles de la mujer, para seguir todos sus movimientos por Internet.

- Me apuesto lo que quieras a que resulta un callejón sin salida.

- Me ofrezco a invitarle a lo que le apetezca en cualquier momento que tenga libre, pero no soy aficionada a las apuestas... ¿Por qué ha dicho antes que Sandra Castillo tiene coraje?

- Porque hace falta tener dos ovarios bien puestos para conseguir levantar una empresa de la nada... Bien es cierto que hasta hace treinta años había una cierta tradición zapatera en el pueblo, pero lo de Sandra son palabras mayores.

- ¿A qué se refiere? ¿Ella no trabaja también en la cantera?

- No, eso lo dejó en manos de su marido... Sandra ha puesto en pie un taller de modelos exclusivos que vende por Internet a una clientela escogida... Lo digo porque hay que ser millonario para comprarse un par de sus zapatos, con el precio que llevan sus modelos. Una pasada, por mucho que utilicen materiales de superlujo y lo hagan todo a medida... En una ocasión, Sandra me comentó sonriendo que sus productos no son artesanía, sino obras de arte.

- Ha sido avispada y ha sabido encontrar un nicho de mercado que estaba libre... ¿Marcha bien ese taller?

- Supongo, porque tiene unas cuarenta personas a su cargo... Pero por ahí tampoco creo que llegues a ningún sitio. Según lo que ha llegado a mis oídos, el personal está encantado de trabajar en el taller... Por lo visto, paga bastante bien.

- Entre la cantera y el taller, ¿les resultaría difícil conseguir el millón del rescate?... Sí, ya sé que no está al tanto de sus finanzas, pero sólo quiero hacerme una idea, mi brigada.

- En mi modesta opinión, el valor de las dos empresas es muy superior... No

me extrañaría nada que esa cantidad la tuviesen para gastos en su cuenta corriente o, incluso, en efectivo.

- Pasaremos por su banco... ¿Es posible que manejen dinero en negro?

- ¡Ja, ja! Una empresa relacionada con la construcción, como es la cantera, y en nuestro país... ¿Qué quieres que te diga?... Desde luego que no lo descartaría... y más conociendo a Emilio.

- ¿Por qué lo dice?

- Porque antes de que se instalasen definitivamente en el pueblo, era abogado en un bufete... y ya te puedes imaginar lo que opino yo de los picapleitos... ¿Sabes por qué los tiburones no se comen a los abogados?

- Cortesía profesional, ¿no?

- Me has chafado el chiste. ¡Ja, ja!... Bromas aparte, también es verdad que, en mi modesta opinión, no tiene los huevos necesarios para cometer ilegalidades que puedan dar con sus huesos en la cárcel... Aunque cosas más raras se han visto, ¿no crees?

- Desde luego... Después de comer, tengo previsto hacerle una visita para interrogarlo y sacaré mis propias conclusiones. De cualquier modo, ¿considera que puede estar complicado en el secuestro de su esposa?

- Te repito lo mismo de antes... Hacen falta muchos huevos para secuestrar a...

- O estar muy desesperado.

- De acuerdo, pero Emilio no encaja en ninguna de esas dos opciones... Aunque sea un simple brigada y no haya realizado estudios universitarios, sé catalogar a las personas y te aseguro que él puede ser un pedante sabelotodo, pero no un criminal.

- ¿Le han llegado rumores de peleas o malos tratos?

- Nada tampoco por ahí. Parecen el típico matrimonio que se lleva aceptablemente, aunque también es verdad que nadie sabe qué ocurre en la intimidad del hogar... En el ámbito social van un poco por libre, no andan pegaditos a todos sitios, pero eso es comprensible; después de tantos años de convivencia, las carantoñas en público desaparecen.

- ¿Él también es de familia adinerada?

- Por lo que yo sé, más bien de clase media... Emilio siempre se ha ganado bien la vida, aunque ahora ha mejorado de sueldo, claro, y... ¡Joder, joder! ¡Qué corto soy! Ya entiendo por dónde vas... Sí, Sandra es quien tiene o

tendrá la pasta; tarde o temprano heredará la cantera y, además, si su taller sigue progresando, también sacará succulentas ganancias por ahí.

- Él, en cambio, se quedará toda su vida representando el papel de rey consorte.

- Aunque a Emilio le desagrade ese cometido, no tiene cojones para encargarse a nadie que secuestre a su esposa.

- ¿Ni siquiera por un millón?

- Eso es *peccata minuta* para lo que podría conseguir en el futuro. Si el secuestro sucediese dentro de diez o veinte años, igual pensaba otra cosa, porque habría muchísimo dinero en juego... No te voy a decir cómo hacer tu trabajo, Julia, pero yo descartaría buscar a los culpables en el ámbito familiar.

- ¿Y en el pueblo? Estoy convencida de que conoce la vida y milagros de todo el mundo, mi brigada... ¿Cree que alguien de aquí puede haber organizado el secuestro?

- ¿Qué quieres que te diga? A mí me parece más un trabajo profesional, pero el análisis me sobrepasa, ya te lo he dicho. Sin embargo, también es verdad que nadie me ha comentado nada de forasteros por el pueblo últimamente.

- Esa posibilidad merece la pena ser investigada y cuento con sus hombres para que...

- Para lo que te dé la gana, tranquila... Aunque tampoco esperes averiguar gran cosa, porque ya sabes cómo van las cosas de palacio en la España rural. A pesar de que su inicio estaba previsto hace diez años, todavía no han comenzado las obras para el desvío; de modo que la nacional sigue cruzando por el medio del pueblo.

- En otras palabras, que hay cantidad de coches de paso y, si son profesionales, supongo que no se habrán detenido en un bar a tomarse una cerveza.

- Exacto, habrán permanecido dentro de su vehículo.

- ¿Qué han descubierto sus hombres?

- Nada, por desgracia, salvo el coche de Sandra... Estaba semiescondido en un ribazo, con las ruedas pinchadas. Parece ser que los secuestradores pusieron una cadena de pinchos en la carretera, porque las marcas en el asfalto encajan con esa hipótesis.

- Cerca de su chalet, por lo que tengo entendido.

- Sí, la carretera acaba en su puerta, prácticamente... No habrá dinero para la

ronda de circunvalación, pero hace medio siglo sí que lo hubo para contentar al cacique del pueblo y que no sufriesen los amortiguadores de su coche. Los ricos son una casta aparte.

- ¿Hay señales de resistencia? ¿Pruebas de uso de la fuerza?

- Ni el menor rastro de que allí hubiese sucedido algo. Afortunadamente, tampoco encontramos ni una gota de sangre... Como te he dicho antes, yo diría que se trata de un trabajo profesional, aunque tú eres la experta.

- ¿Testigos?

- Nadie... Como comprobarás cuando vayas a repasar el lugar, la carretera es como si fuera particular, porque sólo la emplea el matrimonio y su servicio doméstico. Aunque todavía siguen habitadas algunas casas aisladas de la ladera, se trata de personas bastante mayores; apenas salen de casa.

- ¿Cámaras de tráfico o de alguna empresa?

- Nada de nada... El lugar fue muy bien elegido; está prácticamente aislado.

- ¿A qué hora tuvo lugar el secuestro?

- Suponemos que sobre las siete y media, poco después de abandonar su taller, pero, por si acaso, mis hombres están pasándose por todas las tiendas del pueblo, peluquerías y demás, para averiguar si se detuvo en alguna. Por el momento, nadie la vio.

- Emilio Barrado afirma que no supo del secuestro de su esposa hasta el día siguiente, cuando recibió la petición de rescate. En su opinión, ¿resulta verosímil la excusa que dio?

- Sin duda... En varias ocasiones, sobre todo en los primeros tiempos de su taller, Sandra se pegó jornadas maratonianas sin abandonarlo más que para cambiarse de ropa y ducharse. Lo sé porque le gastamos más de una broma a Emilio, con el típico chascarrillo masculino... *¡Qué a gusto estarás, con la casa para ti solito!*

- ¿Y últimamente también seguía haciéndolo?

- Creo que no, pero eso no significa nada. Piensa que había recibido un mensaje, enviado desde el móvil de su esposa, diciéndole que llegaría tarde. Aunque le extrañase un poco, seguro que se lo creyó y se acostó.

- ¿Duermen en dormitorios separados?

- Eso sí que no lo sé. Tendrás que preguntárselo a él.

Viernes 6 mediodía

- Relájate, que tanta mala hostia le puede sentar mal al bebé.
- ¡No me jodas con eso ahora, Carmelo! Hemos perdido la mañana esperando a que ese idiota llegase al banco y me llevo un cabreo bestial... Cuidadito con lo que dices, que igual acabas pagándolo tú.
- Lo siento, mi sargento.
- ¡Lo que me faltaba! Ni se te ocurra hacerte el ofendido, cabo, que no está el horno para bollos... ¡Maldita sea!... Perdona; soy yo la que tiene que disculparse, porque me estoy pasando contigo sin ninguna razón... Es que no lo puedo controlar; me altera los nervios la estupidez de ese retrasado.
- El tal Emilio será todo lo tonto que quieras, pero el hijo de puta acaba de sacar del banco nada menos que un millón de euros en efectivo. ¡Ya me gustaría a mí ser tan tonto! ¡Ja, ja!
- Gracias por intentar animarme, pero necesitas mejorar tus bromas... Míralo, ahí sentadito en su coche como un buen chico, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.
- Julia, tampoco exageres, que cualquiera buscaría dinero hasta debajo de las piedras si su pareja hubiera sido secuestrada. Yo habría hecho lo mismo en su lugar... y estoy convencido de que tú también.
- ¿Ahora me estás dando lecciones?... Bueno, igual me hacen falta, lo admito... Y sí, claro que yo haría lo mismo, pero no iría por libre... Eso es lo peligroso.
- No hace falta que me lo recuerdes... Si efectúa un pago por su cuenta y riesgo, sin nuestra supervisión, no sólo se puede despedir de su dinero sino también posiblemente de su esposa.
- Por eso mismo, ahora quiero que acojones a ese imbécil cuando regreséis de vuelta en su coche. A fondo, ¿entendido, Carmelo?
- ¿Y no sería mejor que lo hicieras tú misma? ¿Por qué no vienes con nosotros?... Podemos dejar nuestro coche aquí y el brigada enviará alguien a recogerlo.
- No, no... Prefiero viajar sola hasta el pueblo, para ver si logro serenarme y puedo analizar la situación con calma... En todo este asunto hay algo que huele mal y pretendo averiguar de qué mierda se trata.

- ¿Nos sigues en el coche?
- Sí, pero iré a mi marcha, así que no estés pendiente de mí... Esperadme en el chalet, que no tardaré en llegar... y mucho cuidado con el dinero.
- ¿Es cierto lo que le has dicho antes? Eso de que podemos confiscárselo.
- No tengo ni puñetera idea, Carmelo. Es la primera vez que me encuentro ante algo así... Me tocará perder el tiempo haciendo la consulta, pero resulta fácil imaginar lo que me dirán, ¿no crees?
- Desde luego... Que nada de requisarlo, que es suyo mientras no se demuestre lo contrario, que... ¿Debo seguir?
- ¿Para qué?
- Tener un diputado en la familia siempre viene bien.
- Tú lo has dicho... De todas formas, apriétale bien las clavijas, para que se le vaya de la cabeza la idea de dejarnos al margen de nuevo.
- Le amenazaré con requisárselo, con informar a Hacienda y con todo lo que se me ocurra... Me inventaré lo que sea y te aseguro que, cuando llegue a casa, andará con el culo prieto.
- Me da igual si tiene diarrea o si va estreñido, lo único que me interesa es que se entere bien de la norma fundamental... Actuar por libre pone en peligro la vida de su esposa.
- Se enterará... ¿Algo más?
- Conduce tú, porque es de suponer que él estará nervioso y no quiero que tengáis un accidente... Lleváis un millón en la bolsa.
- Gracias por preocuparte por mi integridad física. ¡Ja, ja!... Y si ése está nervioso, lo disimula bastante bien.
- Que es un puto abogado, Carmelo; no lo olvides... ¡Uf! Menos mal que los dos coches están cerca y no necesito caminar mucho, porque las piernas me están haciendo polvo... Aprovecharé el paseo para informar al brigada.
- Pues entonces te dejo y me largo con el insensato de mi compañero de viaje. Conduce despacio y...
- Desaparece de una vez, que me tienes harta con tus atenciones... y mi móvil ya está llamando. Venga, nos vemos en el chalet, chao... ¿Mi brigada?
- ¿Qué tal, Julia? ¿Has dormido bien?
- De maravilla; he descansando como una niña. La habitación del hotel es magnífica y la mujer de recepción fue sumamente amable.

- ¿Te acordaste de decirle que eras mi amiga?
- Es que lo soy, ¿no?
- Mucho más que una simple amiga... ¿Y a qué se debe esta llamada? ¿Alguna novedad?
- ¿Dispone de algo de tiempo?
- Para ti, siempre. Dime.
- Pues entonces espere un poco, que estoy metiéndome en el coche y debo ajustar el asiento. Cada día me encuentro más gorda... A este paso, dentro de nada me resultará imposible ponerme al volante; no cabré.
- ¿No conduce tu cabo?
- Esta vez no.
- ¿Dónde estás?
- En la capital...
- ¿Has tenido que ir a Madrid? ¿El coronel te ha llamado?
- No, me refiero a la capital de la provincia. ¡Ja, ja!... Anoche la recepcionista del hotel llamó así a la ciudad y me trajo a la memoria que, de pequeña, cuando iba a pasar el verano al pueblo de mi madre, la gente también decía lo mismo... Por lo visto, se me ha pegado.
- ¿Te encuentras bien, Julia? Porque ando más perdido que un musulmán en medio de una piara de cerdos.
- Muy gracioso, mi brigada... Espere un segundo que conecto el manos libres para hablar tranquilos... ¿Me escucha?
- Perfectamente.
- Ya estoy de regreso hacia el pueblo y quería aprovechar el rato para informarle de lo sucedido.
- Me tienes en ascuas... Dale a la sin hueso.
- Anoche, cuando iba a acostarme, recibí una llamada en mi móvil.
- ¿Y...?
- Era una mujer, que no quiso identificarse... Me dijo que Emilio Barrado iba a acudir al día siguiente a la oficina principal de su banco, en la capital, para sacar dinero de una caja de seguridad.
- ¡Qué! Me dejas de piedra... ¿Cómo lo sabía ella? ¿Cómo...?
- Luego volvemos a la llamada, mi brigada. Primero déjeme explicarle lo

sucedido.

- Sea como tú quieras. Adelante.

- El cabo Lamata y yo nos hemos pegado toda la mañana esperándolo, hasta que ha aparecido hace cosa de una hora... Me parece que será la última vigilancia que realice en bastante tiempo, porque, para algunas cosas, estar embarazada es una jodienda... Ya sabe, la vejiga siempre oprimida, exigiéndome pasar por el baño cada dos por tres.

- Al menos a ti se te pasará pronto, pero lo mío es peor, porque la próstata ya empieza a incordiarne y eso tiene mal remedio... ¿Por qué no me has avisado de la operación? Podría haberte enviado a...

- Estimé más aconsejable mantener en secreto la llamada. Contra menos gente supiese nada, mejor.

- ¡Eh, eh! Que no te estoy pidiendo explicaciones, Julia... Ya te dije que tú diriges la investigación y me parece perfecto que hagas las cosas a tu manera.

- Se lo agradezco, mi brigada... Cuando Emilio Barrado ha salido del banco, lo hemos interceptado y llevaba una bolsa de deporte.

- ¿Con la pasta dentro?

- En efecto... No hemos dispuesto de tiempo para contar el dinero, pero imagino que estará todo.

- Solo por curiosidad, ¿cuánto abulta un millón?

- En billetes de quinientos, pesa alrededor de dos kilos y cuarto, pero como en la bolsa también hay billetes de cien y doscientos, yo diría que sobre los cinco kilos.

- ¿Cómo ha reaccionado Emilio cuando os ha descubierto?

- Nuestra presencia le ha sorprendido, aunque tampoco le he visto especialmente alterado. Yo diría que algo nervioso, lo que es comprensible, pero controlando la situación... Ha afirmado, por activa por pasiva, que estaba preparando el rescate que le exigen los secuestradores, para tenerlo todo listo cuando sea necesario... Que el dinero no le importa, que sólo desea recuperar a su amada esposa.

- ¿Y me quieres decir que había un millón en efectivo en la caja de seguridad? No creía que tuviesen tanto dinero.

- Algo más, en realidad... Según ha comentado, ha dejado en el banco otros trescientos mil sin tocar... En cuanto a la procedencia del dinero, asegura con vehemencia que está completamente limpio, que lo guardaban para

emergencias y que todo está anotado en sus libros de contabilidad.

- Ya sabes que los abogados mienten más que hablan.

- ¡Ja, ja! Nunca me he fiado de ninguno y no pienso a empezar ahora... Sin embargo, la verdad es que no se le veía demasiado preocupado por el dinero. De todas formas, su aparición implica un trabajo adicional que nos obligará a perder tiempo, porque deberemos comprobar su procedencia.

- Has dicho antes que habéis interceptado a Emilio... ¿Qué significa eso exactamente? ¿Lo habéis detenido? ¿Lo traéis aquí?

- No, en ambos casos. Por mucho que me cabree su estupidez, no ha hecho nada ilegal... El cabo Lamata viaja con él en su coche, de vuelta al chalet, con la excusa de proteger el dinero y, sobre todo, para intentar acojonarlo y que nos haga caso...

- Si te parece bien, me acerco por allí, para insistirle a Emilio en la necesidad de seguir tus órdenes... o recomendaciones, que queda mejor.

- Como quiera, mi brigada... Igual a usted le hace más caso, por aquello de que lo conoce.

- Me sorprendería, pero luego me acerco... ¿Y qué vais a hacer con la pasta?

- Todavía no lo he decidido... Él tenía pensado guardarlo en su chalet, donde hay una caja fuerte, pero es mucho dinero y sólo nos faltaría que alguien intentara robárselo.

- Si quieres, pongo a uno de mis hombres de plantón allí.

- No me apetece malgastarlo en esa tarea, porque igual necesito utilizar a toda su gente en otros cometidos... Por otra parte, en las oficinas de la cantera hay una caja de caudales y ahí sí que tienen guardas de seguridad, pero tampoco me fio... En el puesto es donde estaría más seguro, aunque igual él se opone... Ya lo pensaré y, cuando lo tenga claro, se lo comento.

- Muy bien... ¿Pasamos ya a la llamada de anoche?

- Como ya le he dicho antes, fue una mujer quien me telefoneó y...

- ¿Habéis rastreado la llamada?

- Se hizo desde la única cabina que todavía funciona en Villa no sé qué... Un pueblo a unos treinta kilómetros del suyo.

- Villaluengo, lo conozco... ¿Me estás diciendo que una mujer está metida en el secuestro?

- ¡No me joda, mi brigada! ¿Por qué coño una mujer no puede intervenir en un

delito? Si yo le contara... Bueno, da igual... Me extrañaría mucho que la llamada procediese de los secuestradores.

- ¿Por qué lo...? ¡Ah! Ya lo pillo... Ellos son los primeros interesados en que Emilio tenga en su poder el dinero del rescate... por no hablar de que preferirían mantenernos al margen de las negociaciones.

- Así es...

- ¡Eh, eh! Que estoy al teléfono... Despierta... ¿Por qué estás tan callada?

- Perdona mi mutismo, pero estaba meditando, intentando encontrarle algún sentido al aviso que recibí anoche... Reconozco que no le encuentro ni pies ni cabeza.

- Relájate, ya se te ocurrirá algo cuando menos lo esperes... A mí lo que me extraña es que te llamasen a tu móvil.

- Y a mí... No se imagina cuánto.

- ¿Se lo vas dando a todo el mundo?

- Ni de coña... Siempre que necesitamos dejar un número de contacto cuando hablamos con alguien, damos el del móvil que lleva el cabo Lamata. El mío... me refiero al del trabajo, en el que recibí el soplo... sólo lo conocen escasas personas.

- ¿Quiénes? ¿Las que están al tanto de que tú estás encargada de la investigación?

- Menos, todavía... Descontando a la gente de la UCO, que no sé para qué coño se iba a meter en esta operación, y centrándonos en el pueblo, creo que sólo usted, mi brigada, conoce mi número.

- ¡Eh, eh! A mí déjame al margen, que no se lo he dado a nadie. Lo introduje en la agenda, porque mi memoria ya no es lo que era, y ahí está guardado.

- ¿Y si alguien le ha echado una ojeada?

- ¡No me toques los cojones, Julia, que mis hombres son de fiar! Además, lo llevo siempre encima, por si acaso ocurre algo... y, encima, tendrían que conocer el PIN... Espera, espera... Supongo que el coronel también lo tendrá, ¿no?

- Desde luego. Ya he recibido dos llamadas tuyas, pidiéndome que le informara.

- Pues ahí lo tienes... Si te ha dado el caso a ti para quitarse de encima al diputado, estoy seguro de que también le habrá soltado tu número de móvil.

- No me sorprendería mucho, la verdad.
- En ese caso, lo más probable es que Emilio también conozca tu número de móvil... ¿O se lo diste ayer, cuando hablaste con él?
- Como le he dicho antes, todas las comunicaciones se efectúan a través el cabo Lamata.
- Es una de las pocas prerrogativas del mando que me gustan. Si molestan en medio de la noche por una tontería, que se joda el de abajo.
- Tampoco es algo de lo que me sienta orgullosa, pero en mi estado necesito dormir bien... ¿Y a dónde pretende llegar con tanto rodeo?
- Mira, Julia, no deseo darte lecciones, pero tú no vives en un pueblo como yo.
- ¿Y...?
- Sólo le encuentro alguna lógica a todo esto... Que haya sido el propio Emilio quien ha montado el circo del banco.
- ¿Por qué motivo?
- Se me ocurren dos... y el segundo no me gusta nada en absoluto.
- Ilumíneme con su sabiduría, mi brigada.
- No seas sarcástica, Julia, que dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo... Mira, Emilio está muy bien considerado y, como supongo que tiene intención de seguir viviendo aquí muchos años, le interesa conservar su posición social.
- ¡¡Hijo de puta!!
- ¡Qué modales! ¿Va por él o por mí?
- Lo lamento, mi brigada, ha sido algo instintivo. Un gilipollas me acaba de adelantar a toda leche en raya continua... Siga, por favor.
- Como te iba diciendo, esto es un pueblo. Antes de que acabe el día, todo el mundo sabrá que Emilio ha ido al banco para conseguir el dinero del rescate. ¡Quedará de huevo ante la gente! Se habrá ganado el reconocimiento del personal por su papel de marido atribulado, que hace todo cuanto está en sus manos para salvar a su esposa.
- En otras palabras... Ahora, pase lo que pase, él tiene la excusa de que la Guardia Civil se ha metido por medio... Si le ocurre algo a Sandra Castillo, él quedará como un santo y nosotros como inútiles.
- Además, gracias a tu intervención, que ha sido forzada gracias a un conveniente aviso telefónico, Emilio mantiene el dinero a salvo... Seguro que

se imaginaba que, si hacía la entrega por su cuenta, era probable que lo perdiera de vista para siempre.

- Mi brigada, ¿tan retorcido piensa que es?

- Estamos hablando de un abogado, Julia. Recuérdalo.

- ¡Maldita sea! Nos ha hecho perder el tiempo a propósito y puede haber comprometido la investigación... ¿Y todo por quedar bien?

- No lo descartaría... aunque el segundo motivo que se me ha ocurrido me preocupa mucho más.

- ¿Y cuál es?

- Esta mañana he telefoneado a la residencia, para averiguar el estado de salud de su suegro. Costará una pasta gansa la mensualidad, pero los médicos allí son tan ineptos como en todos sitios. ¿Adivinas qué me han dicho?

- Que está en manos de Dios... o que la medicina no es una ciencia exacta.

- Algo por el estilo... Que igual puede durar horas, como días o años.

- ¿A dónde quiere ir a parar?

- Imagina que don Lorenzo fallece antes de que se resuelva el secuestro de su hija... Pasa el tiempo y, días o meses más tarde, resulta que se produce un desenlace funesto.

- Si después falleciera su esposa, Emilio Barrado heredaría todo.

- Y eso equivale a unos cuantos millones, que no es moco de pavo.

- Mi brigada, ayer aseguró que Emilio no tenía cojones para montar un secuestro. ¿No se contradice eso con lo que acaba de decir?

- Me mantengo en mis trece en lo primero; lo considero incapaz de organizar el secuestro de su propia esposa... Otra cosa muy distinta es que intente aprovecharse de él e intervenga para ralentizar al máximo su rescate.

- ¡No me joda! Eso son palabras mayores... Se trata de una acusación muy seria y...

- Calma, calma, Julia, que no estoy acusando a Emilio de nada... Te he comentado dos posibles móviles que podrían explicar por qué él hizo que una mujer te avisara de su visita al banco para recoger el dinero... Imagino que a ti se te ocurrirán varios más, porque eres la experta.

- Los dos me parecen aceptables y, al igual que usted, el segundo me resulta mucho más alarmante. Si se dedica a torpedear nuestra investigación, podemos hacer agua.

- A lo mejor nos estamos preocupando sin motivo y Emilio no tiene nada que ver con el aviso que recibiste sobre su visita al banco.
- ¡Vaya ilusión! Eso sólo supondría más trabajo extra y, en mi opinión, sin ninguna perspectiva de que sirviese para nada... Veamos, ¿quién pudo haber descubierto sus intenciones?
- Quizás lo comentó con alguna otra persona, aunque lo dudo... También es posible que alguien de su servicio doméstico se enterase del viaje a por el dinero, si bien no se me ocurre cómo, y fue hasta Villaluengo para llamarte, evitando darse a conocer y poner en riesgo su puesto de trabajo.
- Eso no explica cómo averiguó mi número de móvil. Además, ni siquiera podemos apoyarnos en una escucha furtiva de una hipotética llamada al banco.
- No había caído en eso... Tienes razón. Emilio no necesitaba avisarles para que le preparasen el efectivo, porque lo tenía disponible en su caja de seguridad. Encima fue sólo y en su propio coche, de modo que no se lo pidió prestado a nadie y eso descarta que le diese una explicación a otra persona.
- Investigaremos todo cuanto se nos pase por la cabeza, mi brigada, pero, en mi opinión, lo más probable es que fuese el compungido esposo quien planeó el aviso telefónico que recibí.
- Eso sí que encajaría con su personalidad.
- Lo cual nos lleva a la mujer de la llamada... ¿Cree que él se atrevería a proponerle a una desconocida que la hiciera?
- En Madrid, sí; en Villaluengo, no... salvo que Emilio fuese disfrazado, para no ser reconocido.
- Ayer no lo puse bajo vigilancia, joder... Es un error de novata, que no volveré a cometer.
- Dudo mucho que abandonase el domicilio conyugal, tranquila. Alguien habría visto su coche y no he oído nada en ese sentido...
- Sabe lo que significa eso, ¿verdad?
- Que telefoneó a la mujer, para que te llamase, y le indicó lo que debía decirte... Si fue así, parece evidente que Emilio tiene una amiguita en Villaluengo.
- Tendremos que comprobarlo, mi brigada, pero si hay un lío de faldas la cosa cambia... Este secuestro puede complicarse mucho más de lo que preveía.
- Sí... Cuando los hombres piensan con la entrepierna, mal asunto.

Viernes 6 tarde

- ¡Madre mía, qué vergüenza! Lo siento, se me ha escapado.
- ¡Ja, ja! Olvídate, Sandra... Es algo natural. Un bochornoso efecto secundario de las latas de fabada.
- Me parece que no voy a probarlas más... ¿Tanto te costaba haber traído algún bote de verdura cocida, capullo?
- ¡Eh, no te metas conmigo! Recuerda que tú misma decidiste llamarme Mateo y, aunque no es un nombre que me encante, lo prefiero a los insultos.
- De acuerdo, tienes razón; es que lo de ir soltando ventosidades me descompone.
- ¡Ja, ja! ¡Qué apropiado!... ¿Quieres que me salga fuera, para que arrojes tranquila los gases y te quedes descansada?
- Ahora sí que estás comportándote como un capullo integral, Mateo. A ninguna mujer le agrada que se tomen a broma sus gases... ¿Qué pasa? ¿No has oído hablar de la comida sana?
- Se supone que íbamos a estar juntos unos pocos días, así que no se me pasó por la cabeza comprarte delicatessen... De todas formas, ya sabes que también tienes en el menú garbanzos con callos.
- ¡Vaya asquerosidad! ¿Cómo puedes comerte eso, Mateo?
- A mí me gustan... ¿Siempre eres tan especial con las comidas?
- Pues sí, para qué voy a mentirte... Lo he heredado de mamá.
- ¿Por qué no me cuentas algo de ella?... ¿O prefieres que te deje leer?
- Hablemos, que siempre puedo leer más tarde... Mamá falleció cuando yo tenía doce años, en un accidente de coche.
- ¡Qué putada! ¿Se cruzó con un borracho?
- No, con una malnacida que iba a tope de pastillas. Las dos murieron en el encontronazo. ¡Ojalá la hija de puta se pudra en el infierno!
- Debió de ser muy duro... ¿Todavía la echas de menos?
- Ya no... ¿Qué quieres que te diga? Ha pasado tanto que apenas la recuerdo... Ten presente que yo era una niña... A punto de entrar en la adolescencia, pero una cría.
- ¿Qué tal te llevabas con ella? ¿Cómo fue tu infancia?

- Menudas preguntas haces, Mateo... En mi memoria, mamá sigue siendo el ángel que me arropaba, me cuidaba, me cantaba nanas, jugaba conmigo... Pásame un pañuelo, por favor.
- Te juro que no pretendía hacerte llorar, Sandra... Lamento que mi curiosidad te...
- Tranquilo, que ha sido una reacción refleja... Hacía años que no hablaba con nadie de mamá y se me han abierto las compuertas sin poderlo evitar... O quizás las lágrimas sean simplemente una forma de liberarme de la tensión que me produce el hecho de estar encerrada.
- En eso no puedo ayudarte, pero ya te he repetido muchas veces que pronto estarás de vuelta en tu casa.
- Esperemos que no me mientas... Bueno, sigamos charlando que no me apetece deprimirme... Mamá había sido maestra, pero dejó su empleo cuando se casó y optó por echar una mano a mi padre en la cantera; se encargaba de toda la gestión burocrática.
- ¡Qué interesante manera de referirte a ambos! Tu mamá y tu padre...
- Olvídate de psicologías baratas, que estoy hasta los ovarios de que me psicoanalicen... Ella siempre será mamá y él mi padre, ¿entendido?
- Sí que estás susceptible; relájate... De todas formas, me disculpo de verdad. Soy el menos indicado para criticar nada lo que sucede en la intimidad familiar.
- Disculpa aceptada... Atiende, Mateo... No tengo el menor problema en sincerarme contigo, porque soy tan del montón que dudo mucho que encuentres algo en mi vida para chantajearme; además, quedaría feo que lo hicieras después de haberme secuestrado, ¿no crees?
- ¡Ja, ja! Me gustas más en ese tono.
- Pues sigamos así, pero nada de juzgarme. ¿De acuerdo?
- Desde luego... A modo de penitencia, ¿quieres que te prepare un té con menta?
- Gracias... Aunque no pongas tanta azúcar. ¿Nadie te ha dicho lo mala que es para la salud?
- Peor es la coca, ¿no?... Y a mí me gustan las cosas dulces... Venga, continúa con lo que estabas. ¿Cómo pasaste tu infancia?
- Supongo que fue normal... Aunque es innegable que el dinero era una preocupación inexistente en mi familia, la cantera les absorbía la energía y,

conforme fui haciéndome mayor, pasaba casi todo el tiempo a mi aire. No obstante, mamá siempre estaba pendiente de mí y era la que se encargaba de controlarme en los estudios.

- ¿Sacabas buenas notas en el colegio?

- ¿Acaso lo dudas? Era la alumna perfecta... No como tú, que debes haber vuelto locas a todas tus maestras.

- Algo de razón sí que tienes. ¡Ja, ja!... Sigue.

- En realidad, sólo estaba con ellos los fines de semana y, sobre todo, durante las vacaciones de verano... Cuando en agosto se cerraba la cantera, siempre viajábamos al extranjero. Aquello sí que me encantaba... Entiéndeme; no era el hecho de viajar sino el estar a su lado día y noche.

- Imagino que te dormirías pronto, porque si tardabas en coger el sueño, les joderías las vacaciones. ¡Ja, ja!

- ¡Tan capullo como siempre! Yo abriéndote mi alma y tú pensando sólo en el sexo.

- Como si tú hubieras nacido por generación espontánea, no te jode... Cuando tú eras pequeña, seguro que tus padres todavía tenían ganas de marcha y en más de una ocasión les fastidiarías un polvo... ¿O es que no se llevaban bien?

- Todo lo contrario... Según recuerdo, aunque el paso del tiempo todo lo endulza, eran habituales las carantoñas entre ellos... Alguna vez los pillé besándose y me dio una vergüenza que no veas. ¡Qué tontas somos a esas edades!

- ¿Y qué países visitasteis?

- Por las fotos que se conservan en casa, yo diría que estuvimos por toda Europa y Norteamérica... Sin embargo, no me acuerdo de casi nada, salvo de los sitios emblemáticos, como la torre Eiffel o la estatua de la Libertad... Era muy pequeña entonces y, ¿cómo te diría?... un paseo en barco por el Támesis es muy similar a otro por el Sena o el Moldava... Para una niña, las grandes ciudades acaban pareciéndose.

- ¿Cómo afectó a tu vida el fallecimiento de tu madre?

- Lo cambió todo... Fue como si nos hubiese caído encima una bomba nuclear y mi mundo infantil desapareció... Mi padre buscó refugio en su trabajo y yo... Bueno, yo entré en la adolescencia, así que imagínate el panorama... Con las hormonas revolucionadas, el corazón destrozado y un padre que bastante hacía con seguir viviendo... Cada vez que estábamos juntos, andábamos

peleándonos a gritos. Todo mi cabreo con el universo lo acababa pagando él.

- Seguro que él te quería mucho.

- Estoy convencida... Sin embargo, el pobre no tenía la menor idea de cómo tratar a una adolescente problemática... y, por aquel entonces, yo ya había dejado de ser una alumna modelo... y pasó lo que pasó.

- ¿El qué?

- Que me internó en un colegio de señoritas en Suiza. ¡Qué condenado frío hace allí! Aquel maldito sitio fue un absoluto infierno, nada que ver con los maravillosos internados que aparecen en las series de televisión. Era una especie de convento de monjas de clausura y nos controlaban hasta los tampones que usábamos... ¡Como si nos los fuéramos a fumar!

- Supongo que, al menos, harías amigas y tendrías alguien con quien hablar.

- Más o menos, pero perdimos el contacto con el paso del tiempo conforme fuimos abandonando aquel campo de concentración... Lo único bueno que saqué de allí fue que aprendí a defenderme en francés, alemán e italiano... El inglés ya lo dominaba de antes.

- ¿Por qué será que no me sorprende?... Yo sólo manejo unas pocas palabras en inglés... y ya te puedes imaginar a qué se refieren. ¡Ja, ja!

- Supongo que has memorizado la frase imprescindible... *Do you want fuck with me?*

- Eres aguda. ¡Ja, ja!... Bueno, y a tu vuelta, ¿qué hiciste?

- Estaba hasta el gorro de estar fuera del país y tampoco quería permanecer en casa, así que me matriculé en la universidad... Me largué a estudiar a Madrid, donde supuse que dispondría de muchas oportunidades para resarcirme de mi anterior vida monacal.

- ¿Marcha, locuras, borracheras...?

- Ésa era la idea, lo admito.

- ¿Y ligaste mucho? Porque, sin que te sienta mal, te diré que a los veinte tú debías estar tremenda... Para mojar pan.

- ¿Y acaso ahora ya no lo estoy? ¡Serás capullo! ¡Ja, ja!... Claro que ligué, sobre todo durante el primer año, que me desquité de mi abstinencia suiza con una glotonería que hasta a mí me sorprendió... En consecuencia, mis notas fueron bastantes pobres; en los siguientes cursos, me lo tomé con más calma y me centré en los estudios.

- ¿Esperando tu príncipe azul?
- ¡Idiota!... Me habría conformado con uno verde. ¡Ja, ja!... Piensa que había perdido el ritmo de competición, no sé si me entiendes... A cualquier veinteañera le resulta fácil echar un polvo, como supongo que sabes muy bien, pero conseguir comerse uno de los bocados apetitosos está al alcance de muy pocas... Yo, durante mi estancia en Suiza, me había perdido el aprendizaje de seducción que las mujeres realizan en su adolescencia y me encontraba en desventaja.
- Siempre tenías a mano a tus compañeros de clase, ¿no?
- ¡Ja, ja! ¿Sabes, Mateo, que tienes delante a una enfermera?
- Lo ignoraba, pero me parece genial. Felicidades... Y, encima, si tengo un accidente me podrás curar... ¿Qué significa esa cara?... Bueno, da igual... ¿Y qué tiene que ver eso con tus ligues?
- ¿Has entrado alguna vez en cualquier clase de Enfermería? Es evidente que no... Aquello siempre anda a rebosar de mujeres, con algún hombre suelto... que está más pillado que un bolso de Louis Vuitton a mitad de precio.
- ¿Y cuándo conociste a tu futuro marido?
- Al poco de acabar... Estaba haciendo una sustitución en un hospital y, una semana después de empezar a trabajar, ingresó una paciente con cálculos renales... Era la madre de Emilio y ésa fue la primera vez que lo vi... Aunque te parezca cursi, te diré que fue un flechazo en toda regla, como en las películas románticas. Nunca me había pasado nada por el estilo... Ese tembleque por dentro, esas mariposas revoloteando en el estómago, ese quedarse embobada mirándolo, esa nueva mirada al mundo que se ha transformado en el paraíso...
- Ya me hago a la idea, no hace falta que sigas, porque sí, tu cuento rosa resulta cursi de cojones... No pensaba que fueses tan empalagosa; más que un donut relleno de ketchup.
- Típica delicadeza masculina.
- No te rayes, que te estaba gastando una broma... ¿Y qué te atrajo de él? Lo pregunto por simple curiosidad, por saber qué tipo de hombre es el tuyo... No contestes si te molesta el tema o consideras que se trata de algo íntimo.
- Esa clase de delicadeza sí que me gusta... Y, ¿por qué habría de importarme responderte? Mirándolo desde la distancia, está claro que me atrajo sobre todo su madurez. Yo apenas había salido del cascarón y él era un hombre

hecho y derecho; un abogado que trabajaba en un despacho de prestigio.

- ¡Cómo! ¿Cuántos años tenía?

- Doce más que yo.

- ¡Joder! Así que te van los maduritos, ¿eh?... Cualquiera diría que lo haces por...

- No sigas por ese camino, capullo. Olvídate de la psicología barata de las revistas del corazón, ¿quieres?

- Te juro que no intentaba ofenderte... Venga, cambia de cara y sigue contándome... Salvo que te hayas enrollado con dos tíos que se llamen Emilio, es evidente que lo vuestro acabó en boda.

- Magnífica deducción, Watson... Al año de conocernos ya estábamos casados y vivíamos de alquiler en un pequeño piso.

- Y os pondríaís las botas, ¿no?

- ¡Siempre con lo mismo!... Pues sí, follábamos como conejos, aunque sólo durante el fin de semana, que era cuando recargábamos las pilas... Al principio metíamos el cargador en cualquier enchufe de la casa, pero, con el paso del tiempo, acabamos utilizando sólo el del dormitorio.

- ¡Qué metáfora tan sugerente! Los juegos de cama me encantan.

- ¿En serio sabes qué es una metáfora?

- Es una palabra muy bonita, por eso la recuerdo... y también porque suele ser muy bien acogida por las chicas. ¡Ja, ja! La poesía es un arma cargada de futuro... No falla, siempre da resultado. ¡Ja, ja!

- Así que me tiene secuestrada un poeta encapuchado. ¡Increíble!

- Deja de ser tan borde, que...

- Disculpa, Mateo. Tienes razón... ¿Sabes por qué lo hacíamos sólo los fines de semana?

- Cambias de tercio para que se me pase el cabreo, ¿verdad? ¡Cómo sois las mujeres!... Bueno, como tú quieras. ¿Por qué?

- Porque durante la semana Emilio metía un promedio de doce horas todos los días en el despacho... Y yo, como no tenía plaza fija, estaba apuntada en las listas para sustituciones. No me faltaba el trabajo; el problema es que la mayoría de veces me encasquetaban el turno de noche. No me hacía mucha gracia, pero me borraban de la lista si renunciaba... Aunque te parezca mentira, estábamos tan ocupados con nuestros respectivos trabajos, que apenas

nos veíamos.

- Mejor... Así discutíais menos, ¿no?

- ¡Qué visión tan tenebrosa del matrimonio!

- ¿Acaso hay otra?... Nada de niños, por lo que sé.

- Ni se nos pasó por la cabeza, con aquella vida que llevábamos... Aunque yo ganaba un buen sueldo, y el de Emilio era todavía mejor, no disponíamos siquiera de tiempo para gastar el dinero. Con decirte que mantuvimos las bombillas que había en el piso como nos las encontramos, colgadas de un simple cable, está todo dicho... Lo compensábamos en vacaciones, con unos viajes a todo trapo... ¡Me encantó Australia! Te lo recomiendo.

- Si el marido de una que yo me sé, suelta pronto la pasta, igual te hago caso.

- ¡Qué huevazos tiene el cabronazo! ¡Cómo coño puedes bromear con mi secuestro! Si pudiera, te la cortarí a rodajas.

- Saltas más que una pulga con hipo... Venga, Sandra, ¿es que no te das cuentas? Me refriegas por los morros tu educación, tu dinero y tus viajes... y yo, que soy un pobre desgraciado, estoy acostumbrado a rascarme cuando me pica. ¿Coges la idea?

- Me armaré de paciencia, que para algo naciste hombre... e intentaré no meter la pata de nuevo.

- ¡Qué perra eres! Sacas esa sonrisa tan bonita a relucir y piensas que así vas a conseguir lo que quieras, ¿verdad?... Conmigo lo tienes fácil, porque soy un blandengue, pero no sigas por ahí, ¿de acuerdo?

- ¿Tú un pobre calzonazos? ¿A quién pretendes engañar? A otra perra con ese hueso, que no nací ayer.

- Cualquiera que te mire sabe que no eres una niña... No pongas esa cara, que te conozco... Sigamos. ¿Por qué dejasteis Madrid y volvisteis a tu pueblo? ¿Por el ictus de tu padre?

- Desde luego... Aunque no me hizo ninguna gracia, me sentí obligada a atenderlo... Además, coincidió que Emilio llevaba una temporada bastante mal en el despacho y padecía ataques de ansiedad... A modo de ejemplo te diré que, puntual como un reloj, todos los domingos por la tarde le entraba una jaqueca de campeonato.

- ¿Tanto lo explotaban?

- Todo es relativo... Emilio estaba bien considerado, era muy eficiente, y le pagaban muy bien e, incluso, al final del ejercicio fiscal acostumbraba recibir

una magnífica gratificación. A cambio de eso, vivía casi en exclusiva para su trabajo... Yo le sugerí en varias ocasiones que se montase un despacho propio, pero, aunque Emilio tiene iniciativa, carece de ese último toque que se necesita para alcanzar la suficiente... No sé si me explico.

- Creo que sí.

- Además, alegaba que un despacho de abogados se basa en los contactos y los suyos no eran de alto nivel... y en eso tenía razón... Sin embargo, resultaba evidente que había alcanzado el techo máximo en su trabajo. No tenía ninguna posibilidad de que lo admitiesen como socio, a pesar de su valía.

- ¡Qué injusticia!

- Tampoco es eso, Mateo, que la empresa privada no se rige únicamente por criterios de eficacia y, mucho menos, cuando se trata de un negocio familiar... Por ejemplo, tengo un encargado en mi taller, Enrique Serrano, que vale su peso en oro para mí. Le pago un buen sueldo, unos tres mil netos al mes, pero él sabe que nunca tendrá una parte de la empresa por muy bien que lo haga. Mi taller es mío y sólo mío.

- Como jamás he tenido nada, no puedo opinar... Mejor me callo y evito decir alguna tontería.

- Muy inteligente por tu parte... Volviendo a lo que te estaba contando, yo no quería regresar al pueblo y tenía intención de contratar a una o varias enfermeras para que atendiesen a mi padre. Sin embargo, Emilio insistió en que me debía encargar yo misma de esta tarea... Es cierto que para él la familia es lo primero, y así lo entendí entonces, motivo por el que acabé accediendo a su sugerencia, pero ahora, visto lo visto, no descarto que su machaconería se debiera a que estaba harto de su trabajo y quería probar a dirigir la cantera, ya que mi padre no podía hacerlo en la situación en que se encontraba.

- ¡Qué cabrón tu marido!

- Tampoco creo que lo hiciera conscientemente, lo digo en serio. Pienso, o quiero pensar, que era sincero cuando anteponía la salud de mi padre a nuestros trabajos.

- ¿Y qué tal se maneja como director?

- La verdad es que lleva la cantera aceptablemente bien. En los primeros tiempos consultaba todo con mi padre, que estaba encantado con él, como si fuera el hijo que nunca había tenido... Ahora ya se desenvuelve solo y la

cantera sigue funcionando; además, continúa dando beneficios en la misma línea de siempre... De modo que podríamos decir que Emilio es un director eficaz... Además, disfruta con su trabajo; no le ha vuelto a dar ningún ataque de ansiedad.

- ¿Y tú?

- ¿Qué voy a decirte? Seguramente aquella decisión fue una de las peores que he tomado en mi vida... Convertirme en la enfermera de mi padre fue una soberana estupidez. Él, que siempre había llevado las riendas, debía verse auxiliado por una mujer para todo... y, encima, esa mujer era su hija.

- Imagino que saldríais a pelea diaria, ¿no?

- ¡Ojalá! Cada vez que estaba más de un minuto con él, acabábamos a grito pelado... Y ten presente que lo cambiaba, le daba de comer, le ayudaba en sus ejercicios de rehabilitación y mil cosas más... Aquello era el infierno y no pude soportarlo ni siquiera un mes.

- ¿Y qué hiciste?

- Lo que debía haber hecho al principio... Contraté a un par de enfermeras, que se iban turnando para encargarse de él. Yo pasaba tiempo a su lado, pero como si estuviera de visita; charlábamos o veíamos la tele o alguna película. Como aparentemente yo no estaba al mando, mi padre soportaba mi presencia y la tensión se desvaneció.

- ¿De visita? ¿Dónde vivíais?

- Te he dicho como si estuviera de visita, no que fuera a visitarlo. Todos vivíamos en la casa familiar; es lo suficientemente grande como para alojar a varias familias sin problemas de espacio.

- ¿Qué ocurrió después?

- Mi padre estaba atendido, mi esposo estaba ocupado... y yo estaba aburrida, sin nada que hacer. Tenía treinta años y me encontraba más amuermada que el botiquín de una funeraria.

- ¡Ja, ja! ¿No me digas que te buscaste una distracción extraconyugal? Porque no te pega nada, eso de echarte un amante.

- Pues quizás debería haberlo hecho, pero me dio por el otro lado... Decidí ser mamá.

- ¡Joder, me dejas sin palabras! ¿Deseabas tener un bebé? ¡Qué fuerte!

- Ahora tengo claro que no era la maternidad lo que me interesaba, sino estar ocupada en algo, pero entonces estaba poseída por el romanticismo de la idea

y yo misma me engañé... De modo que se lo propuse a Emilio y comenzamos a intentarlo... Aunque volvimos a follar con la frecuencia de los primeros tiempos, el deseo brillaba por su ausencia y el sexo resultaba un ejercicio bastante mecánico, sin nada de sensualidad... Recuerdo que leí en una revista que era más probable quedarse preñada si se alcanzaba el orgasmo durante el coito y me puse a ello, echándole morbo e imaginación... Sin embargo, la pasión ya no era la misma y sólo conseguía el clímax si me ayudaba del dedo. ¡Qué patética! ¿No crees?

- ¿Y qué opinaba tu marido?... Me refiero a lo de quedarte embarazada, porque lo de la paja me parece una técnica tan usual que no veo el patetismo por ningún sitio.

- Gracias; a veces eres un sol... En cuanto a Emilio, estaba tan contento con su nuevo juguete, la cantera, que no necesitaba más... Sin embargo, en vista de que yo insistía e insistía, acabó aceptando mi propuesta y se plegó a mis deseos para hacerme feliz... Claro que todavía no ha nacido el hombre que rechace una dosis masiva de sexo.

- Desde luego, yo no lo conozco. ¡Ja, ja! ¿Algún problema físico? Porque creo que no tenéis hijos, ¿verdad?

- Estuvimos más de un año sin conseguir el embarazo buscado. Nos hicimos unos chequeos preliminares y no se veía nada raro. Antes de pasar a exámenes más profundos, optamos por darnos otro año de margen... Por desgracia, mi padre empeoró.

- ¿Otro ictus?

- No; de hecho, estaba recuperándose, pero entonces aparecieron los primeros síntomas de alzhéimer. Cuando se lo detectaron, se me hundió el suelo bajo los pies. Aplazamos mi empeño por la maternidad e intenté hacerle la vida algo más agradable a mi padre.

- ¿Y cómo sigue?

- Está mal, quizás en la últimas.

- ¿Y cómo marcha tu relación con tu marido?

- En realidad, ya no marcha... Mi matrimonio hace aguas desde hace cuatro o cinco años, desde que le diagnosticaron alzhéimer a mi padre, diría yo... o, mejor dicho, desde que empecé con el taller... Aunque él nunca lo admitirá, el hecho de que su mujercita montase su propia empresa y lo dejase de lado, no le hizo la menor gracia... Poco a poco fuimos apartándonos y nos hemos

convertido en dos personas que comparten vivienda... Salvo en los actos sociales, donde todavía nos molestamos en disimular y aparentamos ser un matrimonio, hacemos vidas separadas.

- ¿Dormís en distintas habitaciones?

- ¡Desde luego! Lo último que se me ocurriría es volver a mantener relaciones sexuales con él... De hecho, ni con él ni con nadie... Llevo a dieta desde entonces.

- ¡Qué! ¿Tantos años sin sexo? Si yo estuviese un mes sin comerme una rosca, pegaría brincos por la sierra como una cabra loca... Ahora comprendo por qué a veces tienes esa cara de amargada.

- ¡Serás capullazo! ¡Qué canalla eres!... Me secuestras y te burlas de mi abstinencia sexual. ¡Eres de lo que no hay!... Y sí, claro que a veces me apetece, como a todo el mundo, pero no va conmigo lo de buscar un amante... ¿No has oído hablar de los juguetes a pilas? Gracias a ellos, salgo del paso.

- ¡Allá tú!... Yo opino que la vida es demasiado corta como para desperdiciarla, pero cada cual se entretiene como le sale de la entrepierna... Por cierto, ¿sabes cómo se lo monta tu marido?

- Es un tema que no me interesa... Supongo que se hará pajas o se habrá buscado una querida.

- ¿En el pueblo?

- ¡Desde luego que no! Algo así, sería de dominio público... Emilio viaja a menudo por negocios y doy por supuesto que sabe cómo encontrar compañía femenina discretamente.

- ¿Y no te molesta que te engañe?

- Tiene guasa que me digas tú eso, que te debes pasar por la piedra a todas las mujeres que puedes... Porque lo haces, ¿verdad?... No me vengas con moralinas, Mateo, que somos personas adultas... Si tu pareja no te deja comer callos, te largas a otro sitio donde te los preparen, aunque te salga más caro. ¿Dónde está el problema?

- Me dejas con la boca abierta... Nunca hubiese esperado esa reacción de ti... Tan fría e insensible.

- Cualidades muy convenientes para una empresaria, ¿no crees?... Mira, esa cuestión ya me resulta indiferente; mientras Emilio sea discreto y evite el ridículo, yo paso del tema... Eso sí, hay una línea roja que tiene prohibido cruzar.

- ¿Cuál?
- Se lo dejé bien claro la última vez que él me propuso joder... y yo me negué... Mete tu polla donde te dé la real gana, pero si dejas preñada a alguna, habiendo sido incapaz de hacer lo mismo conmigo, el divorcio es inmediato.
- A eso último voy, Sandra... Es que no lo entiendo... Si vuestro matrimonio es una mentira, ¿por qué no te divorcias? Tienes pasta por un tubo, o vas a heredarla, así que el dinero no supone problema... ¿Por qué no lo mandas a la mierda? Todavía eres más o menos joven y te será fácil encontrar a alguien mucho mejor que Emilio.
- Lo sé... y yo misma me he hecho esa pregunta muchas veces últimamente... y la única respuesta que he encontrado resulta un tanto pueril.
- No te entiendo. ¿Me lo vas a explicar?
- Es que todavía estoy esperando que ocurra un milagro... que mi padre se recupere y, en ese caso, tener a Emilio a su lado le...
- ¿Cómo puedes ser tan estúpida? Algunas personas sí se recuperan de un ictus, pero nadie lo hace del alzhéimer.
- Lo sé, pero la esperanza es lo último que se pierde y, mientras mi padre siga vivo, yo seguiré casada con Emilio... Cuando se produzca su fallecimiento, me tomaré unos meses de reflexión y, luego, ya veré qué hago.
- Es tu vida... Tienes todo el derecho del mundo a desperdiciarla como te dé la real gana.
- Pásame un pañuelo, por favor.
- Estás hecha toda una llorona... y ya eres mayorcita para eso. ¡Ja, ja!... Cambiemos de tema... Cuéntame algo de tu taller y deja de lloriquear.
- Es una forma de desahogarme y... De acuerdo... Como te he dicho antes, cuando le detectaron el alzhéimer, me quedé alelada, pero tuve claro que no iba a cometer otra vez el mismo error... Me refiero a cuidarlo yo misma... Contraté a otras enfermeras, especializadas en demencias seniles, y de nuevo me encontré de brazos cruzados. Aquello me ponía tan frenética que decidí montar algún negocio por mi cuenta para entretenerme... o para realizarme, como prefieras.
- ¿Y por qué un taller de zapatos?
- De calzado artesano y exclusivo, como reza nuestro lema... Hice un estudio de mercado, para ver qué tipo de empresa podía montar, y me quedó claro que necesitaba localizar un nicho de exclusividad en el que todavía hubiese algún

hueco libre.

- No te sigo.

- Era evidente que no podía competir en precios bajos con ninguna gran superficie. Si me dedicaba, por ejemplo, a plantar tomates, me podrían salir sabrosísimos, pero serían mucho más caros que los demás de la estantería y no se venderían... Si me orientaba al mundo de la moda, hay ya bastantes multinacionales que venden ropa a precios bajísimos.

- ¿Y si montabas una tienda? De ropa, zapatos u otra cosa.

- Eso sí que no tiene ningún futuro... Además de pelear con las grandes superficies, está Internet, que se está apoderando de todo el comercio... Por eso, mi calzado no se vende en ninguna tienda física, sólo a través de Internet... y no a cualquiera.

- Explícate mejor, porque me estoy perdiendo.

- Hay millones de personas que pueden gastarse diez euros en un par de zapatos... o cuarenta... o cien. Sin embargo, la empresa que los hace o diseña, se lleva sólo un pequeño porcentaje de ese dinero; piensa que debe pagar el material, mano de obra, maquinaria, transporte, distribución, etcétera... Mi producto tiene un mercado mucho más reducido, pero se compensa porque mi margen también es muy superior.

- Ponme un ejemplo, anda.

- Veamos... Si con cada kilo de tomates sacas un beneficio neto de diez céntimos, echa las cuentas y comprobarás que necesitas vender diez mil toneladas para ganar un millón... Si con cada par de zapatos obtienes mil euros netos, consigues la misma cantidad con sólo mil pares.

- ¡Menudo ejemplo me has puesto! ¡Qué exagerada eres! Para ganar mil euros, habría que ponerle un precio de cinco o seis mil euros... Tú deliras.

- Cuatro mil se ajusta más a la realidad.

- ¡Qué! ¿Me estás diciendo que hay gente dispuesta a pagar esa barbaridad por un par de zapatos?

- Mucha más de la que te imaginas, Mateo. Hay cantidad de personas a las que les sale el dinero por las orejas... Lo difícil es contactar con ellas.

- Me tienes con la mosca tras la oreja... Anda, por favor, empieza por el principio.

- Si no hay mucho que contar en realidad... Supe que debía fabricar algo fungible, de usar y tirar, como las maquinillas de afeitar o las compresas,

porque siempre tendría una cierta venta asegurada... Supe también que debía ser un producto exclusivo, que sirviese como tarjeta de presentación en un determinado círculo social; quien lo poseyese, dejaba patente que pertenecía a un club privilegiado... Supe también que, para darle más realce a ese club, debía ser minoritario; por la misma razón, la producción sería limitada, para mantener la singularidad... Tuve clarísimo que mi objetivo no era vender un artículo de superlujo, sino un objeto de deseo... Algo que las personas con dinero codiciaran... y, por tanto, debía tratarse de un producto de la máxima calidad y, sobre todo, escaso, caro y exclusivo... Un artículo que sólo unos miles de personas en el mundo pueden permitirse.

- Te juro que estoy impresionado... ¡Menuda conferencia me acabas de soltar! Y lo mejor del caso es que me ha gustado... Te explicas muy bien. Sigue, por favor.

- La respuesta a la siguiente pregunta, ¿qué artículo fabricar?, me resultó fácil de encontrar... Hasta que la producción de calzado se trasladó a Asia, en la comarca había una larga tradición zapatera, con varias empresas del ramo. Aunque cerraron hace más de veinte años, todavía quedaba gente en edad laboral que sabía hacer verdaderas maravillas con la piel, el cuero y la aguja.

- Y contrataste a esa gente mayor, ¿no? ¡Muy bien hecho!... Lo malo es que no tardarán mucho en jubilarse.

- Por ese motivo, parte de su jornada laboral la dedican a enseñar cuanto saben a las nuevas generaciones. En el taller trabajamos cuarenta y siete personas, de los cuales sólo veinte tienen la categoría de maestro artesano.

- ¡Qué! Únicamente veinte personas y todo lo hacen a mano... Sí que la producción es limitada... ¿Y el resto de la plantilla?

- Especialistas... Departamento de diseño, informática, investigación y desarrollo...

- ¡Cómo! Estamos hablando de zapatos. ¿Qué narices hay que investigar?

- ¡Ja, ja! No es lo mismo elaborar un calzado para llevarlo en Londres, donde llueve a todas horas, que para Abu Dabi, donde no cae una gota de agua.

- ¡Joder! Ni que los hicierais a medida.

- ¡Desde luego que los hacemos!... Tengo un equipo de colaboradores que, cuando aceptamos a un nuevo cliente, acude a visitarlo y escanea sus pies.

- ¡Cómo! Perdona, pero no me lo creo.

- Se trata de una caja algo mayor que una de zapatos; se coloca el pie dentro y

en un par de minutos está digitalizado. Instantes después, llega esa información a nuestro servidor, donde se imprime un molde para trabajar con él.

- ¡Madre mía que sofisticación! Nunca me habría imaginado algo así. ¡Qué pasada!... ¿Y qué es eso de aceptar a los clientes? ¿Los elegís o qué?

- Debes entender, Mateo, que vendemos un calzado que es una obra de arte personalizada, pero, sobre todo, vendemos la pertenencia a un club exclusivo. Por tanto, la entrada debe estar restringida de alguna manera... Para incluir a una persona en él, exigimos la recomendación de alguien que ya sea cliente.

- ¿Y ese sistema funciona? Me parece absurdo.

- Pues no lo es. ¡Ja, ja!... Aunque seas un multimillonario, tu cerebro opera más o menos como el de todo el mundo... Siempre quieres lo que no tienes y deseas lo que poseen los demás... Ahí está el quiz de la exclusividad. Hay cosas que sólo están disponibles para ti y para la gente de tu mismo nivel... Y respondiendo a tu pregunta sobre la funcionalidad del sistema, te diré que, en la actualidad, la demora de un pedido ronda los cinco meses.

- ¡Joder, joder! Me lo creo porque tú me lo estás contando, pero todavía me sigue pareciendo imposible.

- Pues el negocio marcha de maravilla... Exclusividad, recuerda... Cualquiera que aprecie la pequeña S en el contrafuerte de uno de nuestros productos, sabe que la persona que lo calza pertenece a un club muy reducido.

- ¿La S es por Sandra?

- Y también por *Special & Selected*.

- Te juro que estoy impresionado.

- Te estás repitiendo, Mateo. ¡Ja, ja! Eso ya lo has dicho antes.

- Es que me tienes deslumbrado, en serio... Aclárame una cosa... Entiendo que, si logras acceder a ese uno por mil de la población al que le sobra el dinero, tienes mucho ganado. ¿Cómo lo conseguiste?

- Con mucho esfuerzo y con mucho dinero... y casi me quedo atascada en el camino. El primer año, sobre todo, fue durísimo; muchos gastos y apenas ningún ingreso... Según mi contable sólo disponía de dinero para aguantar un mes más y, justo entonces, se produjo el milagro que estaba esperando... comenzaron a llegar pedidos.

- El dinero... ¿lo sacaste de la cantera de tu padre?

- ¡Estás loco! Era mi proyecto, de nadie más... Pedí un préstamo en el banco y, eso sí, me lo concedieron gracias a la cantera. Sabiendo el estado físico de

mi padre y que yo iba a ser su única heredera, resultó relativamente sencillo conseguirlo... A pesar de que dos millones siguen siendo una cantidad respetable.

- ¡Qué! ¿Dos millones de euros? ¡Qué barbaridad!

- Según mis cálculos, era el mínimo imprescindible... Tuve que comprar una fábrica en desuso y acondicionarla, por no hablar de la maquinaria, equipos informáticos, material para confeccionar el calzado y, claro está, los sueldos del personal contratado, que, gracias a Dios, creyó en mi idea y durante el primer año aceptó cobrar el salario mínimo, bajo promesa de una futura subida sustancial si el taller seguía en pie... Eso se llevó más de la mitad del dinero y el resto prácticamente lo invertí en promoción... Moví todos mis contactos y conseguí algunas entrevistas con gente de la jet, que se interesaron por mi producto.

- ¿Entonces fue cuando te empezaron a caer los pedidos?

- ¡Ojalá! A esas personas les ofrecí regalarles un par de zapatos, sin necesidad de comprometerse a futuras compras. Sabía que mi producto era de magnífica calidad y que les gustaría, pero, aun así, mucha gente era reticente a calzarse mi producto, que era la publicidad que yo andaba buscando... Recuerdo que estaba en Nueva York, bastante desesperada y sin saber qué hacer, cuando una conocida me propuso ir a una fiesta donde sólo se entraba con invitación y se me encendió la bombilla... Ya sabes cuál, ¿verdad?

- No sólo les obsequiabas con un maravilloso par de zapatos hechos a medida, sino que les entregabas invitaciones para que otras personas comprasen en tu taller; la única forma de conseguirlo.

- Perfectamente deducido... Ésa fue la llave que abrió la puerta al éxito de mi empresa. No es el dinero sino el poder, que es lo que mueve el mundo... Jactarse ante sus amistades de que se tiene algo único y alabarlos en grado sumo, porque para eso nadie más lo posee, resultaba una tentación muy fuerte, pero lo que verdaderamente les atrajo fue el poder de compartirlo, como una deferencia ante quien todavía no ha alcanzado el cielo.

- ¿Tan tontos son los ricos?

- Son tan estúpidos y elementales como el resto de la gente, aunque...

- Lamento interrumpirte, Sandra, pero se me está haciendo tarde y debo irme, a pesar de que tu charla me está encantando... Es la hora de mi llamada telefónica... A ver si mis colegas ya han conseguido la pasta.

- Gracias, Mateo.
- ¿Por qué?
- Por haberme escuchado... Hacía tiempo que no me desahogaba con nadie y me has sido de gran ayuda; me siento más relajada... En serio, te he confesado cosas que nunca he dicho en voz alta... y sólo espero que no las sueltes por ahí.
- Te juro que, por lo que respecta a tus confidencias matrimoniales y empresariales, mantendré mi boca cerrada.
- ¿Otro día me hablarás de ti?
- Espero que no... Si todo marcha como está previsto, mañana o pasado estarás en tu casa... Aunque nadie sabe la de vueltas que da la vida... Igual algún día nos encontramos en otras circunstancias y te la cuento; claro que tú no sabrás que es tu Mateo quien habla. ¡Ja, ja!
- Reconocería tu voz en cualquier sitio.
- No deberías haber dicho eso, Sandra... Es peligroso.

Sábado 7

- Mateo... ¿Ya estás despierto?
- Sí... Uhhh... Acabas de despertarme... Todavía tengo sueño.
- Pues sigue durmiendo si quieres... pero no se te ocurra entrar, que estoy en el baño.
- Oído cocina... Avísame cuando acabes.
- ¿Por qué lo dices?... ¿Desde cuándo te interesa mi tránsito intestinal?
- Tenemos que hablar, Sandra.
- ¿Qué demonios pasa? Te noto rara la voz... ¿Qué averiguaste anoche? Tenía intención de esperarte leyendo para que me lo contases, pero me quedé frita.
- Luego te lo explico.
- Di lo que sea, que me tienes en ascuas.
- No. Prefiero esperar.
- ¡Joder, podías haber traído toallitas! Este papel higiénico es una mierda... Un segundo, que me estoy vistiendo... Ya... Ya puedes pasar... y lamento no poder tirar de la cadena.
- Como si eso me molestase... Las ricas cagáis flores.
- ¡Cabronazo mal nacido! ¿A qué viene eso?
- Lo siento... Estoy hasta los huevos de todo esto y tú eres la única persona que tengo a mano para desahogarme. Sé que me he pasado, pero es que estoy cabreado, furioso; con ganas de sacudirle una hostia a alguien.
- Pues no te acerques a mí ni en broma... Deja de comportarte como un niño y explícame qué coño ha pasado con el dinero del rescate.
- ¿Cómo sabes que ha sido por eso?
- ¡Qué tontería preguntas! Cualquiera que tuviera sentido común lo habría deducido... y yo sé emplear la cabeza.
- Siempre estás tocándome la moral. ¡No sé cómo lo haces!... De acuerdo... Ayer al mediodía, cuando tu marido salió del banco con el dinero del rescate, la Guardia Civil lo estaba esperando.
- ¿Cómo dices? Es imposible.
- ¡Y un carajo! Eso fue lo que sucedió... La sargento de la UCO que está al mando de las operaciones y, si no me equivoco, se llama Julia Asensio y está

embarazada de...

- ¡No me interesa la crónica de cotilleos! ¿Qué demonios sucedió?

- Pues justo lo que te acabo de decir... Cuando Emilio iba a subirse a su coche, de regreso al pueblo, la sargento y su cabo lo interceptaron.

- ¿Lo han detenido?

- No, está en vuestra casa... Bueno, hoy es sábado; ignoro si se habrá pasado por la cantera.

- Déjate de tonterías... ¿Y el dinero?

- En el cuartel de la Guardia Civil.

- ¿Por qué coño se lo han quedado? Ese dinero está completamente limpio y no tienen ningún derecho a retenerlo... Guardábamos un millón y pico en una caja de seguridad de la oficina principal, por miedo a un robo.

- ¡La puta de oros! ¿Más de un millón en efectivo?

- Sí.

- ¡Joder! Yo pensaba que tu marido había ido al banco a pedir un crédito o algo así.

- No era preciso... Guardábamos ese dinero en el banco porque estaba más seguro que en casa o en la oficina de la cantera. Las cajas fuertes que tenemos ahí son poca cosa para unos profesionales; más que nada las pusimos para guardar documentación importante y alguna pequeña cantidad en efectivo.

- Y si no se trata de dinero negro, ¿por qué no lo pusisteis en una cuenta corriente?

- Porque si el banco se hunde, y ahora sólo los muy grandes están a salvo de una quiebra, y no todos, el Estado sólo nos devolvería cien mil por titular. Es una... Espera, espera... ¿Se ha metido Hacienda por medio?

- No, que yo sepa.

- Entonces, todavía lo entiendo menos... Y te prometo que Hacienda no me da miedo; tenemos documentada la procedencia de hasta el último euro. Una parte corresponde a nuestros ahorros personales, otra al taller y casi la mitad a la cantera.

- A mí no tienes que darme explicaciones de...

- No lo hago por ti, Mateo, sino por mí... Intento comprender qué narices ha sucedido y hablar en voz alta me ayuda a aclararme la cabeza... ¡Qué putada! Sigo sin entender por qué la Guardia Civil tiene mi dinero.

- En mi modesta opinión, el cuartel es el lugar más seguro del pueblo, ¿no crees?
- Desde luego, pero Emilio les tendría que haber dado permiso, porque te repito que ese dinero está más limpio que el culo de un bebé recién cambiado de pañal... ¡Eso es!... ¡Maldita sea! ¡Qué hijo de puta! Se va a enterar cuando lo coja por banda.
- Tranquila, que te va a dar algo.
- En estos momentos lo mataría, te lo prometo.
- Cálmate y cuéntame qué supones que has descubierto.
- De suponer nada... Tengo la completa seguridad de que todo esto es cosa de Emilio.
- ¿Te apetece explicármelo o entra dentro de la intimidad conyugal?
- Deja de tocarme los ovarios que yo también estoy a punto de saltar... Atiende, Mateo... Según me has dicho, lo pillaron cuando salía del banco con el dinero.
- Sí.
- ¿Y cómo demonios sabían que estaba allí?
- Es posible que lo consideren sospechoso de tu desaparición... En las películas siempre investigan al marido y más si hay tanto dinero en juego.
- ¿Y qué?
- Pues que quizás lo estuviesen siguiendo.
- Aunque fuese así, y es una hipótesis aceptable, al menos de principio, eso no explicaría por qué lo pararon a la salida... Piénsalo un momento, Mateo... Entra Emilio al banco, supongo que con un maletín en la mano; baja a la cámara de seguridad y, una vez a solas, abre nuestra caja, coge el millón de euros y, después, abandona el edificio... Seguro que tardó menos de media hora en todo el trámite y, quien no supiera lo que estaba haciendo, bien podría haber pensado que andaba con cualquier gestión relativa a la cantera. ¿Cómo averiguó la Guardia Civil que, en realidad, había ido a por el dinero del rescate?
- ¡Joder! ¿Me estás diciendo que lo sabían con antelación?
- Es evidente, ¿no estás de acuerdo?
- Parece lógico... pero, ¿quién les informó?
- Emilio, desde luego... Me figuro que envió un mensaje o un email al brigada,

el jefe del puesto, diciéndole lo del dinero de la caja de seguridad... De forma anónima, por supuesto, y desde un terminal del que resulte imposible rastrear la procedencia.

- Esto último no me queda claro, pero da igual... ¿Por qué iba a hacer esa tontería tu marido?

- Para dejar patente su interés por liberar a su esposa... y, sobre todo, para conservar a buen recaudo el millón.

- ¿Insinúas que no tiene intención de pagar el rescate? Me parece muy fuerte... ¿Tan cabrón es?

- Conozco a Emilio como si lo hubiera parido y, aun así, no sabría cómo responderte... Sí tengo claro que no desea exponerse a perder lo que él considera su dinero.

- ¡Joder con tu marido!... De todas maneras, aunque haya sido una treta por su parte, para tener la pasta a mano y vigilada por los picoletos, dudo mucho que se arriesgue a ponerte en peligro.

- ¡Ja, ja!... No me hagas reír, capullo, que la cosa no tiene la menor gracia... ¿En serio eres tan gilipollas como para creer que todavía sigue enamorado de mí?

- Tampoco sería tan sorprendente... Estás de buen ver y eres inteligente y... Mejor me callo, que acabarás creyéndotelo y ya resultas bastante insufrible de normal... No, me refería a que tú eres más valiosa para él viva que muerta; supongo.

- ¿A santo de qué dices eso?

- Desconozco cómo funciona el asunto de las herencias, pero sospecho que a él le interesará que continúes en este mundo cuando tu padre fallezca.

- ¡Cómo!... ¡Qué estúpida soy! No había pensado en eso y es muy posible que tengas algo de razón... Claro que eso significaría que...

- ¿Por qué lloras?

- ¿No lo entiendes?... Mi padre debe haber empeorado... Eso explicaría perfectamente el comportamiento de ese cabronazo.

- Límpiate... Y no soy quien para discutirte si tu marido es o no un borde, un hijo de puta, un chulo o lo que mejor te parezca... Sin embargo, sigo sin ver eso que para ti resulta tan evidente.

- Si mi padre muere mientras yo permanezco aquí retenida, seré la heredera de la cantera y, si por una desgracia pierdo la vida más tarde, todo se lo quedará

Emilio... El malnacido pretende alargar mi cautiverio todo cuanto sea posible.

- ¡Qué hijo de la gran puta! Coincido contigo, Sandra, es un cabronazo... ¿Cómo puedes estar casada con un monstruo así?... No, no contestes... Si llevas razón, y para mí tiene sentido lo que estás diciendo, tu marido intenta gastarnos una soberana faena. Nos podemos eternizar aquí... ¿Alguna sugerencia?

- La más sencilla.

- ¿Y es?

- Soltadme... Os doy mi palabra de que recibiréis vuestro millón, una vez de vuelta en casa.

- ¡Ja, ja!... ¿A qué viene esa cara?... Disculpa, pensaba que estabas bromeando... ¿En serio lo dices?... Está bien. Se lo comunicaré a mis colegas, pero me temo que no pasarán por el aro.

- ¿No confías en mí?

- Sólo hasta cierto punto... Creo que ahora eres sincera con tu propuesta y, si dependiera de mí, es posible que la aceptase, sólo posible, aunque me arriesgase a terminar en la cárcel y...

- No os denunciaría, te lo prometo... Declararía que había discutido con Emilio y que había simulado mi propio secuestro para joderlo, escondiéndome en no sé dónde, en cualquier lugar remoto. Ya me inventaría lo que fuese necesario para darle verosimilitud... Aunque la investigadora que lleva el caso desconfiase de mi versión, al final no le quedaría otra que dejarme libre y tendríais vuestro dinero cuando se hubiese calmado todo... Además, ¿por qué ibas a ir a la cárcel? No puedo identificarte.

- Porque... Da igual; algún día quizás te lo cuente... Y sí, no has visto mi rostro, pero estoy convencido de que eres capaz de reconocer mi voz en una rueda de reconocimiento.

- Es posible, pero te prometo que nunca lo haría... Y eso sólo ocurriría en el peor de los casos, si te detuviesen como sospechoso... pero, ¿sospechoso de qué, si no denuncié mi secuestro?

- Seguro que te presionarían.

- No soy una niñita desamparada; puedo defenderme por mí misma... Encima, nadie sabe que matamos el tiempo hablando, así que sería entendible que no te identificase. ¿Por qué...?

- Basta, no es necesario que sigas insistiendo... Tu propuesta está

perfectamente clara y te juro que se la transmitiré a mis colegas.

- Sólo te pido eso, Mateo... y que la apoyes, si confías en mí.

- En cualquier caso, dudo mucho que la acepten, porque al final todo dependería de tu palabra... Y aunque la cumplieses, algo que aún está por ver cuando te encuentres libre en tu casa, siempre es posible que la Guardia Civil te controlase y nos pillase en el momento de recibir el rescate.

- Soy una empresaria, no lo olvides. Tengo mis contactos... Puedo hacer el ingreso en un banco extranjero y...

- Escúchame, Sandra... Intentaré explicártelo, para que pilles cómo está la situación... Tú y yo lo tenemos crudo, porque esto igual va para largo y lo pasaremos jodidamente si es así... Sin embargo, mis colegas están ahí fuera, haciendo su vida, y pueden aguantar meses en este plan si es preciso. Tu propuesta es muy atractiva, pero les pides que arriesguen todo a cambio... ¿de qué?... ¿De cobrar antes?

- Sí... pero también de mi promesa de que jamás os denunciaré. Podréis disfrutar del dinero con la certeza de que nadie os perseguirá.

- Demasiado bonito para ser realidad... De todas formas, te juro que les explicaré detenidamente tu propuesta cuando telefonee. Sin embargo, vuelvo a repetirte que no te hagas ilusiones de que la acepten.

- Secúndala, por favor.

- Soy el último mono del árbol, así que no confíes en los milagros... ¿Alguna otra idea?

- ¿Sobre qué?

- Si mis colegas rechazan tu oferta, algo que no me extrañaría en absoluto, sería aconsejable presionar a tu marido de alguna manera para acelerar la entrega del rescate. ¿Se te ocurre alguna manera de conseguirlo?

- ¡Joder! ¿No pretenderás cortarme un dedo o una oreja?

- ¡Qué mal pensada eres! Sabes que no tengo intención de hacerte el menor daño... siempre que no me obligues.

- ¡Capullazo! No intentes asustarme que... Un segundo... ¿Todavía conservas mi móvil?

- Sí, claro.

- ¿Tiene todavía batería?... Bien... Pásamelo, por favor.

- ¿Para qué?

- Se me ha ocurrido una manera de presionar al canalla de mi esposo. Voy a grabar un vídeo poniéndolo a parir y diciéndole que haga algo rápido para sacarme de aquí. Hasta puedo sugerirle cómo conseguir otro millón sin que se entere la Guardia Civil que, como seguirá custodiando el primero, estará controlando menos a Emilio.

- Me parece un plan magnífico, pero no puede ser.

- ¿Por qué no? Matamos dos pájaros de un tiro... Le obligo a conseguir de nuevo el dinero del rescate y tiene una prueba fehaciente de que todavía sigo con vida.

- Que sí, que me gusta tu idea, Sandra, pero tengo absolutamente prohibido grabarte en vídeo. Orden directa del jefe.

- ¡Qué gilipollez! Sería lo más sencillo y no te costaría nada enviarlo al móvil de Emilio. ¿Por qué prohibirlo?

- Eso mismo le pregunté yo... Y me respondió que, si la grabación llegaba a manos de especialistas informáticos, podrían deducir dónde estás retenida, porque el sonido dentro de las cuevas es muy característico... Ahora estamos a muchos kilómetros de tu casa y no queremos que la Guardia Civil amplíe el radio de búsqueda y, por una casualidad, llegue hasta aquí.

- ¡Joder, joder!... Me acabas de fastidiar el plan y... Un momento... ¿Tienes papel y un boli?

- Sí.

- Entonces lo haremos al modo antiguo. Le escribiré una carta a Emilio.

- Por mí no hay inconveniente, pero, como puedes imaginar, deberá pasar la censura. Tenemos que asegurarnos de que no usas alguna clave para indicarle dónde estás.

- ¡Si no tengo ni puta idea, capullo! ¿Qué podría decirle? Que estoy en el fin del mundo, bajo una sierra y lejos de casa. ¡Menuda pista!... Además, voy a escribir la carta ahora mismo, contigo.

- ¿Por qué conmigo?

- Para que me cortes si me paso o me empujes si me freno... O si algo no queda claro y debo explicarme de otra forma. ¡Yo qué sé!

- Tampoco tengo nada mejor que hacer, así que adelante... Un último detalle, antes de comenzar.

- ¿Cuál?

- Si fotografio con tu móvil la carta que escribas, es posible que se lea mal; además, si han intervenido su teléfono, la sargento que está al mando se enterará de todo y se supone que no queremos eso, ¿verdad?
- Desde luego que no... Déjame pensar un segundo... El correo también está descartado, por la misma razón... Espera, ya lo tengo... Enrique, mi encargado, recoge todos los días el contenido del buzón del taller. ¿Puede alguno de vosotros introducir mi carta ahí?
- Tendré que consultarlo, porque no lo sé... Si vigilan tu taller, sería muy peligroso.
- ¿Y por qué coño iban a hacerlo? Aunque sospechen de alguno de mis trabajadores, algo que no podemos descartar, el fin de semana no hay nadie por allí. Hoy es sábado, ¿no?
- Sí.
- Pues la escribimos ahora y así disponéis de suficiente margen de tiempo para depositarla en el buzón, porque Enrique no irá al taller hasta el lunes.
- Confiemos en que tenga una salud de hierro y no se haya cogido una baja.
- Tranquilo; a pesar de su edad, está más sano que nosotros... ¿Echarás tú mismo la carta? Lo digo porque...
- Seguro que no... Hemos fijado varios escondrijos y, si al jefe le parece bien, yo la dejaré en uno de ellos y un colega la recogerá para llevarla a su destino, hoy o mañana.
- Mientras esté el lunes en el buzón, me conformo... ¿Vas a por el papel y el boli? Tarda un poco, que necesito hacer un pis.
- De acuerdo... Hasta ahora.
- Mateo...
- ¿Ya has terminado? ¡Qué rapidez!
- Todavía no, quédate ahí... ¿Tienes un sobre por casualidad?
- Ni sobres ni sellos... Sólo la porquería de libreta que utilizo para anotar cosas.
- Ya puedes venir... Tráela.
- Al menos, podías pedir las cosas por favor... ¿Nadie te ha dicho que eres un poco maleducada?
- Lo siento, es la costumbre... En el taller acostumbro a dar órdenes sin parar y resulta engorroso andar siempre con el por favor.

- Toma la libreta.
- Sí que es una mierda, pero nos servirá... ¿Qué opinas de la primera frase que se me ha ocurrido? *Emilio, sé lo que hiciste y por qué lo hiciste.*
- Perfecta... Aunque otra persona la lea, no creo que adivine su significado. Además, para él queda claro que te refieres a lo del banco y que, por tanto, sigues vivita y coleando.
- Escrita queda... ¿Qué tal la segunda? *Como vuelvas a joderme, te acordarás de mí.*
- Demasiado amenazadora... Si lo acojonas tanto, igual se asusta y prefiere que no vuelvas.
- Quizás tengas razón, aunque el cuerpo me pide escribir algo todavía más duro, como prometerle cortársela a rodajas si continúa dándome por el culo... Vale, ya sé; me lo tomaré con calma... Déjame pensar... ¿Qué te parece ésta? *Me encuentro bien; deseo volver a casa lo antes posible.*
- Mucho mejor, aunque es innecesaria. Escríbela de todos modos... ¿Por qué no vas al grano?
- Veamos... *Saca el dinero de la cuenta del taller, aunque coméntalo con el director del banco para que cubra cualquier descubierto. Coge lo que ha quedado en la caja de seguridad. Lo que falte, pídeselo a mi tío.*
- Por mí, bien... Ahora dile que espere nuestras instrucciones y que mantenga todo en secreto.
- ¿Qué te parece esto?... *Sigue al pie de la letra las órdenes de los secuestradores y, esta vez, no avises a nadie.*
- Breve y claro... y me gusta lo de esta vez. Das a entender que estás cabreada con él.
- Es que lo estoy, y mucho... y termino con... *Cuida de mi padre. Sandra.*
- Así, sin los besitos de rigor... Que quede bien claro lo enfadada que estás.
- ¡No te chotees, subnormal! Con la rabia que llevo encima, te recomiendo que dejes de tocarme los ovarios.
- Te recuerdo que a mí me pasa lo mismo... Sólo intentaba relajar un poco el ambiente.
- Si se trata de una disculpa, la acepto.
- Dejémoslo estar... En cuanto a tu escrito, ¿qué quieres que te diga? No acaba de convencerme.

- ¿Por qué?
- Se supone que pretendes presionar a tu marido para acelerar la entrega del rescate. Sin embargo, por más que la leo, da la sensación de que se lo estuvieses pidiendo, no exigiendo.
- Tienes razón, Mateo. Yo tampoco veo la presión por ningún lado... Piensa, Sandra, ¿qué falta?... Coño, no se me ocurre nada... Un momento... ¿Y si añado una posdata? *PD: En cualquier momento puedo cambiar mi testamento.*
- ¡Hostias! Eso sí que es fuerte. ¡Ja, ja!
- Sí, ¿verdad?... Lo malo es que, aunque redacte un nuevo testamento, no sé qué validez legal tendrá... Y no olvides que Emilio es abogado.
- ¿Lo dices por que esté escrito a mano?
- No. El testamento ológrafo sería completamente válido si lo escribo de mi puño y letra, lo firmo y pongo la fecha completa... Me refiero a que Emilio puede alegar que he sido coaccionada y, teniendo en cuenta que estoy secuestrada, es muy probable que el juez le diese la razón.
- Entonces, ¿piensas que tu marido no se tragará ese farol?
- Tampoco lo descarto... No tiene ni idea de a quién le dejaría todos mis bienes.
- No te sigo.
- Por ejemplo, si nombro heredera a cualquier persona, Emilio estará más tranquilo que un cementerio, porque la invalidación del testamento será segura... En cambio, imagina que deseo joderlo como sea y testo en favor de una institución poderosa.
- ¡Con la Iglesia hemos topado! ¿A eso te refieres?
- Eres un lince. ¡Ja, ja!... En ese caso, la pelea por mis bienes sería bestial y el ganador no estaría nada claro... Un posible cambio de testamento en ese sentido, sí que preocuparía a Emilio, y mucho.
- ¡La leche, Sandra! Tu marido será retorcido, pero tú no le andas a la zaga... Sabes negociar de puta madre... Me arrodillo ante usted, milady.
- Lo entenderé como un halago.
- ¿Qué escribes en esa otra hoja?
- El mensaje para Enrique... *Por favor, entrega el sobre doblado a Emilio, en mano y sin decírselo a nadie. ¿Te parece bien?*

- Sí... Es decir, tu carta debe de ir en un sobre doblado y, junto con esta nota, debe meterse dentro de otro. El tal Enrique, ¿reconocerá tu letra y tu firma?
- Sin duda; se las sabe de memoria... Dile a tu jefe que en el sobre exterior ponga *A la atención personal de Don Enrique Serrano*, para que así sólo lo abra él.
- ¿Algo más?
- No se me ocurre nada.
- Entonces, cojo las hojas y me largo a informar de todo.
- Por favor, Mateo, esfuézzate en convencer a tus colegas de mi propuesta... Liberadme y os daré el millón al poco de regresar. Te lo prometo.
- Haré cuanto pueda, pero no te voy a dar falsas esperanzas, porque veo el asunto un tanto crudo... En cambio, sí que confío en que resulte efectiva la carta a tu marido.
- Rezo para que, de una forma u otra, logre abandonar pronto este lugar.

Domíngo 8

- Ya te lo he dicho, Sandra. ¿Otra vez quieres que te lo repita?
- ¡Joder, Mateo! Es que estoy completamente chafada... Sé que no debería haberme hecho ilusiones, pero confiaba en que tus colegas aceptasen mi propuesta.
- Recuerda que te comenté que me parecía una opción poco probable... En cualquier caso, ámate, que no la han rechazado; sólo la han dejado aparcada. Quizás la retomen dentro de un tiempo.
- ¡Maldita sea, demonios! Quiero irme a mi casa.
- Te juro que te irás, tranquila, aunque no tengo claro cuándo... Esperemos que la carta para tu marido dé resultado.
- ¡Ojalá!... No te vayas, por favor, que no me apetece estar sola... ¿Te importa que hablemos, a ver si me distraigo un poco?
- Mi único propósito en esta vida es complacerla, milady. ¿También desea que le prepare un té?
- Gracias por hacer el tonto... Y déjalo para más tarde... ¿Sabes de qué me apetece charlar?
- Ni idea.
- Hace unos días te resumí mi vida y, si no me confundo, quedamos en que tú también harías lo mismo.
- Te equivocas, Sandra... No pongas esa cara, que recuerdo perfectamente aquella conversación. Antes de largarme a llamar por teléfono, me preguntaste si alguna vez te hablaría de mí y te contesté que esperaba que no.
- No me salgas con tecnicismos a estas alturas, Mateo... Si yo me confesé contigo, lo justo es que tú hagas lo mismo y me cuentes tu vida.
- La mía es mucho más breve.
- ¡Menudo payaso!... Mira, sé que dominas el arte de hacerte el capullo, así que no necesitas demostrármelo a todas horas.
- Siempre directa a la yugular... Está bien; sea como tú quieras... Lo que ocurre es que ese tema no me seduce nada.
- Sólo pretendo hacerme una idea de quién realmente es mi carcelero.
- Sigue atizándome así y puedo decirte todo cuanto conseguirás... un burro

cabreado.

- ¡Cómo estás, por Dios! Se supone que debería ser yo la irritable, por el síndrome premenstrual... ¿Qué pasa? ¿También tienes envidia de que me vaya a venir la regla? Porque yo, por mí, te la cedería con mucho gusto. Si ya de por sí es...

- De acuerdo, no hace falta que sigas; te contaré lo que te apetezca... Pero recuerda que por mi seguridad y sobre todo por la tuya, debo generalizar, sin concretar nada.

- Lo sé. Omite los detalles que estimes oportuno... Venga, adelante.

- Vale... Nací en un barrio obrero de una ciudad grande. Tanto mi padre como mi madre habían nacido en un pueblo, no en el mismo, y tuvieron que largarse en busca de trabajo.

- ¿Y en qué lo encontraron?

- Mi padre en una fábrica y mi madre en un supermercado... Poco más tarde se conocieron y se casaron cuando mi madre se quedó embarazada.

- ¿Fuiste buscado o llegaste por descuido?

- Lo segundo. Vine al mundo gracias a un preservativo roto... Aquellos eran otros tiempos, o bien mis padres eran imbéciles, el caso es que decidieron pasar por la iglesia antes de mi llegada. Cometieron un error tremendo.

- ¿Por qué?

- Porque eran incompatibles... Estaban siempre peleándose.

- ¿La maltrataba?

- Delante de mí, jamás... No sabría explicártelo... Eran buenas personas; un encanto cuando los pillabas por separado. A su lado tenía la sensación de ser el centro del universo; estaban pendientes de mí, jugando, cantando, viendo la tele... En fin, lo que se supone que hacen los padres.

- Y cambiaban cuando estaban juntos, ¿verdad?

- No puedes imaginarte cómo... Gritos, reproches... No se cortaban un pelo, aunque yo estuviese presente. Se decían mil y una barbaridades y yo allí, encogido en un rincón, intentando taparme los oídos para no escucharlos y llorando como un tonto.

- Como un tonto, no... Como un niño asustado.

- Dejémoslo... Cuando tenía unos ocho años, fuimos a pasar el verano al pueblo de mi padre... A mi madre no le hacía la menor gracia alojarse en casa

de su suegra, como puedes suponer, pero acabó cediendo, porque allí mi padre salía con su pandilla de amigos y la dejaba tranquila...

- ¿Ocurre algo? ¿Por qué te callas?

- Una madrugada él fue a cazar... con un par de amigos... Se pegaron el día en el campo y vaciaron todas las botas de vino. Tengo grabada en la memoria la bronca que le echó mi madre a su vuelta. Mis abuelos, que desconocían esa faceta suya, me agarraron de la mano y me subieron a mi cuarto, supongo que para distraerme y darles tiempo a mis padres a que se calmasen... Acababa de cerrarse la puerta cuando un disparo retumbó en toda la casa; instantes después, sonó otro.

- ¡Qué! ¿Pasó lo que me imagino?

- Sí... Mi padre mató a mi madre con su escopeta de caza y, luego, se suicidó.

- ¡Madre mía! Lo siento mucho, Mateo, no quería que revivieses eso... Perdona, perdona.

- No te preocupes. ¿Cómo ibas a sospechar algo así?

- Es que es tremendo... Ningún niño debería pasar por una experiencia tan traumatizante como esa. Me has dejado helada.

- ¿Te apetece ahora el té que te he ofrecido antes?

- Algo más fuerte necesitaría, pero, ya que no tenemos alcohol, me conformo con eso.

- Si esto se alarga, me acordaré de comprar una botella para las ocasiones como ésta.

- ¿Cómo te sientes?

- Bien, bien... Al menos ya sabes por qué no soporto las armas de fuego.

- Sé otras cosas, mucho más importantes... Aunque me preocupa que te estés extralimitando con tus confianzas.

- ¿A qué te refieres? No te entiendo.

- Con todo lo que me has dicho, ¿la Guardia Civil no podría deducir quién eres?

- ¡Ja, ja!... No... Desgraciadamente, no. Hay muchos maridos asesinos.

- Uno sólo ya es demasiado.

- Tienes toda la razón del mundo, Sandra... Cambiando de tema, ¿siempre eres tan inocente? En mi opinión, ya eres mayorcita para tragarte todo que te dicen los hombres. ¿En serio te lo has creído?

- Si intentas convencerme de que me has mentido, lo tienes crudo.
- Igual quería darte pena, para aprovecharme de ti después... Quizás mi madre es funcionaria y mi padre fontanero y continúan felizmente casados.
- Déjate de tonterías... Tus ojos llorosos te delatan.
- Aunque no te lo creas, soy muy bueno fingiendo; tanto que hasta he actuado en un grupo de teatro... Y te juro que las lágrimas siempre dan resultado con las mujeres.
- No con todas, payaso... Venga, sigue con el triste cuento que te estás inventando... Recupera tu papel, por favor.
- Como quiera milady. Pasemos al segundo acto... Meses después, me encontraba viviendo en casa de mi abuelo materno... Era un santo. ¡Las trastadas que le gasté!
- Para todo tenías.
- Aun así... Me arrepiento de los malos ratos que le hice pasar, porque él intentaba mantenerme enderezado, pero, ¡menudo era yo!... Un bala perdida. ¡Qué irónico!
- ¿Qué tal en el colegio?
- ¡Ja, ja! Todo el mundo me tenía un miedo del copón, porque no se me ocurría una idea buena ni por casualidad... Las chicas se escondían de mí, debido a que siempre estaba queriendo bajarles las bragas, y los chicos se apartaban, incluso los mayores, porque peleaba a muerte; nunca me rendía.
- Lo dices como si estuvieras orgulloso de eso.
- ¡Mira por dónde me sales! Así que a ti también te gustaría ejercer de psiquiatra, ¿eh?... Si te sabía a cuerno quemado cuando lo hacía yo, aplícate la misma regla.
- Llevas razón... ¿Y qué tal con tus maestras?
- ¡Ja, ja! Las tenía desesperadas y acabaron dejándome por imposible... Firmamos un acuerdo... Mientras yo no les jodiese sus clases, me permitían hacer lo que me diese la gana.
- ¡Qué profesionales! Para que luego hablen de la vocación.
- Es muy fácil decir eso, cuando no es a ti a quien meten una rata muerta en el bolso.
- ¿En ese plan ibas?
- ¡Si yo te contara!... Pero dejemos de lado el colegio, que aquello era simple

defensa propia.

- Tú mismo... ¿Cómo te llevabas con tu abuelo?

- Te acabo de decir que era un santo... Vivíamos en su granja que estaba a unos cuatro kilómetros del pueblo. Bueno, en realidad la palabra granja resulta demasiado exagerada... Una pequeña casa de adobe, con cuatro gallinas y un pequeño huerto que regábamos con el agua del pozo... Si comíamos todos los días era gracias a su pequeña pensión de jubilado.

- ¿Fue duro vivir con tantas estrecheces?

- ¡Qué va! Al contrario, allí sí que era feliz, porque tenía todo el campo a mi disposición... Además, mi abuelo me llevaba por el monte para que me desfogase. Nos pegábamos unas caminatas de miedo y me gustaba escuchar su voz ronca... Me sentía importante por el simple hecho de que me preguntase mi opinión.

- ¿De qué hablabais?

- De cualquier cosa, pero nunca intimidades. Era un hombre de otra generación, que no estaba acostumbrado a exteriorizar sus sentimientos y, aunque solía dejar que se deslizaran entre sus comentarios, nunca los expresaba directamente... Como ya te dije el otro día, él fue quien me reveló este laberinto de grutas donde nos encontramos. También, me enseñó a cazar conejos...

- ¿Con escopeta?

- ¡No digas sandeces!... Aprendí a preparar trampas con lazo corredizo y, a pesar de su sencillez, solían ser bastante eficaces. ¡Mi abuelo preparaba un conejo con caracoles para chuparse los dedos! Seguro que te gustaría.

- Me ocurre lo mismo que con los callos. No soporto los caracoles.

- Tú te lo pierdes... De todas formas, para la gente delicada el monte también ofrece alimentos vegetales. Mi abuelo me enseñó qué raíces son comestibles, qué frutos silvestres son más apetitosos, qué setas son más sabrosas... Te juro que podría pegarme varios meses ahí arriba y sobreviviría.

- Te creo... ¿Y no teníais problemas con los Servicios Sociales? Porque un anciano y un niño viviendo en ese plan debían llamar la atención.

- ¡Ja, ja! Ya ni me acordaba de eso.

- ¿Y por qué te ríes?

- Ahora verás... El primer asistente social era un tío muy simpático y mi abuelo lo llamaba Pancho Villa, así que puedes imaginarte su aspecto... Como

te he dicho, la granja de mi abuelo estaba bastante apartada y, cuando nos hacía una visita, el hombre me saludaba, me hacía dos o tres preguntas intrascendentes y se salía al porche, para echar un vino y un pitillo con mi abuelo, mientras charlaban sobre lo plantado en el huerto.

- Un asistente social muy campechano, por lo que comentas.

- Muy sensato, diría yo... Unos años más tarde, cuando yo comenzaba a dar el estirón, desapareció de nuestras vidas. Me figuro que cambiaría de puesto o se jubilaría, aunque la verdad es que no tengo ni idea de qué edad podría tener Pancho Villa por aquel entonces. Cualquiera mayor de veinte era un viejo para mí. ¡Ja, ja!

- ¿Qué pasó entonces?

- Apareció una señora que era tan poca cosa como tú, pero que tenía una mala hostia del copón... Cuando llamaba para avisar que iba a venir al día siguiente, a mi abuelo se le ponía mal cuerpo. El papeleo y los múltiples informes era más de lo que el hombre podía soportar y me preocupaba que le diese un telele, en serio... Así que un día le dije a la asistente social que sus visitas alteraban mucho a mi abuelo. ¿Adivinas por dónde me salió?

- Supongo que alegraría lo normal... que estaba obligada a hacerlas, que era su trabajo... ¿Me equivoco?

- Pues no... Cuando terminó de hablar, me eché la mano al pantalón corto y fui perfilando mi polla, mientras me acercaba a ella. Entonces le solté mi discursito.

- ¿Cuál?

- Si tú alteras a mi abuelo, yo te alteraré a ti... hasta el fondo.

- ¡Qué cabronazo! Ella sólo estaba haciendo su trabajo.

- ¡Y yo el mío! ¡Ja, ja!... Ella se largó asustada y nunca más volvió... ni ella ni ninguna otra persona. ¡Ja, ja!

- ¿Cómo puedes reírte con eso?

- Sólo estaba preocupado por mi abuelo y debes admitir que mi treta dio resultado.

- ¿Te parece bien amenazar a una mujer con una violación?

- Te juro que jamás forzaría a una mujer. Te juro que, si pillase a un violador en plena acción, le cortarían los huevos.

- ¡Qué expeditivo!... ¿Y por qué has matizado con lo de en plena acción?

- Porque estoy escarmentado y ya no me creo nada de nada.
- ¿De qué demonios hablas?
- Que ya puede venirme una chica de rostro angelical, llorando a moco tendido y jurando que alguien la ha violado, que siempre desconfiaré.
- ¿Por qué? No lo entiendo.
- Me ha sucedido dos veces; hace tres años la primera y al siguiente la otra. Eran chicas con las que me había acostado y que se encapricharon de mí; mejor dicho, de mi polla. Cuando corté con ellas, las dos me amenazaron con denunciarme por violación si dejaba de verlas.
- ¡Qué dices! ¿En serio?... Vale, confío en tu palabra... ¿Qué pasó?
- Se alza el telón. Te describo la escena... En una mesa apartada de un bar está sentada una pareja. El chico, mientras se limpia las uñas con la navaja, le pregunta a la chica si le parece buena idea presentar una denuncia falsa contra él... Te haces una idea, ¿verdad?... Las dos se defendieron igual... que se trataba de una broma, que nunca se les ocurriría cometer esa barbaridad...
- ¡Qué putas! A causa de zorras como ellas hay tanto violador que sale libre.
- ¡Mira qué curioso! Por primera vez coincidimos en algo.
- ¡Qué tontería es ésa! No es la primera vez que te digo que tienes razón, ni mucho menos.
- Ahora eres tú la que tienes razón... En compensación, te dejo preguntarme lo que quieras.
- Esto es puro cotilleo, así que no respondas si no quieres, pero es que me has dejado atónita... ¿Tan bueno eres con las chicas que las vuelves locas?
- Con la práctica, uno va mejorando. ¡Ja, ja!... Y sí, suelen quedar satisfechas, muy satisfechas.
- ¡Serás creído!
- ¡Eh, que has sido tú quien ha preguntado!... Y no sólo ellas se quedan a gusto; yo también... y ésa ha sido mi desgracia... y la tuya.
- ¿De qué demonios hablas?
- Déjame explicarlo a mi manera y ten paciencia, que lo entenderás pronto... Volvamos a mi actuación ante la asistente social. ¿Sabes por qué me atreví a ser tan...? Escoge la palabra que prefieras.
- Sigue. Por mí no te cortes.
- Porque me había estrenado la semana anterior... No pongas esa cara de

extrañeza, que debías saber que en los pueblos somos más adelantados para algunas cosas.

- Pero, ¿cuántos años tenías? ¿No has dicho que estabas con el estirón?... ¿Catorce o quince?

- Trece... Me desvirgó una prima lejana de diecisiete, que estaba de visita en el pueblo y quería vengarse de su novio, no recuerdo el motivo, aunque seguramente él le había puesto los cuernos o la había dejado por otra... Las mujeres sois muy vengativas.

- Sin comentarios... En cualquier caso, bien que te aprovechaste de eso.

- Tres veces, exactamente... Un fin de semana que no se me olvidará nunca. ¡Cuánto aprendí!

- ¿Seguiste con ella?

- ¡Qué más hubiera querido yo! No, jamás la he vuelto a ver... Y no veas cómo me jodió, porque estuve a dieta unos años, aguantando a base de trabajos manuales; hasta que descubrí lo fácil que es ligar si dispones de pasta en el bolsillo... Si están contentas y desinhibidas, y el alcohol en abundancia y un buen porro facilitan ambas cosas, se abren fácilmente de piernas.

- ¡Capullo! Eso será con las jovencitas descerebradas.

- Sí... y con las listas también. ¡Ja, ja!... Sin embargo, algo de razón tienes; las mujeres mayores ya han superado esa etapa y buscan algo más concreto.

- ¿El qué?

- ¡Una buena polla! ¡Ja, ja!... Me lo has puesto a huevo, Sandra.

- ¡Eres un fante!

- Cosas peores me han llamado, así que no me ofendes... Como te iba diciendo, cuando supe que el dinero es el más poderoso afrodisíaco, hice de todo para conseguirlo... Recoger fruta, trabajar de aprendiz en un taller de coches, ejercer de guía para los clientes de un hotel, llevar algún paquete de un sitio a otro...

- ¡Cómo! ¿Has hecho de camello?

- No, de transportista... Claro que si me preguntas qué había dentro de los paquetes, te responderé que no tengo la menor idea; aunque, por si te sirve de referencia, te diré que me pagaban cien euros por menos de una hora de curro.

- Muy legal no parece, la verdad.

- Así iba tirando, sin hacer nada, salvo ligar y follar, hasta que todo dio un

vuelco hace unos meses, porque cambiaron al director de la sucursal del banco y vino en su lugar una tía estirada. ¡Las mujeres son mi perdición! ¡Ja, ja!... Un día me llamó para decirme que mi abuelo debía pasarse por su despacho, con el DNI, para dar fe de que seguía vivo y continuar recibiendo su pensión.

- Sí, conozco ese trámite; es el procedimiento habitual.

- No lo discuto, pero mi abuelo hacía unos años que había fallecido.

- ¡Cómo! ¿Qué dices?

- Una tarde me levanté de la siesta y me lo encontré tumbado en el sofá, completamente frío.

- ¿Cuál fue la causa de su muerte?

- ¡Y yo qué sé! Un infarto, un ictus...

- ¡Joder! Para eso están los médicos... Le harían la autopsia, ¿no?

- Cuando dejé de llorar y me calmé, reflexioné sobre mi situación... A mis años, ¿todavía podían meterme en un hogar de acogida? Eso no iba a permitirlo ni de coña... Con la pensión de mi abuelo tenía suficiente para mantenerme; además, como yo era quien manejaba su tarjeta, tendría acceso a su dinero.

- ¿Insinúas que ocultaste su fallecimiento?

- Vivíamos casi aislados, recuerda, y nadie lo echaría de menos, sobre todo si yo decía que seguía como un roble, cuando alguien me preguntaba por él... Esa noche lo enterré en el monte.

- ¡Madre mía!... ¡Qué mal lo debiste pasar, Mateo!... De verdad que lo siento mucho.

- ¡Joder, para ya!... Si alguien llora, debería ser yo, ¿no crees?... Deja de quitarme protagonismo, que se trata de mi obra.

- Debo tener el día tonto, disculpa... Estábamos en que la directora de la sucursal iba a destapar el pastel. ¿Qué hiciste?

- Sospeché que la Seguridad Social me reclamaría el dinero y que era posible que incluso me persiguieran...

- Deberías haber consultado a un buen abogado.

- Gracias por el consejo, pero llega un poco tarde... Decidí largarme fuera y pensé en Sudamérica, por aquello del idioma... Claro que necesitaba pasta para el viaje.

- ¿Y por eso te metiste en mi secuestro?
- No, todavía falta un poco, paciencia... Una noche llegó a mis oídos que alguien buscaba un segundo conductor para ir con una furgoneta a Galicia y regresar. Averigüé que pagaban lo suficiente para cubrir los gastos de mi fuga, así que me apunté.
- ¿Y...?
- Llevábamos en el móvil una aplicación que nos marcaba el recorrido a seguir; por carreteras secundarias, para ir más seguros. Sin embargo, de pronto nos encontramos frente a un control de la Guardia Civil.
- ¿Un chivatazo?
- Seguro... Mi colega paró el coche y salió disparado, gritándome que corriera. Le imité, pero era de noche y tropecé con algo, pegándome una hostia cojonuda... Como me dolía un huevo el tobillo, decidí esconderme. Sin embargo, al cabo de un rato, sentí que un brazo me agarraba del cuello... Te juro que fue instintivo... Saqué la navaja y le pinché en el muslo. Pegó un grito y yo, como un idiota, salí corriendo a pesar de mi pie malherido.
- ¿Te detuvieron?
- Con el picoletto jurando en hebreo, su compañero acudió a atenderlo y pude escapar.
- ¿Qué le pasó al pobre guardia?
- Una herida poco profunda, que curó sin problemas y le sirvió para ganarse una medalla.
- ¡Madre mía! ¿Todas tus aventuras eran de ese calibre?... Mejor no contestes... ¿Y por qué has dicho lo de como un idiota?
- Porque me largué tan rápido que me olvidé de la navaja. Quedó clavada en su pierna y eso fue una completa estupidez por mi parte.
- Una de las múltiples que cometiste... Perdona, no soy quién para juzgarte... ¿Qué hiciste? Porque, si identificaban tus huellas, te iban a meter una larga condena.
- Desde luego, y por eso me escondí en el monte, pero lo abandoné una semana más tarde al comprobar que nadie me buscaba... Días después me fui de ronda por los garitos adecuados, para ver si localizaba a mi colega de la furgoneta, que también había conseguido escapar. Quería preguntarle si teníamos alguna posibilidad de cobrar nuestra parte, porque si la operación había fallado no había sido por culpa nuestra, sino por el chivatazo... A él no lo encontré, pero

alguien sí que me encontró a mí.

- El guarda herido.
- ¡Qué melodramática! No, fue mi jefe.
- El dueño de la furgoneta.
- No, el que ha organizado tu secuestro.
- ¡Qué! ¿Qué demonios pinta él en un transporte de droga?
- El maldito se había apoderado de mi navaja.
- ¿Cómo la consiguió?
- Tiene sus trucos.
- ¿Cómo supo que habías sido tú?
- Tiene sus trucos.
- ¡Capullo! ¿Cómo te encontró?
- Tiene sus trucos.
- Deja de tocarme los ovarios, que tengo las uñas largas... ¿Qué te dijo?
- Eso sí te lo puedo explicar... En pocas palabras, me chantajeó. Vino a decirme que la navaja iría directa al juez si me negaba a participar en tu secuestro... y yo directo a la trena, porque la navaja tenía mis huellas y la sangre del guardia... ¿Y qué quieres que te diga, Sandra? No es buena idea permitir que te encierren en una celda por haber apuñalado a un picoletto.
- Así que por eso estás aquí, siendo mi carcelero... ¿Cómo sabes que tu jefe te devolverá la navaja, cuando cobréis el rescate?
- Lo sé... y también que me llevaré una parte del rescate.
- ¿Cómo estás tan seguro?
- Conozco muchas cosas de él y no le interesa que saque la lengua a tomar el sol.
- ¡Joder! ¿Y si te quita del medio? ¿No has pensado en eso?
- Confía en mí. Él nunca lo haría.
- Yo sí que nunca me fiaría de alguien que se dedica a secuestrar mujeres... ¿Puedes decirme cuántos sois?
- No... Únicamente conozco al jefe; de los demás no sé nada.
- Es precavido, por lo que veo... ¿Cuál es tu parte?
- Doscientos mil
- Si todos os quedáis la misma cantidad, serías cinco. Si el jefe se lleva el

doble, serías cuatro.

- Esas mismas cuentas eché yo... Y te juro Sandra que, si no me hubiera visto obligado, jamás habría participado en tu secuestro... y haré todo cuanto esté en mi mano para que no sufras ningún daño.

Lunes 9

- ¡La madre que te parió, Julia! Has ido a ponerte en la mesa más escondida de la cafetería. Casi ni te veo.
- Me extraña, Carmelo, porque estoy más gorda que una vaca. ¡Ja, ja!
- No digas tonterías, que estás preciosa. El embarazo te sienta de maravilla.
- Por eso te lo he dicho, para que me lisonjees, que no tengo a mi maridito para que me mime.
- ¡Ja, ja! ¡Cómo estás! ¿Ya has terminado?
- Sí, pero si quieres tomar algo, por...
- He perdido la cuenta de los cafés que he tomado desde que me he levantado... Mejor salimos.
- De acuerdo... ¿Sabes por qué he elegido una mesa tan retirada?
- ¿Para estar tranquila?
- Es que me he zampado dos tostadas con mantequilla y mermelada, acompañadas de una torrija. Me daba un poco de vergüenza que la gente murmurase que soy una tragona.
- ¡Quién te ha visto y quién te ve! ¡Ja, ja!... Necesitas alimentarte por dos, no lo olvides. ¿Vamos a ver al brigada?
- Ya lo hemos discutido, Carmelo. Sólo entraré yo.
- A sus órdenes, mi sargento... Mientras paseamos, ¿me quieres contar qué pasa con la carta que me has enviado al móvil?
- Ha sido puta suerte... Había colocado una pareja vigilando el taller de Sandra Castillo. No creía que fuese a servir de mucho, pero, mira por dónde, estaba equivocada. El encargado del taller, que se me ha olvidado cómo se llama,...
- Enrique Serrano.
- Gracias... El encargado ha salido y se ha subido a su coche. Nos ha tocado la pareja con iniciativa, porque, sin encomendarse a Dios ni al diablo, han optado por seguirlo. Han dicho que les parecía extraño que a esas horas abandonara su puesto de trabajo, y más siendo él el máximo responsable en ausencia de la dueña.
- Más gente como esos necesitamos.

- No lo dudes... Luego, cuando han deducido que el encargado se dirigía al chalet del matrimonio, iban a pedir instrucciones, pero se ha producido otra casualidad. El hombre se ha saltado un stop, o un ceda el paso, no recuerdo. ¡Menuda cabeza tengo!

- ¿Le han parado?

- En efecto, una muestra más de su iniciativa. Cuando le han pedido la documentación, lo han visto tan alterado que te han telefoneado para ver qué hacían.

- Yo estaba en la cantera con los forenses contables y por eso te he llamado para decirte que fueras tú.

- Y, de paso, también me has informado de que no han encontrado todavía nada, ¿es así?

- Exacto, Julia. Hasta el momento ni rastro de un hipotético desfalco... Ya veremos al final.

- Cuando revisen la contabilidad del taller de Sandra Castillo, me temo que obtendrán el mismo resultado.

- Que un camino esté cerrado, tampoco está mal. Así sabemos que no lleva a ninguna parte y podemos olvidarnos de él... Y, volviendo a Enrique Serrano, ¿te ha resultado difícil sonsacarle lo de la carta?

- Para nada. El pobre hombre estaba al borde de un síncope. Sólo he tenido que preguntarle el motivo que le llevaba a visitar al marido de su jefa y me ha entregado el sobre. Nada más leer su contenido le he hecho una foto, para enviártela a ti, al brigada y a Emilio Barrado.

- Eso último no lo tengo muy claro... Yo habría dejado al margen al marido.

- Lo he pensado, Carmelo, pero necesitaba tener otra confirmación rápida, aparte de la del encargado, de que la carta estaba escrita por Sandra Castillo. Además, si se lo ocultábamos igual nos buscaba las cosquillas por incautar su correo sin orden judicial.

- Tú eres la jefa... ¿Están analizando el sobre en el laboratorio?

- Supongo que no tardarán en darme los primeros resultados, porque he encargado a nuestra pareja que lo llevaran y han salido disparados.

- Hablando de rapidez... ¿Sabes qué me sucede? Que no puedo acostumbrarme a esta marcha de tortuga que me obligas a llevar. ¡Ja, ja! Antes solías caminar a toda leche, como si te hubieran metido una guindilla por el culo.

- Es que me la han metido, pero por otro sitio. ¡Ja, ja!... Cambia de cara, no me jodas. ¡Ja, ja!... Es una orden y más te vale cumplirla, porque te la vas a cargar como me mee encima de la risa. ¡Ja, ja!... Si vieras la jeta que se te ha quedado, tú también te reirías conmigo. ¡Ja, ja!

- ¡Cómo eres, coño!... Es que no me esperaba una réplica tan basta.

- ¡Qué tontos sois los hombres! Cada día me sorprendéis más, en serio... Venga, continuemos hablando del caso, mientras me sigues acompañando al despacho del brigada. A mi ritmo, disponemos de tiempo para darle una y mil vueltas. ¡Ja, ja!

- ¿Realmente era necesario enviarle la foto de la carta?

- Cortesía profesional... y recuerda que me comprometí con él a informarle de vez en cuando.

- Sí, a cambio de que nos brindase plena cooperación... y admito que se está comportando de puta madre. Tenemos a todos sus hombres a nuestra disposición y...

- ¿Han averiguado algo sobre la persona que echó el sobre al buzón?

- Nada de nada... De todas formas, llevan poco rato con ello y sabemos que es difícil que alguien la viese y, para acabarla de joder, ni siquiera sabemos cuándo depositó el sobre.

- Ya lo hemos hablado... La persona que fue hasta el taller, no podía arriesgarse a que alguien la identificase. Si fue caminando, seguro que se acercó de madrugada.

- Pues el sábado quizás hubiese alguna parejita dándose el lote en un coche aparcado cerca del buzón, pero no resultará sencillo encontrarla. El domingo, teniendo que levantarse pronto el lunes, dudo mucho que alguien estuviese por la calle.

- Dime la verdad, Carmelo... ¿Crees que debería haber puesto una pareja de vigilancia día y noche?

- Sí; tendrías que haberlo hecho.

- ¡Qué! ¿Cómo? ¿A qué...?

- Si hubiéramos sabido lo de la carta, claro que deberías haber mandado controlar el taller, pero como no teníamos ni repajolera idea de que iba a suceder, también tendríamos que haber vigilado su casa, la de sus amigos, la cantera y la madre que lo parió... No, no has cometido un error.

- ¡Qué cabrito! Tú querías devolverme lo de la guindilla, ¿verdad?

- Desde luego. ¡Ja, ja!... Y lo he conseguido. ¡Qué carajo! ¡Menuda cara se te ha puesto! Has comenzado a balbucear y...
- ¿No te ha dicho nadie que está mal tratar así a una señora embarazada?
- ¡Mira por donde me sales!... Bueno, me parece que estoy metiendo yo solito en terrenos pantanosos, así que mejor escapo mientras pueda... ¿Estás convencida de que la carta es de la secuestrada?
- Absolutamente. El encargado ha identificado su letra y el marido también, a pesar de que únicamente la haya visto en foto. Además, ten por seguro que en el laboratorio encontrarán sus huellas dactilares.
- A ver si hay suerte y sacan algo del sobre exterior, que tiene otra letra.
- Dudo mucho que consigan descubrir algo en él. Hasta los niños de pecho saben lo del ADN y éstos son profesionales; no comentarán fallos de novato.
- Aunque me ha dado un vuelco el corazón cuando hemos descubierto lo de la carta, te confieso que ahora estoy algo desanimado, porque, en realidad, seguimos más o menos igual.
- Anímate, Carmelo... Sabemos que sigue viva y eso no es poco. Claro que habría sido fantástico encontrar una pista escondida en el texto de la carta que nos dijese donde está retenida, pero eso sólo sucede en las novelas.
- Además, supongo que sus secuestradores se la habrán dictado.
- ¡Ni de coña! Seguro que la habrán repasado a fondo, eso dalo por hecho, pero algunas frases son claramente de su cosecha.
- ¿Por ejemplo?
- La tercera... Te la leo... *Saca el dinero de la cuenta del taller, aunque coméntalo con el director del banco para que cubra cualquier descubierto. Coge lo que ha quedado en la caja de seguridad. Lo que falte, pídeselo a mi tío.*
- Sí, estoy de acuerdo; sólo ella puede estar al tanto de sus finanzas.
- Tampoco exageres, Carmelo, que su marido también conoce la economía familiar al dedillo. Además, es posible que un contable del taller o la cantera igualmente sepa algo.
- Sospecho más del marido que de un contable.
- Sin embargo, en mi opinión, la última frase, la posdata, en cierto modo lo exonera... *En cualquier momento puedo cambiar mi testamento.*
- ¿Qué cojones me pasa? ¿Estoy cegato? Porque tienes razón y eso debería

haberlo visto yo también... Si él participa en el secuestro de su esposa, seguro que le habría impedido que escribiese esa amenaza en la carta. ¿Pasamos de él?

- ¡Claro que no! Puede haber sido otro secuestrador el que le haya dado el visto bueno y no se ha fijado en eso... o quizás quería presionar al marido, aunque forme parte del grupo.

- ¡Joder! ¿Estoy perdiendo facultades? Tu razonamiento es lógico y también se me debería haber ocurrido a mí.

- Lo que sucede es que llevamos unos cuantos días a tope y el cuerpo nos exige descanso... Y lo peor es que esto se puede alargar mucho más.

- Pues tú debes estar hecha de otra pasta, porque te ves fresca como una rosa.

- Disimulo mejor... pero, si quieres, te hablo de mis hemorroides y...

- Mejor en otra ocasión, mi sargento. ¡Ja, ja!... Ya casi hemos llegado al despacho del brigada. ¿Seguro que prefieres que me mantenga al margen?

- Ya te he dicho que únicamente entraré yo a hablar con el brigada.

- Como quieras, Julia, aunque ya sabes que...

- ¡Que no, coño! Lo conozco desde hace años y sé que le va sentar como una patada en los huevos lo que le voy a decir. Prefiero a estar a solas con él.

- Tú mandas...

- Venga, Carmelo, no me toques la moral... Y lárgate satisfecho, que ya has hecho la buena obra del día.

- ¿Cuál?

- Ejercer como canguro de una embarazada desamparada. ¡Ja, ja! Vete a comer un bocata y avísame si hay alguna novedad... Toc, toc. ¿Puedo pasar mi brigada?

- Adelante, Julia, te estaba esperando.

- He venido lo antes posible.

- Lo sé y te agradezco sobremanera que pierdas unos minutos a charlar conmigo, con lo ocupada que estás. ¿Qué tal te encuentras?

- Bien... Un poco cansada, pero eso es normal, porque vamos de un lado para otro sin parar... De todas formas, según mi cabo estoy fresca como una rosa.

- ¡Ya me gustaría verlo a él embarazado!... ¿Te apetece tomar algo?

- No, gracias, estoy llena. El simple hecho de sentarme y descansar las piernas un par de minutos es suficiente para mí.

- Como quieras... Lo primero es felicitarte por haber interceptado la carta que echaron en el buzón.
- Han sido sus hombres quienes lo han hecho, así que la felicitación debería ser para usted, no para mí.
- Tú fuiste la que... Vale, vale, que eso no tiene la menor importancia... ¿Habéis averiguado quién fue el cartero? ¿Las cámaras de seguridad han descubierto algo?
- Mi brigada, que somos humanos y sólo hace dos horas que supimos de la existencia de la carta.
- Para algunas cosas soy muy impaciente, lo reconozco. Me disculpo si has sentido que te estaba recriminando algo.
- Sé que no, tranquilo... En el taller hay tres cámaras, pero ninguna está enfocada hacia el buzón... Es posible, aunque me sorprendería, que la persona que depositó el sobre se despistase y aparezca en el campo de visión de las cámaras.
- Repasar todas las grabaciones y tratar de identificar lo que apenas serán sombras, os llevará mucho trabajo.
- Sí, pero hay que hacerlo a pesar de que, como le digo, me temo que no servirá de nada.
- ¿Y las cámaras de los comercios y bancos? Igual fue en coche hasta el lugar y aparece en algún vídeo.
- Están indagando, pero tampoco me hago demasiadas ilusiones. Si se acercó en coche al lugar, seguro que lo hizo de día, para evitar llamar la atención, porque un vehículo transitando a las tantas de la madrugada sí que daría el cante.
- Bueno, haz lo consideres oportuno. Tú estás al mando... Te noto un poco tensa. ¿Querías contarme alguna cosa más?
- Sí... ¿Qué opina de la primera línea de la frase?... *Emilio, sé lo que hiciste y por qué lo hiciste.*
- No lo tengo nada claro... Al leerla lo primero que se me ha ocurrido es que se refiere a una pelea de pareja, porque él se ha echado una amiguita o ha cogido dinero de la cantera, quizás por ese mismo motivo... Lo que sucede es que no le veo el menor sentido a que comience su carta con esa afirmación. Me parece absurdo.
- Hay otra alternativa que sí tiene sentido.

- ¿Cuál?
- Que los secuestradores sepan que hemos pillado al marido con el dinero y Sandra Castillo, como nosotros, haya deducido que fue él mismo quien nos dio el chivatazo.
- Podría ser, pero no me entra en la cabeza... ¿Cómo se van a haber enterado? ¡Imposible!
- ¡No me joda, mi brigada! Está clarísimo que están al tanto del dinero que sacó el marido.
- ¿Cómo? Lo hemos mantenido en secreto. Sólo lo sabemos nosotros y Emilio.
- La respuesta es obvia, mi brigada... O el marido está compinchado o alguno de sus hombres se ha ido de la lengua.
- ¡No me toques los cojones, Julia! Pongo la mano en el fuego por la honradez de todos mis hombres, ninguno se vendería por...
- Calma, calma, que se está poniendo rojo... No afirmo que lo haya hecho a propósito; es posible que se le haya escapado algún comentario en un descuido. Igual se lo han dicho a su cónyuge en la cama y ya sabe cómo se propagan luego los cotilleos.
- Pues eso tampoco me haría la menor gracia. Les he dicho un millón de veces que deben mantener la boca cerrada cuando se trata de cosas del trabajo.
- Aunque me jode mucho hacerle esto, estoy obligada... Lo siento, pero debo asegurarme de que nadie pone en peligro la investigación.
- Es tu obligación, como bien dices... ¿Qué propones?
- Preparar una trampa, para corroborar que nadie de aquí se va de la lengua.
- Adelante, no necesitas pedirme permiso.
- Permítame explicarle en qué consiste, mi brigada.
- No, Julia. Prefiero desconocer...
- ¡Usted no es sospechoso!
- Ya lo sé, pero quiero evitar que se me escape algo que dé al traste con tu trampa. Conozco a mis hombres y tengo la certeza de que comprobarás que ninguno ha participado en algo así.
- Ya veremos.
- Aunque, por otra parte, casi preferiría que alguna rata mordiese el cebo... por la pobre Sandra.
- No le entiendo, mi brigada.

- Si ha intervenido alguien de aquí y no lo detectas, el secuestro se va a alargar mucho tiempo... Quien sea, no va a hacer nada hasta que dejes el caso cuando te pongas de parto y te pongan un sustituto, que no estará a su altura... y aún falta tiempo para eso... Tu reputación es una putada para la secuestrada.
- No se preocupe por eso, mi brigada... Le aseguro que un ratón caerá en la trampa o sabré con absoluta certeza que estamos libres de roedores.
- Confío en ti. Haz tu trabajo tan bien como sabes.
- Gracias... También quería pedirle su opinión sobre la posdata de la carta... *En cualquier momento puedo cambiar mi testamento.*
- Cuando la he leído, me he dicho que Sandra tiene los ovarios bien puestos... Aunque esté secuestrada, sabe muy bien cómo ladrarle a su marido para acojonarlo, porque esa posdata se los habrá puesto por corbata.
- Estoy de acuerdo... Quiere forzarle a pagar el rescate.
- Algo que, por otra parte, no podemos impedirle.
- Estamos a la espera de nuevas instrucciones de sus secuestradores. Confiamos en que no tarden mucho en llegar y Sandra Castillo quede en libertad.
- ¿Pero...?
- Me pregunto si no habremos metido la pata al interceptar la carta... También es verdad que ha sido fruto de la casualidad, pero, ¿y si los secuestradores no lo entienden así?
- Sandra le dice en la carta que no avise a nadie y esta vez Emilio se ha estado quietecito. Si tienen buena información, y por desgracia parece ser que sí, se fiarán de él y encontrarán la forma de obligarle a entregar el rescate.
- La cuestión es cuándo... Le confieso que me ha dejado bastante preocupada.
- ¿Por qué?
- Por lo que ha dicho antes sobre mi reputación. No había pensado en esa cuestión... ¿En serio piensa que pueden estar esperando a que me ponga de parto?
- Sácate eso de la cabeza, Julia, porque no depende de ti.
- Es que, al principio, tuve la corazonada de que podría abrazar a Sandra Castillo antes de coger mi baja por maternidad y, ahora, ese presentimiento se ha volatilizado.
- ¡Eh, eh! Anima esa cara, que todo irá bien... ¿Puedo hacerte una pregunta

sobre la investigación?

- Las que desee, mi brigada.

- Si Sandra cumple su amenaza y redacta un nuevo testamento durante su encierro, ¿tendría validez legal?

- ¡Ja, ja! Gracias por cambiar de tema... Y mi respuesta es que no tengo ni idea. Supongo que se montaría un pollo de narices si, por desgracia, saliese a la luz... Si lega su fortuna a sus trabajadores, a obras de caridad o lo que sea, su marido se meterá en juicios y, aunque lograra una sentencia a su favor, tardaría bastante tiempo en acceder al dinero. Es muy posible que se viese obligado a ponerse de acuerdo con la otra parte, aunque perdiese parte de la herencia.

- Hablando de Emilio, ¿algo nuevo sobre la llamada telefónica que te alertó de que iba al banco?

- Todavía no, pero es que no damos abasto para cubrir tantos frentes... Tarde o temprano sabremos quién la hizo, no lo dude.

- ¿Vigiláis a Emilio?

- Lo tenemos bajo el microscopio, aunque igual sería conveniente aflojarle la cuerda, para facilitar que contacten con él los secuestradores. A ver si pillo a mi cabo en la comida, o en la cena, y lo discutimos a fondo; ya veremos qué decisión tomamos.

- ¿Y qué valor le das a los rumores que corren por ahí?

- Hay muchos... ¿Se refiere a los que afirman que Sandra Castillo ha desaparecido por voluntad propia?

- Sí, a esos.

- Es una posibilidad que todavía no estamos en condiciones de descartar, pero carece de lógica para mí.

- ¿Por qué, exactamente?

- Porque, al menos hasta el momento, los forenses contables han encontrado todo en regla en la cantera. Un desfalco sí que podría ser un indicio de que Sandra Castillo había simulado su desaparición, coordinada con su marido.

- Sin desfalco, el rumor pierde peso.

- Desde luego... Dudo mucho que su ausencia sea voluntaria. ¿Abandonar su taller, que tanto le ha costado poner en marcha? ¿Abandonar a su padre que está moribundo? ¿Para qué? ¿Para tener un millón en efectivo? Si ya lo tiene, y

mucho más.

- Siguiendo con los cotilleos. ¿Le das alguna credibilidad a los que aseguran que se trata de una discusión matrimonial? Que Sandra, para joder a Emilio, ha simulado mi propio secuestro, escondiéndome en algún lugar remoto.

- ¿Venganza femenina por despecho? Me suena a culebrón. ¡Ja, ja!... También es verdad que no les conozco y que nadie sabe lo que sucede en la intimidad del matrimonio... En su opinión, ¿Sandra Castillo es una mujer vengativa?

- ¡Ja, ja!... Disculpa la risa, pero no he podido evitarla... ¿En serio le preguntas eso a un hombre? Aunque lo fuese, que no tengo ni idea de si lo es o no, yo sería incapaz de distinguirlo. Soy un hombre de cierta edad y, por tanto, he aprendido que cualquier mujer me puede engañar con suma facilidad.

- Sin comentarios... En cualquier caso, es seguro que la carta ha sido escrita por ella. Si su desaparición es voluntaria, muy probablemente estará cerca y acabaremos pillándola tarde o temprano.

Martes 10

- ¿Cómo ocurrió, Mateo?
- Por lo visto, tu encargado recogió la carta y, cuando la abrió y vio lo que contenía, decidió llevársela inmediatamente a tu marido. Por desgracia, la Guardia Civil estaba vigilando tu taller y lo siguieron.
- ¿Y por qué lo pararon?
- El hombre debía estar tan nervioso que se saltó un ceda el paso. Al pedirle la documentación y ver su estado de ansiedad, se olieron algo y apareció la sargento.
- ¿La que está al mando de la investigación?
- Sí, una tal Julia Asensio, que está embarazada, ¿recuerdas?... La tía tiene fama de ser bastante buena y lo cierto es que tu encargado no le aguantó ni un asalto. Ahora tienen tu carta en su poder.
- ¡Pobre Enrique! Debió pasar un mal rato.
- ¡Qué considerada eres! ¿Te das cuenta de que...?
- De todo, no hace falta que continúes... ¿Emilio ha leído mi mensaje?
- No lo sé... ¿Acaso importa?
- ¡Claro que sí!
- Me temo que no, Sandra... Aunque tu marido se empeñase en pagar tu rescate, cosa que no está nada clara, por mucho que le amenazaras con cambiar tu testamento, la Guardia Civil supervisará la entrega del dinero y eso lo complica todo.
- ¿Qué opina tu jefe?
- Es precavido y, aunque desea echar mano a la pasta cuanto antes, sobre todo quiere evitar que lo pillen.
- ¡Qué hijo de puta! Que no lo cojan a él, pero sí que me mantengáis encerrada a mí.
- Tienes todo el derecho del mundo a estar cabreada y furiosa con nosotros. Soy el primero que reconozco que te hemos gastado una gran putada.
- Sé sincero, Mateo, por favor... Si sólo dependiera de ti, ¿me permitirías escapar?
- Seguramente sí... Sin embargo, sabes muy bien por qué no puedo hacerlo.

- Escúchame, por favor.
- ¡Joder, Sandra! Que ya te lo expliqué... No vuelvas a lo mismo una y otra vez.
- Piénsalo detenidamente... Si me sueltas, podrías escapar a Sudamérica antes de que tu jefe se enterase de tu huida y el millón de euros sería para ti solo, porque mantendría mi promesa y te lo ingresaría en...
- Calla, Sandra, no sigas tentándome.
- ¿Te arriesgas a participar en un secuestro y tienes tanto miedo de tu jefe que no te arriesgas a soltarme? No lo entiendo.
- Yo sí.
- Me crispas los nervios cuando te pones en ese plan... ¿Cómo puedes ser así, maldita sea?... El otro día me comentaste que sabías muchas cosas de él. ¿No podrías chantajearlo con eso?
- También te dije que estaba seguro de que mi vida no corría peligro, pero tengo la certeza de que no duraría ni un día vivo si lo traicionase. Son dos cosas distintas.
- Aclárame la diferencia.
- ¡Qué jodida eres! Me quieres obligar a contarte algo que prefiero mantener en secreto, algo que podría ser peligroso y...
- Algo que también me afecta... De modo que deja de tratarme como una niña y dime las cosas claras de una puta vez.
- Tú lo has querido, así que apechuga con las consecuencias... Mira, supongamos que consigues escapar, de la forma que sea, bien sea con mi ayuda o sacándote un truco de la manga que te permita teletransportarte... ¿Verdad que resulta evidente lo que mi jefe va a pensar?
- Que me has dejado huir porque pretendes quedarte con todo el rescate.
- Exacto... Esa traición la pagaría con mi vida... y cambia de careto, que no exagero nada... No sólo querría castigarme por haberle dado por el culo, sino también para cerrarme la boca. ¿Me sigues hasta aquí?
- Das por sentado que te atraparía antes de...
- Todavía no he acabado, Sandra. Con esa salvedad que no te he dejado terminar, ¿estamos de acuerdo?
- Sí.
- Además de eliminarme, ¿qué otra cosa harías tú si fueses mi jefe?

- Darme de cabezas contra la pared, por haber desperdiciado una magnífica oportunidad de conseguir un millón.
- ¡Menuda gilipollez! Tú eres más inteligente, Sandra... Emplea tu cabeza.
- ¿A qué te refieres?... No lo pillo, Mateo; en serio... Vale, sigo dándole vueltas... Espera... Un segundo... ¡Joder! ¡Se trata de mí!... Tu jefe podría considerarme un peligro porque pensaría que te has ido de la lengua conmigo y me has contado cuanto sabes de él.
- A esa misma conclusión llegué yo en su momento.
- ¿Quieres hacerme creer que te niegas a liberarme porque mi vida estaría en riesgo?
- Si eso te parece ridículo, piensa que lo hago por conservar la mía.
- ¡Joder! ¡Joder!... Mateo, me has dejado sin palabras... ¡Tiene huevos la cosa! ¿En serio debo estarle agradecida a mi carcelero?
- ¿No has oído hablar del síndrome de Suecia?
- De Estocolmo... Y sí, es posible que lo experimente. Ya reflexionaré más tarde sobre esta cuestión... Ahora lo que me interesa averiguar es otra cosa.
- ¿Cuál?
- Si eres un embaucador de tomo y lomo o realmente estamos en peligro, en caso de que Emilio no pague mi rescate.
- Sólo engaño a las mujeres cuando pretendo follármelas y ése no es el caso ahora.
- Menos mal; una preocupación menos.
- No seas sarcástica, anda... En cuanto a lo segundo, estaremos a salvo mientras tú sigas aquí y ten por seguro que, tarde o temprano, tu marido aflojará la pasta... No dudes que vamos a seguir intentando cobrarla, aunque reconozco que eludir a los picoletos, con esa sargento al mando, resultará un hueso duro de roer.
- ¿Cuánto puede alargarse esto?
- No quiero mentirte; es posible que debamos esperar bastante hasta tu liberación.
- ¿De cuánto tiempo hablamos? ¿Días, semanas... meses?
- Estoy convencido de que mi jefe optará por acelerar tu intercambio cuando la sargento deje el mando del operativo, y eso es inevitable que ocurra tarde o temprano. Piensa que puede tener algún problema con su embarazo que la

obligue a guardar reposo y, si no es así, está claro que acabará cogiendo la baja de maternidad.

- Por mi estabilidad mental, espero que sea lo primero... ¿Cuánto le falta para parir?

- Menos de tres meses.

- ¡Qué eternidad!... Está visto que este año no me voy a poner morena.

- Así me gusta, que te lo tomes con humor. Si esto es duro para mí, sé que para ti resulta muchísimo peor... Intentaré ayudarte a sobrellevarlo lo mejor que pueda. Te lo juro.

- Pues entonces, pasemos a las cuestiones prácticas... He aguantado varios días con la misma ropa, lo que es una guarrada, me incomoda y, además, resulta antihigiénico. Necesito cambiarme.

- Me parece bien; a mí me sucede lo mismo... Me pasaré por casa y cogeré todo cuanto pueda.

- ¿Correrás peligro? ¿Es posible que te estén esperando?

- Antes de entrar me aseguraré de que no haya moros en la costa. De todos modos, ¿quién va a estar tras mi pista? Por el momento, estoy seguro de que nadie me busca para nada.

- ¿Quieres anotar mi talla de pantalón y...?

- ¡Estás loca! Te pondrás mi ropa; no voy a comprarte nada.

- ¿Has perdido el juicio? Eres mucho más grande que yo; nada tuyo me servirá.

- Te traeré algún chándal, pantalones cortos, pijamas y todo lo que encuentre. Con un buen cinturón, o con una cuerda si hace falta, te podrás sujetar cualquier cosa... ¡Ja, ja! Menuda cara has puesto.

- ¡Alucino en colores! ¿Te excita verme vestida como una pordiosera?

- ¡Hostias, Sandra! ¡Qué ganas de joder la marrana tienes!... Mira, sé muy bien que no irás vestida para asistir a una elegante gala social, pero te encontrarás cómoda, que es lo importante. ¿Vale?

- ¿Acaso tengo otra opción?... También necesito otra ropa interior, como puedes imaginar. Al menos...

- Alto, alto. No pienso ir a comprarte bragas.

- ¿Por qué no?

- Porque si alguien me viese haciéndolo, podría resultar sospechoso... Cogeré

todos mis calzoncillos; bóxer para mí y slip para ti... ¿O prefieres que sea al revés?

- ¡Capullo!

- Además, en caso de necesidad, cada calzoncillo sirve para cuatro días.

- ¿Cómo dices?

- Son multiusos, ¿no lo sabía? Te los pones un día y, al siguiente, les das la vuelta, poniendo delante lo de atrás; después, colocas del revés el calzoncillo y haces el mismo proceso. En alguna salida al monte lo he hecho, para ir más ligero de equipaje.

- Si no te importa coger una infección, por mí adelante, pero yo no pasaré por el aro. Eso es una absoluta marranada, digna de un machito descerebrado.

- Y dijo eso la princesa del garbanzo bajo el colchón.

- Venga, seamos adultos, que no tengo ganas de tonterías... Además, aunque me ponga tus calzoncillos, queda el tema de mi sujetador. Mi talla...

- ¡Eh, Sandra! No presumas de lo que careces. Tienes poco pecho y puedes dejarte sueltas las tetas sin ningún problema.

- ¡Cómo dices! ¡Serás cabrón!

- ¡Hostias! ¡Qué quisquillosa estás! Te juro que no quería ofenderte... Era la manera, admito que poco afortunada, de indicar que debemos tirar adelante con lo imprescindible... Los lujos ya los disfrutarás cuando vuelvas a tu casa.

- ¡Eres un capullo integral! No tienes la menor idea de cómo tratar a las mujeres y, encima, te las das de ligón recalcitrante.

- Tengo encantos ocultos. ¡Ja, ja!

- Contigo se me acaban las palabras... Si no fuera porque me duele la tripa, me levantaría a darte un soplamocos... No me apetece seguir con las chorradas. ¿Cuándo vas a ir a por la ropa?

- Cuando acabemos de concretar todo lo que nos hace falta, pero te aviso que hay un problema.

- ¿Cuál?

- No tengo demasiada ropa.

- Pues o te compras más o habrá que lavarla, aunque aquí no sé lo que tardará en secarse.

- ¿Milady no se ha fijado en que carecemos de lavadora?

- ¿Y...? Hay un arroyo cerca, ¿no?

- ¡Hostias! ¿No me digas que has lavado alguna vez ropa en el río del pueblo? Te juro que nunca lo habría imaginado.
- ¡Tan capullo como siempre!... Yo no, pero seguro que tú sí... Cuando estés aburrido de vigilarme, hacer la colada te distraerá. ¡Ja, ja!
- Eres de lo que no hay.
- Lo tomaré como un elogio... Y volviendo a la cesta de la compra, es imprescindible que me traigas toallitas húmedas, en cantidades industriales. ¡Estoy hasta los mismísimos de estar hecha una guarra!
- Oído, cocina... ¿Algo más?
- Comida sana... Verdura en bote, fruta y frutos secos, para mí; además unas cuantas latas de sardinas y atún... Y más agua mineral, claro.
- Por ahí sí que no paso; pesa un huevo y me costaría mogollón bajarla hasta aquí... Beberemos el agua del arroyo.
- Aunque la del arroyo sea potable, prefiero no arriesgarme... Creo recordar que tenías una carretilla. ¿Por qué no la utilizas? ¿O prefieres que te ayude yo a bajar todo?
- ¡Qué bromista! Ya te dije que la carretilla está algo cascada... Ya veré qué algo, pero lo del agua mineral es innegociable.
- Tan capullo como siempre... Haz lo que te dé la real... Y no te olvides de lo que hablamos el otro día. Tener a mano algo de alcohol, siempre es recomendable.
- ¿Te refieres a cerveza o algo más fuerte?
- La cerveza está bien, aunque tampoco le haría ascos a una botella de vodka.
- Cuenta con dos o tres... ¿Qué más?
- ¿Puedes conseguirme alguna revista u otros libros? Eso sí, procura que no sean como los de la otra vez.
- ¿A qué te refieres?
- Que te pasaste un par de pueblos con tu elección... Prefiero algo más relajado, aunque sea Agatha Christie.
- Te juro que no sé de qué me hablas.
- ¡Demonios, Mateo! Me trajiste unas novelas bastante subidas de tono... Di, la verdad, anda. ¿Querías que me excitara para montártelo conmigo?
- ¿Te has metido algo o qué, Sandra? Nunca he necesitado comprarle libros a una mujer para ponerla cachonda y liarle con ella... y no voy a empezar

ahora. Tu pregunta me resulta ofensiva, en serio.

- Disculpa, pero no lo entiendo. ¿Por qué elegiste esas novelas?

- ¡Joder, que no lo hice!... Entré en una librería y le pedí a la dependienta tres libros para regalar, que estuviesen entre los más vendidos. Eso es todo... Ni los miré, solo me preocupé de quitar las pegatinas con el precio, para que no hubiera forma de saber dónde los había comprado.

- ¿En serio lo dices? ¿Ella fue la que los seleccionó?

- Sí... Ahora recuerdo que me preguntó para quién era y le contesté que para una mujer de treinta y tantos. Eso es todo... Bueno, también es verdad que me extrañó su sonrisa cuando me los dio; era un tanto traviesa y no supe a qué venía.

- ¡Madre del amor hermoso! ¡Qué salidas están algunas!

- Deduzco que me vendió unas de esas novelas para damas. ¡Ja, ja!

- Pues yo no le veo la gracia por ningún sitio.

- Lo mejor del caso es que se consideran románticas o eróticas, porque las ha escrito una mujer; si fueran obra de un hombre, se calificarían de pornográficas.

- Aunque tu comentario resulta un tanto misógino, debo conceder que tu deducción es correcta.

- Como penitencia por haber pensado tan mal de mí, respóndeme una pregunta con sinceridad... ¿Te han gustado?

- Mira, Mateo, eso de liarse con un millonario macizo y que folla como los dioses, quizás sea la fantasía masturbatoria de alguna jovencita, pero a mí me deja indiferente.

- Eres una mojigata. ¡Ja, ja!

- Es posible... Sin embargo, he conocido algún que otro millonario y te aseguro que son todos mayores y la mayoría tienen poco pelo y mucha barriga. En cuanto a su potencia sexual, permítame que la ponga en duda... y, desde luego, ninguno se lía con una oficinista del montón, por muy maravillosa que sea... Encima, las protagonistas de esas novelas son todas muy parecidas; encantadoras y dulces, pero en su fuero interno tienen unas ganas locas de desmadrarse y probar todas las posturas sexuales que se te puedan ocurrir.

- ¡Ja, ja! Yo tengo mucha imaginación... Y ahora eres tú la que se pasa dos pueblos.

- ¿Por qué lo dices?
- Supongamos que te ponemos a ti como protagonista de una de esas novelas... Una tía que está bastante bien, que es inteligente, que tiene los ovarios de crear su propia empresa de la nada y, para colmo, con tanta pasta que cuando se peina no suelta caspa sino billetes de cien. En ella no extrañaría que comiese langosta, viajase en avión privado o se follase a tropecientos millonarios... Ahora contéstame con franqueza... ¿Tú crees que alguna lectora se sentiría identificada con esa tía?
- Posiblemente casi ninguna.
- Ahí quería yo llegar... Sandra, tu vida quizás no sea perfecta, pero te aseguro que la de esas lectoras es mucho peor y por eso buscan escapar de su mediocridad, aunque solo sea por unas horas.
- ¡Coño! Menudo rapapolvo me acabas de soltar, Mateo... y lo peor del caso es que algo de razón sí que tienes.
- Es que ese tema me interesa y lo tengo trabajado.
- ¿Por qué?
- ¡Ja, ja! ¿Qué pregunta más tonta? Para ser un experto ligando, es imprescindible saber cómo piensan las mujeres.
- ¡Alucino en colores contigo! Después de soltarme un profundo sermón, me sales con una tontería de adolescente.
- Si tú supieras...
- Ilústrame con tu sabiduría, gran maestro... ¿De dónde te viene el interés por ese tema?
- Hace un cierto tiempo me acosté con tres mujeres... No, no a la vez. ¡Ja, ja! ... Lo que me sorprendió es que las tres se habían tatuado, en su pubis pelón, una misma frase. Ya sabes cuál es, ¿verdad?
- No tengo ni idea, en serio.
- *Pídeme lo que quieras.*
- ¡Increíble! Las jóvenes de hoy en día están desmadradas.
- A lo mejor resulta que eres algo puritana. ¡Ja, ja!... Y te diré que una de las tatuadas era mayor que tú.
- ¡Qué! No sólo te lo montas con jovencitas; también te van las mujeres hechas y derechas.
- Desde luego... y tengo claro que el tema anterior te incomoda y, por eso,

pretendes cambiar de tercio. ¡Ja, ja!... ¿Qué pasa? ¿Acaso piensas que la literatura es poco interesante?

- Claro que no. Soy una lectora empedernida.

- No alcanzo tu nivel, ni mucho menos, pero algo sí que leo, sobre todo desde que me encontré con aquel tatuaje. Está claro que no puedes encontrarte con algo así y quedarte callado, porque te pica la curiosidad... Por eso, cuando terminamos y nos estábamos recuperando para el siguiente asalto, le pregunté por el significado de su tatuaje. Me dijo que era el título de un libro que le había encantado. ¿Adivinas qué hice al día siguiente?

- ¿Leerte el libro?

- Comenzar a leerlo, que era bastante gordo y me llevó tiempo terminarlo. Además, en ocasiones debía parar, porque la autora conseguía su objetivo y... Bueno, ya imaginas... ¿o debo explicártelo? ¡Ja, ja!

- No seas borde, Mateo... ¿Te gustó el libro?

- Me interesó mucho, la verdad. Saber qué fantasías rondan por las cabezas de las mujeres, y son muchas las que leen esos libros u otros similares, te orienta sobre qué les puede apetecer y hasta dónde están dispuestas a llegar.

- ¡Qué cabronazo!

- ¿A qué viene eso? Te soy sincero y me insultas; no lo entiendo. ¿Qué tiene de malo lo que he dicho? ¿No me digas que eres de esas puritanas que todavía creen en Cupido y su arco?

- Una cosa es el amor y otra muy distinta el sexo.

- No te lo discuto... Quizás algún día me enamore, cosas más extrañas han sucedido, pero me quedo con el sexo por el momento. ¿Sabes cuál es el problema?

- No me digas que soy una beata, por favor, que llevas un rato poniéndome verde.

- ¡Ja, ja! Cada cual hace con su entropierna lo que le apetece... No iba por ahí; el problema es que los hombres disfrutamos no sólo con el sexo, sino también con la caza.

- ¡Qué bruto! Querrás decir con el cortejo, ¿no?

- Esa palabra es propia de mujeres... A ver si me explico... Localizas a una tía que te atrae en medio de una fiesta, un bar o dónde sea y te preguntas si conseguirás llevártela a la cama y despliegas todos tus encantos para camelártela.

- Y, según dices, tienes éxito casi siempre.
- ¡Ya me gustaría! ¡Ja, ja! Puede que sea más hábil que muchos, pero tengo claro que nunca me cobro una mujer si ella no quiere dejarse cazar.
- ¿También haces lo mismo con las mujeres mayores?
- ¡Ja, ja! A esas no se les caza... Son ellas las que te cazan a ti.
- Como eres el único Casanova que tengo cerca, aclárame una cuestión... ¿Con quién prefieres hacerlo? ¿Con una veinteañera o con una treintañera?
- ¿Y por qué te quedas ahí? Algunas de cuarenta o cincuenta son fabulosas en la cama.
- No sé cómo lo haces, pero siempre consigues sorprenderme... Eres incalificable.
- Gracias... y paso a contestarte lo que creo que me preguntas... Si te lías con una joven que tiene un cuerpo de infarto, te sientes orgulloso por haber atrapado una pieza de caza mayor y eso te pega un subidón del copón. Sin embargo, el sexo con esas chicas suele ser poco gratificante.
- ¿Por qué?
- Porque conocen el poder de su belleza y están acostumbradas a que los hombres caigan rendidos ante ellas. Con honrosas excepciones, se limitan a abrirse de piernas y poco más, como si con eso ya fuese suficiente, como si la divinidad te concediese el privilegio de disfrutar de su cuerpo... Es una putada, porque te dejan a ti todo el trabajo duro y, encima, esperan que les brindes cantidad de orgasmos fabulosos y se quedan desconcertadas cuando no lo consigues... Te juro que nunca repito con ninguna de este tipo.
- ¿Y con cuáles sí lo haces?
- Con las modositas que leen las novelas de las que hemos hablado antes... Saben que son cuentos y que yo no soy millonario ni voy a llevarlas en mi jet privado a desayunar en Nueva York o París. Sin embargo, suelo caer simpático, soy atractivo y, sobre todo, me tienen ahí, dispuesto a darlo todo para cumplir todas las fantasías sexuales que aparecen en sus novelas favoritas... Y son tantas que necesitamos múltiples encuentros. ¡Ja, ja!
- ¿Y qué tal con las que no son jovencitas?
- ¡Qué manía tenéis las mujeres con la edad! He conocido a mujeres cuarentonas con menos experiencia que una cocinera de un burger y a chicas jóvenes con más recorrido que una azafata.
- ¿Dónde establecerías tú la línea divisoria?

- En el matrimonio, o en haber convivido con un hombre una larga temporada... Ésas también son piezas de caza mayor, pero en el otro sentido... Aunque su físico no te deje con la boca abierta, sobre todo si son mayores, lo compensan con su experiencia.
- ¿Follan mejor?
- Tampoco es eso... Sin embargo, se esmeran en hacerlo lo mejor que pueden y saben, porque todas tienen muy claro que el sexo es un toma y daca, donde se da y se recibe... Si le brindo sexo oral a una, luego sé que no pondrá reparos en hacerme lo mismo.
- La conversación es muy interesante, pero mejor la aparcamos por ahora... ¿Te importaría dejarme a solas, Mateo?
- ¿Qué ocurre? ¿Te ha sentado mal que...?
- No, no... Es sólo que me está bajando bastante y necesito cambiarme. ¡La regla es una puta mierda!

Domingo 15

- Pensaba que no me separaría nunca de esta maldita cadena. ¡Qué alivio!
- Hemos quedado en que no harás ninguna tontería, no lo olvides.
- ¡Joder, Mateo! Eres un pesado. ¿Cuántas veces vas a repetírmelo?
- Las que sea preciso...
- ¿Acaso tienes miedo de que te ataque? Mírame bien... ¿Crees que una mujer tan pequeña como yo puede con un tiarrón como tú? Además, siempre llevas la navaja en el bolsillo.
- No tengo intención de utilizarla, lo sabes muy bien.
- Salvo que te ataque con un pedrusco. ¡Ja, ja!
- Deja de bromear con eso, Sandra, que no me hace ni puta gracia.
- ¡Madre mía cómo estás! Deja de preocuparte, demonios, que lo hemos hablado mil veces... Si me escapo, vuestras vidas corren peligro... ¿Quieres que me lo tatúe o qué?... Un segundo, que cojo la toalla.
- ¿Ya estás lista?... Sígueme y mira por dónde andas, que la linterna tampoco alumbra demasiado.
- ¿Queda muy lejos el arroyo?
- No demasiado... Si mantuvieras cerrada la boca un rato, es posible que oyeses el rumor del agua.
- ¡El gran capullo se ha despertado!... ¡Qué oscuro está esto! Parece la cueva de... ¡Ay! ¡Joder, joder! ¡Qué golpe me he pegado en el dedo gordo!
- ¿Se te ha roto la uña?
- Apunta con la linterna... No, menos mal. Parece entera, pero me duele.
- Es una tontería de nada, ya se te pasará... Concéntrate en mirar el suelo y deja de hablar.
- Por si no te has fijado, te diré que soy una mujer y, por tanto, puedo hacer dos cosas a la vez, no como tú.
- Cuando te pegues la próxima hostia quizás me hagas caso... Por aquí, a la derecha. Cuidado con la cabeza.
- Creía que exagerabas cuando asegurabas que esto es un laberinto, pero está visto que no... Es peor que un puzle tridimensional y hasta Dédalo se perdería aquí... En serio, pensaba que lo decías para asustarme y evitar que intentase

buscar la salida por mi cuenta. Me disculpo por mi incredulidad.

- ¡Rajas por los codos! ¿Por qué narices estás tan nerviosa?

- Al contrario; estoy emocionada... Llevo más de diez días encerrada y es la primera vez que salgo de mi celda... Encima voy a lavarme como Dios manda, porque no he podido asearme en condiciones durante la regla. ¡Estoy hasta los ovarios de las toallitas!... ¡Eh! Espera, no vayas tan rápido... ¿Te has vuelto mudo o qué?

- Cuando las palabras dicen menos que el silencio, es preferible callar.

- ¡Vaya chorrada! Aunque no me extraña en un hombre... Debemos encontrarnos muy cerca, porque me parece escuchar el arroyo. ¿Podré bañarme?

- Ahora no creo... Lleva muy poco caudal, aunque suficiente para que te laves a conciencia.

- Lo haré, tenlo por seguro... ¿Y cuándo baja más agua?

- Cuando caen tormentas importantes en la sierra. Entonces sí que puede uno bañarse, pero extremando las precauciones.

- ¿Por qué? ¿Qué peligro hay?

- Si llueve mucho, la corriente es muy fuerte. Si no te agarras bien y te resbalas, puedes acabar en el quinto pinto.

- En el mar, según tu abuelo.

- ¡Qué buena memoria tienes! ¿Cómo puedes recordar una tontería que te conté el primer día?... ¡Tachán, tachán!... Milady, bienvenida al spa.

- He estado en otros mucho mejores, pero me apañaré con lo que hay.

- Como dicen en mi pueblo... ajo, agua y resina.

- Demostrando tu dominio del lenguaje, así me gusta... Anda, compórtate como un caballero, Mateo, y apártate un poco, por favor... Ahí, está bien... Ahora vuélvete.

- Es mejor que no, porque...

- ¡Cómo! ¿Qué pasa? ¿Temes que te ataque con una piedra?

- ¡Menuda parida! ¡Ja, ja!... Necesitarías lanzarme una tan grande que no podrías levantarla... Además, en caso de que milagrosamente me dejases fuera de combate, ni siquiera sabrías regresar.

- Entonces, ¿por qué has dicho que no?

- Porque debo alumbrarte bien, para que no te resbales y te rompas la crisma.

- ¡Capullo! Te da igual mi integridad física; sólo preocupa mantenerme con vida para cobrar mi rescate.
- Si vas a estar tan susceptible, mejor nos volvemos...
- ¡Y una mierda! ¡No me muevo de aquí sin lavarme a gusto!
- Adelante, Sandra, tienes todo el spa a tu disposición... ¿A qué esperas? ¿Qué pasa? ¿A tus años te da corte estar desnuda delante de un hombre?
- ¿Qué tal si te metes la linterna en el culo? ¿Cómo puedes ser tan cabrito?
- ¡Ja, ja!... De acuerdo... ¿Te parece bien si la apunto hacia el suelo y así ves donde pones los pies?
- Vale, pero te hago una advertencia... He visto una piedra donde acabo de dejar el pantalón. Te prometo que, como levantes la linterna, te la tiro.
- ¡Ja, ja! ¡Qué miedo!... Como si hubiese algo extraordinario que ver.
- Deja de hacer el... ¡Coño qué fría está!... Bájala inmediatamente, imbécil.
- Tanto pudor resulta sorprendente... y un poco morbosos, ¿sabes?... ¡Ja, ja! Ya lo entiendo. ¿Cómo he podido tardar tanto en caer?
- A ver, ¿qué genial idea ha crecido milagrosamente en tu minúsculo cerebro?
- Si llevas tanto tiempo a dieta, lo que te da vergüenza es que vea la pelambarrera que tienes en... ¡¿Te has vuelto loca?! ¿Cómo has hecho eso? Si me llegas a dar...
- ¡Te lo había prometido! Lo único que lamento es no haber acertado y, si vuelves a comportarte como un crío, buscaré otra piedra.
- ¡Joder! Cualquiera se mete contigo; sacas las uñas como una fiera... Y lo que me jode es que has hecho bien, porque he sido un estúpido y no debería haberme burlado de ti. Mil perdones... Te juro que, a partir de ahora, seré un caballero.
- Ese cambio promete ser interesante... Tengo curiosidad por descubrir qué sale de él...
- ¿Todavía te falta mucho?
- ¿Qué prisa tienes, joder?... No hace falta que contestes, ya estoy acabando... Aunque el agua esté fría, es una gozada... Tengo que venir más a menudo.
- Ya veremos.
- Pensaba ponerme la misma ropa y cambiarme a la vuelta, pero ahora me da repelús vestirme con ella; está guarrísima... ¿Te importa si la dejo aquí, para que la laves cuando te venga bien?

- Te estás aprovechando de mi idiotez anterior... Está bien, pase por esta vez... ¿En serio? ¿Vas a volver en pelotas? ¡Qué atrevida!
- Me acabo de cubrir con la toalla, así que tu fantasía se hace añicos... Ya podemos emprender el camino de regreso.
- Sígueme y no te despistes.
- Llevas la linterna; imposible despistarme.
- ¿No sería mejor que te pusieses delante? De ese modo, verías mejor el suelo y no tropezarías.
- ¡Qué atento! ¡Ja, ja!... Ni loca voy a hacerlo. Tú lo que pretendes es mirarme el culo.
- Había que intentarlo. ¡Ja, ja!... Y tú, ¿lo haces?
- ¿El qué?
- Mirarme el culo.
- ¡Ja, ja! ¡Qué creído!
- Como si las mujeres no tuvieseis ojos para mirar.
- Soy una miedosa y no quiero perderme en este laberinto infernal; por eso no aparto la vista de tu culo... Es respingón; me gusta.
- Viniendo de ti, es todo un halago. Gracias... Y cuidado con la cabeza.
- Estaba pensando en una cosa... ¿Qué tal si la próxima vez, intercambiamos los papeles? Yo sujeto la linterna y tú te lavas.
- ¿Insinúas que necesito un baño?... Porque lo dudo... Todos días me doy un repaso en el arroyo.
- ¡Qué capullo! Yo limpiándome con toallitas y tú con agua. Es imperdonable tu negligencia cuidándome. ¡Ja, ja!... Lo decía porque me lo pasaría de cine jugando con la linterna mientras te fueras desnudando, al ritmo del *Tariro tariro*.
- ¡Cojones, Sandra! ¿Qué te pasa hoy? Estás irreconocible.
- ¿Y te gusta mi nuevo look?
- Supongo que la pregunta tiene truco, pero no lo consigo descubrir, así que mejor no respondo.
- Cagón.
- Bueno, ya estamos de vuelta en casa, milady.
- Salvado por la campana... ¿Dónde vas?

- Afuera, para que te vistas.
- Espera un segundo, mateo... ¿Podría pedirte un favor?
- Tú dirás.
- Quiero examinar tu rostro.
- ¡Estás loca! Sabes que es imposible.
- No, ya sé que no puede vértelo, pero déjame tocártelo... Ponme una venda en los ojos o apaga la linterna y la luz del camping gas, lo que prefieras.
- Es que...
- ¿Acaso tienes alguna cicatriz característica o una marca por el estilo?
- No.
- Camping gas cerrado... ¿Apagas la linterna?
- ¿Qué te pasa hoy?
- Eso ya me lo has preguntado antes... ¿Te has quitado la capucha?
- Sí.
- Averigüemos que se esconde debajo... Ummm... Parece un rostro varonil... Mandíbula bien marcada, mentón cuadrado... ¡Apenas rascas!
- Es que me afeito casi todos los días en el arroyo.
- ¡Y yo con estas pintas! Me tienes que prestar tu maquinilla.
- Oído, cocina.
- Sigamos... Nariz robusta... cejas gruesas... Agáchate un poco, por favor.
- ¿Así?
- Perfecto.
- ¡Eh, eh!... ¿Qué pretendes hacer?
- ¡Demonios, Mateo! ¿Necesitas un manual de instrucciones?... Iba a besarte. ¿Por qué has apartado la cabeza? ¿No te resulto atractiva?
- No es eso, Sandra, y lo sabes muy bien.
- Pues no. Explícamelo rápido antes de que me cabree.
- Aunque me gustaría mucho besarte, no quiero aprovecharme de su estado... El síndrome de Estocolmo, ¿recuerdas? Ahora mismo estás muy vulnerable.
- ¡Ja, ja! Me parece que tú lo estás más.
- ¿Por qué lo dices?
- Un hombre ante una mujer desnuda siempre está en una situación muy

vulnerable.

- Llevas puesta la toalla.

- Ya no... Bésame de una maldita vez.

- Ummm... Ummm...

- Suave y delicado... ¡Guau!... Me gusta tu sabor...

- No me muerdas, tramposa.

- Pues esmérate y olvida la ternura... En plan salvaje.

- ¿Así?

- Ahhhh... Ahhh... mucho mejor.

- Espera, espera... tiempo muerto.

- Tú sí que sabes cómo cabrear a una dama. ¿Por qué demonios paras?

- ¡Joder, Sandra! Si seguimos morreándonos, no sé si seré capaz de controlarme.

- ¿Y quién coño quiere eso? ¿Eres tonto o qué?... Dame la mano... Ahí... Acaríciame suavemente con los dedos... ¿Notas lo empapada que estoy?

- Sí.

- Pues es por tu culpa, cabrón... Necesito que me folles. ¿Está claro o tengo que escribírtelo?... Sigue, sigue... ¡Qué hábil eres con los dedos!

- ¡Hostias! Esto se avisa antes... No tenemos preservativos.

- Me fascina lo dura que la tienes... ¡Qué ganas tengo de sentirla dentro de mí!... Ummm... Ummm...

- Es que...

- Cállate... Es tu día de suerte, vaquero. Acabo de terminar la regla y, además, nunca he podido quedarme embarazada.

- Yo estoy limpio; siempre lo hago con preservativo.

- ¡Qué considerado! Confío en que te comportes de otra forma follando. ¿Me darás marcha?

- Toda la que me pidas.

- ¡Ja, ja! Puedo ser muy exigente... Desnúdate... Espera, los pantalones son cosa mía... ¡Guau!...

- ¡Joder! ¡Joder!

- Uhhhh... Uhhh... ¿No podías decir algo más original, cuando una mujer te chupa la polla?

- Que lo haces de puta madre.
- ¡Ja, ja!... Déjate llevar.
- ¿Hasta el final?
- ¡Ni de coña! Sólo es un pequeño aperitivo, que llevas tiempo a dieta y no sé si aguantarás...
- Hago ejercicios manuales para relajarme, ya sabes... Igual eres tú la que no aguanta mucho y te corres en nada... ¡Ah! Cuidado.
- No te cachondees de una mujer que tiene tu polla en la boca... Un último besito. Fin del aperitivo.
- ¡Qué dura eres!
- Tú sí que la tienes dura, así que vamos a la colchoneta... Y no te olvides de mis tetas, que se van a rebelar, porque todavía no las has tocado.
- ¿Mejor así?... ¿Están más contentas?
- Sí... Túmbate tú también... Ahhhh... ahhh... ¿Te gustan mis pezones? Han salido disparados de lo contentos que están... Tus mordisquitos les encantan... Uhmm... Uhmm...
- ¿Siempre hablas tanto cuando follas?
- No lo puedo evitar... Se me desata la lengua... Uhhhh... uhhh...
- ¿La única forma de que te calles es besándote?
- Las mamadas también consiguen el mismo efecto. ¡Ja, ja!... ¡Dios! Tienes dedos de pianista... Y te aviso que, a veces, se me escapa una risita tonta... ¡Guau! ¡Madre mía!...
- ¿Cuándo?
- ¿Cuándo qué?... ¡Guau!... Despacito.
- ¿Cuándo se te escapa la risita tonta?
- Cuando estoy tan cachonda como ahora... Y, si me pasa, no lo tomes como algo personal... Es un acto reflejo... ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Cabrón!... Para de una vez... ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja!... Detente.
- ¿La palabra mágica?
- Por favor... Basta de cosquillas, que no soy una niña para jugar a... Ahhhh... ahhh... ¡Dios!... Suave, suave.
- ¿Se acabaron las risas?
- Sí, te lo prometo, pero tú sigue, sigue... No, sólo un dedo, que no quiero

abrirme hasta que me la metas... Quiero sentirla y... ¡No, no!... ¡Dios!
¡Dios!... ¡Ya!... ¡Ya!... Uhhhh... uhhh... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- ¡Madre mía! ¡Qué rapidez!

- ¡Joder, joder!... ¡Qué orgasmo!... Un segundo... que recupero el aliento... Lo siento, Mateo... Perdona... Desde jovencita no me corría tan rápido... Aunque hacía mucho que nadie me pajeaba, es una...

- ¿Siempre cotorreas tanto después de correrte?

- Es que me da un poco de vergüenza haberme...

- Cierra la boquita y déjame a mí... Te juro que enseguida volverás a separar las piernas.

- ¡Creído!... Uhmm... Uhmm... Me gusta la ternura después de... ¡Ay! Vale ya me callo, pero no me muerdas el labio... Sí, mejor en la oreja... Guau... Mis tetas están enamoradas de tu boca... Me las vas a desgastar... Aunque no me las hubiera lavado antes, habría dado igual, porque las estás... Uhmm... Uhmm...

- ¿Lo ves? Ya te lo decía yo... De vuelta a la acción. Ohhhh... ohhh...

- Tienes una polla mágica, ¿lo sabes?... Te la agarro y ¡zas!, me mojo como una cerda... Y estoy chorreando, ¿verdad?

- Sí... Me excita tu chocho pringado... Ohhhh... ohhh... Para.

- ¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño?

- No seas tonta; al contrario... Si seguías chupando, me acercaba al punto de no retorno.

- Y el caballero no se conforma con una mamada, ¿verdad? Quiere meter su polla en mi coño y follarme a conciencia... sin preocuparse de mi placer; sólo del suyo.

- Exacto.

- ¡Qué cabrón! Si no desease tanto tu polla, te ibas a enterar... ¿Y por qué estás esperando tanto para penetrarme?... ¡Hazlo de una puñetera vez!

- ¿Alguna preferencia?

- Ve poco a poco, que me apetece sentir cómo se abre paso en mi vagina... Ohhhh... ohhh... ¡Me gusta!... Sigue... No tan lento, que nos eternizamos. ¡Ja, ja!... Mejor así... Mucho mejor... Me llena... Ohhhh... ohhh...

- Hasta el fondo, como querías.

- No digas tonterías y muévete... ¿A qué aguardas?... Bien... Así... ¡Cómo se

desliza!... ¡Dios, cómo me gusta!... Dame fuerte... Más... ¡Ay! ¡Ay!

- ¿Te he hecho daño?

- Al contrario... Creo que voy a morirme de placer. La he sentido en el útero... ¡Qué gozada!... Sigue, sigue... ¡Joder! Aire, necesito más aire... Me estás volviendo loca... Más rápido...

- ¿En serio quieres que te dé más fuerte?

- ¿Te cansas?... ¡Ja, ja! Está claro que no... Eres un sádico. Me estás matando con tu polla... Sigue taladrándome, perforándome... ¡Dios! ¡Dios!... Ohhhh... ohhh...

- Yo también estoy a punto y...

- Como la saques, te mato... Córrete dentro.

- No hace falta que me presiones el culo con las piernas, que ya te he oído.

- ¡Chulo de mierda!... Lo hago para que llegues más a fondo... hasta el garganchón... ¡Cabronazo! ¡Qué bien lo haces!... Continúa, por favor... No pares, te lo ruego... Así... Así... Ya... Ya... Ya... ¡Dios! ¡Dios!... Ohhhh... ohhh... Un poco más, un poco más... Que enlace con el siguiente... Aguanta, te lo suplico... Me falta nada... nada... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- Siento cómo te estremeces de placer y me...

- Espera... Espera... Necesito un segundo... No puedo ni respirar... ¡Madre mía!

- ¿Te encuentras bien?

- De fábula, pero no puedo ni con mi alma... Hazme lo que te apetezca, que no tengo fuerzas para nada.

- ¿Prefieres cambiar de postura?

- Así estoy bien, pero deseo devolverte parte del mucho placer que me has regalado... Fóllame como quieras... Ten un poco de cuidado al principio, que lo tengo muy sensible.

- ¿A este ritmo?

- ¡Qué juguetón!... Olvídate de mí; es imposible que me vuelva a correr... Y, si notas que me animo un poco, es gracias a que tienes una polla fabulosa... Te la voy a ordeñar para que me inundes el... ¡Menuda sorpresa!... Aunque sea difícil de creer, yo diría que ahora está más dura y más grande... ¿Te excita que te diga guarradas?

- Mucho.

- ¿Sientes cómo te la aprisiono más ahora?... ¿Y ahora?... Lo de ordeñártela no era broma... Ummm... Me gusta cómo jadeas... ¿Quieres destrozarme a pollazos?... Tus gemidos me arrebatan... Sé que estás a punto de descargar tus huevos en mi coño... Seguiré apretándote la polla hasta exprimirla, porque necesito que me llenes la vagina... La tengo ardiendo y debes apagar ese fuego con tu leche... Tanta vas a soltar que se escurrirá de mi coño y... ¡Guau! ¡Qué primer disparo! Ha hecho vibrar las paredes mi vagina... Déjate llevar... Así, así... Suelta otro más... y otro... ¡Cómo te gusta llenarme el coño con tu leche!... ¡Guau!... ¿Todavía guardabas algo en la reserva?... Tendré que prestar más atención a tus cojones...

- ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- Tranquilo, recupérate... Me ha encantado sentir tus estremecimientos durante el orgasmo... Relájate, toma aire... No, por favor, no te salgas todavía... Mantenla dentro; quiero sentirla... Me gusta abrazarte.

- A mí... también... Ha sido de miedo... ¿Has gozado tanto como yo?

- Como una perra en celo... Para que fuese perfecto, sólo le ha faltado que terminásemos juntos.

- ¡Qué manía tenéis las mujeres con eso de que hay que correrse a la vez!

- ¡Ja, ja! Es sólo la primera excusa que se me ha ocurrido para sugerirte que... deberemos repetirlo.

- ¿Me estás proponiendo una segunda ronda?

- Desde luego. ¡Ja, ja!... Pero no ahora, que estoy muerta... Ha sido demasiado para mí.

- ¿Te encuentras mal?

- No, tonto; al contrario... ¡Cómo necesitaba un buen polvo!... Y éste ha sido superlativo.

- Gracias... Ya se me ha salido... ¿Me levanto? Vamos a poner la colchoneta perdida.

- Da igual. Quédate tumbado a mi lado... ¡Joder, Mateo! Eres bueno, muy bueno... Además, me ha asombrado tu control. ¡Vaya manera de dominar la situación! Me ha encantado que estuvieses tan pendiente de mí.

- Quería que la primera vez fuese especial.

- Y lo ha sido... Y mucho... ¡Qué satisfecha me has dejado!... Lo reconozco, eres el mejor con el que me he encontrado.

- Me voy a ruborizar. ¡Ja, ja!... Si tanto te ha gustado, ¿te apetece un bis?
- ¡Qué! ¿Estás loco?... ¡Ja, ja! Ya veo por dónde andas...
- ¿Qué insinúas?
- Que te las quieres dar de gallito conmigo y te aseguro que no es necesario... Has demostrado perfectamente que follas como los dioses.
- Gracias de nuevo, pero no iba en broma.
- Menos lobos, Caperucita. ¡Ja, ja!... ¿Y si te dijera que sí? ¿Cómo saldrías de ésa?... Con el tute que te he dado, necesitarás bastante tiempo para recuperarte y...
- Estoy casi listo.
- ¡Imposible! ¿Me tomas el pelo?
- Es la especialidad de la casa... De cero a cien en menos que canta un gallo... Compruébalo.
- ¡Madre mía, tienes razón!... Pero no, en serio, estoy reventada.
- Pues, si te digo la verdad, yo todavía tengo un poquito de hambre.
- ¿Cómo puedes ser tan... tan...? No sé qué palabra emplear... Estoy impresionada.
- ¿Me dejas comerte el donut?
- ¡Qué! ¿Ahora se llama así? ¡Ja, ja!... ¡Eres insaciable! ¿Cómo puedes pensar en eso?
- Todavía no he tomado el postre... Y una comida sin postre es como un jardín sin flores.
- ¡Ja, ja! ¡Qué romántico!... En fin, haz lo que te apetezca... Pero si esperas que te devuelva el favor, andas listo. No pienso comerme ningún plátano... Estoy llena; en serio. No me cabe nada dentro.
- ¡Ya veremos! ¡Ja, ja!
- Pero... pero... ¿Qué haces?... ¡Estás loco!... ¿Ni siquiera me limpias un poco?
- ¿Por qué iba a hacerlo?
- Porque lo tengo pringado... ¿Se te ha olvidado que te acabas de correr dentro?
- ¡Qué remilgada es milady! ¡Ja, ja!... Cuando tengo hambre, arreo con cualquier donut y, aunque no son mis favoritos, también me zampo muy a gusto los rellenos de crema.

- ¡Qué guarro eres! ¡Como puedes...! ¡Ah, ah!... ¡Qué bien lo haces! ¿Dónde has aprendido a...? No digas nada, sigue...

- Tú sí que te estás recuperando enseguida... ¿Verdad que te...?

- Deja de hablar, cabronazo, y utiliza tu boca en algo más provechoso... Así, así... ¿Por qué tienes mis tetas abandonadas? ¿Tan tonto eres que debo decirte qué le gusta a una mujer?... ¡Guau!... Tocas muy bien la campanita... Me voy a enamorar de tu lengua.

- ¡Joder, Sandra! Estarías muerta hace un minuto, pero me parece ya has resucitado. ¡Cómo te...!

- Vuelve a decir algo y tendrás que consolarte tú solito... Sigue con lo estabas... haciendo... ¡Joder, joder!... Detente un poco... que me corro... No, no, continúa.

Jueves 19

- Gracias a Dios que tu trampa ha confirmado la integridad de mi gente, Julia. A pesar de que estaba seguro de su honradez, te confieso que me has quitado un peso de encima.
- Me alegro por usted, mi brigada, pero mi trabajo resultaría más fácil si hubiese encontrado algún topo... Al menos, ahora tenemos la completa seguridad de que nadie de aquí se va de la lengua y podemos olvidarnos de ese camino.
- ¿Sabes Julia? Cuando me has explicado tu trampa, me he quedado con la boca abierta. ¡Qué ingeniosa y maquiavélica! Por algo eres la mejor.
- Pues no me siento así, ni mucho menos... En realidad, estoy con la moral por los suelos. Metemos más horas que un reloj y, a pesar de lo que descubrimos, seguimos sin tener ni puñetera idea de dónde puede estar retenida Sandra Castillo ni de quienes son sus secuestradores.
- En cualquier momento surgirá una pista que te permita resolver el caso... Tú mejor que nadie sabes cómo funciona esto. Cuando menos te lo esperas, suena la flauta por casualidad.
- ¡Ja, ja! En estos momentos no basta con una flauta, necesitamos toda una orquesta.
- Mejor que te lo tomes así, que la mala hostia puede perjudicar al bebé... ¿Qué tal te encuentras?
- ¡Ja, ja! Igualito que mi padre, siempre preguntándome lo mismo... El embarazo sigue su curso y, aunque me siento cada vez más pesada, estoy perfectamente. Gracias por su interés.
- Me has dicho al principio que te ibas a tomar la tarde libre...
- En realidad, tengo cita en la peluquería dentro de una hora, a ver si me cortan las puntas y consiguen el milagro de arreglarme el pelo.
- Yo te veo muy guapa, en serio.
- Sus ojos no me sirven de espejo. ¡Ja, ja!... Mañana, si nadie me jode el día, regresaré a casa para el fin de semana, que echo mucho de menos a mi maridito y quiero estar especialmente atractiva. ¡Ja, ja!
- ¿Quieres que vayamos a tomar algo hasta tu cita con la peluquera?
- Si no le importa, mi brigada, preferiría quedarme en su despacho, que las

piernas es lo que peor llevo... Además, me gustaría aprovechar el rato para comentarle algunas cosas. Quizás se le ocurra algo que a nosotros se nos haya escapado.

- Cuenta conmigo para lo que quieras y, como bien sabes, te agradezco que me mantengas al tanto de la investigación. Charlemos de lo que tú quieras, pero dudo mucho que este viejo brigada vea algo que a ti se te haya pasado por alto. Mi vista también está cansada, ¡ja, ja!

- Quien me tiene un tanto desconcertada es Emilio Barrado.

- ¿Por qué?

- Porque sigue siendo el principal sospechoso, aunque realmente no tenemos nada contra él. Encima, ahora está colaborando... y más desde que hemos demostrado que fue él quien organizó la llamada para alertarme de su visita al banco.

- Anteayer me telefoneaste para decírmelo, pero todavía no me has explicado cómo lo hiciste. ¿O eso queda bajo secreto de sumario?

- ¡Ja, ja! A usted puedo contárselo, pero déjeme antes exponerle mis dudas.

- Adelante. Ve a tu ritmo.

- Hace unos días me aseguró en repetidas ocasiones que no creía que Emilio Barrado tuviera cojones para montar el secuestro de su esposa. ¿Sigue pensando lo mismo?

- Aunque no descarto estar equivocado, porque no será la primera vez que meto la pata hasta el fondo, sinceramente debo responder que sí.

- Lo mismo opino yo, mi brigada... Y me fastidia un montón, porque ese hombre me gusta tanto como una almorrana... Además, es quien más tiene que ganar, especialmente tras el inminente fallecimiento de su suegro.

- ¿Tan mal está don Lorenzo?

- Estuve viéndolo en la residencia. El pobre hombre es poco más que un esqueleto; menos mal que está en coma y se supone que no sufre. Los médicos que le atienden me aseguraron que el desenlace ocurrirá en días; una semana como máximo.

- Así que es posible que te joda el fin de semana.

- ¡Y una mierda!... El cabo Lamata se queda, por si hay novedades, y él se encargará de todo.

- Prerrogativa del mando.

- Sin comentarios... Tenemos tan controlado a Emilio Barrado que hasta podría decirle cuántas veces va al baño y el tamaño de su próstata... y no hemos encontrado nada que lo implique en la desaparición de su esposa.
- También es cierto que los raptos de Sandra siguen sin dar señales de vida. ¿Se trata de una coincidencia? Emilio no hace nada y los secuestradores más quietos que unos espantapájaros.
- En efecto... Pero se equivoca.
- ¿En qué?
- Emilio Barrado ha recibido esta mañana un mensaje procedente del móvil de su esposa.
- ¡Cómo! No tenía ni idea... ¿Qué dice?
- Es muy escueto... *Ten el dinero listo.*
- Ni siquiera mencionan a Sandra. ¡Joder!
- Es evidente que no sirve como prueba de vida... Lo que sigo sin entender es por qué lo han enviado. Es como si quisiesen jugar con nosotros y que nos rompamos la cabeza a lo tonto.
- A mí tampoco se me ocurre nada. Parece como si solo desearan dar señales de vida.
- ¿Para qué? ¿En serio piensan que nos vamos a olvidar de que Sandra Castillo está secuestrada?
- Ni idea... ¿Habéis averiguado algo sobre la procedencia del mensaje?
- Una cosa o dos... Sabemos con total seguridad que Emilio Barrado no ha contactado con nadie, porque controlamos todos sus teléfonos y ordenadores... De modo que, si él está implicado, la fecha del envío estaba prefijada de antemano... Y eso carece de sentido para mí.
- Yo tampoco se lo veo. ¿Le habéis seguido el rastro al mensaje?
- Desde luego... Ha sido enviado desde Madrid.
- ¡Joder! Eso abre nuevas posibilidades.
- En efecto, mi brigada, y debo estudiarlas todas ellas... y eso significa trabajo, más trabajo.
- En tu opinión, ¿es posible que Sandra haya desaparecido voluntariamente y se oculte en Madrid?
- Intuyo que por ahí van los tiros para deducir el motivo del mensaje... No descarto ninguna posibilidad.

- ¿Ninguna? ¿Hay más de una?
- La primera es la inmediata. Sandra Castillo decidió irse *motu proprio* y nada mejor que una gran ciudad para esconderse... Sin embargo, por lo que he averiguado sobre ella, considero que no es una mujer que huya de los problemas; al contrario, ha demostrado sobradamente que sabe enfrentarse a ellos. Además, ¿de qué problemas hablamos exactamente? Porque el mero hecho de tener por marido a un abogado cretino no es motivo para desaparecer y abandonar a tu padre moribundo y tu empresa.
- Tú sí que serías una excelente abogada. Convences a cualquiera.
- Gracias... La segunda hipótesis, que uno de los secuestradores viva en Madrid y haya enviado el mensaje, ya he dicho antes que no tiene el menor sentido para mí.
- ¿Y hay una tercera?
- Sí, la que menos me gusta, pero es la que me ofrece más verosimilitud... Que uno de la banda fuese hasta Madrid para enviar el mensaje. En ese caso, tengo clarísimo su objetivo... Desean hacernos creer que la desaparición de Sandra Castillo es voluntaria.
- ¿Para qué?
- Para confundirnos, para obligarnos a repartir nuestras fuerzas, para hacernos perder el tiempo... ¿Quién sabe? Aunque me parece un disparate, igual los secuestradores piensan lo mismo que usted.
- ¿De qué narices hablas?
- La semana pasada señaló que mi reputación podía ser una putada para la secuestrada. ¿Lo recuerda?
- Desde luego. Te dije que quizás los secuestradores esperasen hasta que cogieses la baja por maternidad para solicitar el rescate.
- Entonces lo entendí como una forma de halagarme, porque hay muchos compañeros tan válidos o mejores que yo, pero ahora estoy obligada a contemplar esa contingencia. En ese caso, el mensaje pretende entretenernos y obligarnos a malgastar nuestras fuerzas.
- ¡Hostias! Ya veo lo que insinúas... En el momento en que se conozca el mensaje, y tarde o temprano se sabrá, tendrás que investigar a fondo la posible desaparición voluntaria de Sandra, aunque ambos estamos seguros de que se trata de un secuestro.
- Pretenden darme por el culo, con perdón.

- No personalices y distánciate del caso... Es el consejo de un viejo, no de un sabio, así que igual he dicho una tontería.
- Gracias de nuevo. Siempre tomo en consideración sus sugerencias, mi brigada.
- Y, hablando de dar por el culo, ¿qué tal te va con el coronel?
- ¡Ja, ja!... Como es lógico y natural, me está presionando y no cesa de atosigarme. Tampoco me molesta demasiado y es algo con lo que ya he tenido que lidiar en varias ocasiones, así que paso del tema, en serio.
- Me complace ver que te tomas las cosas con sensatez.
- Aunque se trata de un caso mediático, no se ha montado el mismo circo que cuando desaparece un niño; entonces sí que todo es durísimo... En este caso, si bien Sandra Castillo tiene dinero, es una desconocida para el gran público y no se trata de una multimillonaria. Por otro lado, es innegable que hay mujeres que, a su edad, se largan de casa por las bravas.
- Si miramos el lado positivo, eso te da un cierto margen de maniobra, ¿no?
- Algo menos de presión, desde luego; sin embargo, conlleva mucho más trabajo, porque es necesario analizar todas las pistas que surgen y la inmensa mayoría son una pérdida de tiempo... Hemos recibido más de mil llamadas, informando de que han visto Sandra Castillo en cualquier lugar imaginable. ¡Hasta en Tailandia!
- No envidio tu puesto.
- Es bastante agotador, pero el éxito compensa todas las penalidades. Esperemos que esta vez también lo alcancemos.
- Sandra ha tenido mucha suerte de que estés a cargo de la investigación. Si alguien puede encontrarla, eres tú.
- Le agradezco que intente animarme. Estamos haciendo todo lo humanamente posible, pero, analizando la situación con frialdad, andamos atascados.
- Si ha sido secuestrada y Emilio no ha intervenido, necesitáis sospechosos. ¿A eso te refieres?
- Exactamente... Aunque estamos buscándolos debajo de las piedras, vamos de fracaso en fracaso. Estoy convencida de que alguien del pueblo les ha pasado información a los secuestradores, pero, ¿quién? Son miles de personas a investigar y, además, igual el detonante inicial fue un simple comentario.
- ¡Cuánta pasta tienen los Castillo!, por ejemplo.

- Ahí voy... Por si se tratase de algo intencionado, estamos examinando con lupa los informes sobre los movimientos de los bancos, para ver si encontramos algún ingreso que sugiera el pago por servicios prestados... Hasta el momento, nada.

- ¿Algún contable de la cantera o del taller, que son los que pueden saber cosas del dinero? ¿Algún familiar?

- No sólo nos centramos en los contables. Estamos analizando la vida y milagros de todo el personal, tanto en la cantera como en el taller de zapatos... Sin olvidarnos de las personas que han tenido alguna vez contratos temporales o de las jubiladas.

- ¿Y...?

- Seguimos en ello. Por ahora, nada.

- Sé que no eres aficionada a las apuestas, pero, ¿qué te dice tu intuición?

- ¡Ja, ja! Ingeniosa forma de plantearlo... Una banda de tres a cinco miembros podría capturar a cualquier persona y mantenerla en un escondrijo varios meses.

- ¿Consideras que son profesionales?

- Hasta ahora se lo están tomando con mucha calma, sin dejar huellas ni cometer errores.

- Entonces, ¿lo más probable es que debamos esperar hasta que el pago del rescate?

- Siempre puede sonar la flauta por casualidad, como ha dicho antes, mi brigada... Y conozco a uno al que le gusta que le soplen la flauta e igual sale algo de ahí.

- ¿Vas a explicármelo? Porque no he entendido nada en absoluto.

- Me refiero a Emilio Barrado. Le detallo lo que hemos averiguado sobre él, en base a la llamada que nos avisó de su visita al banco. Cuando termine, ya me dirá qué opina, a ver si le ocurre algo.

- Oigamos cómo suena la melodía.

- Enseguida averiguamos que la mujer me telefoneó desde la única cabina que todavía funciona en Villaluengo. Como bien sabe, es un pueblo más pequeño que éste y sólo hay unos pocos establecimientos que disponen de cámaras de vigilancia. Por desgracia, ninguna de ellas está enfocada hacia la cabina.

- ¿Y cómo localizasteis a la mujer?

- Todo el mérito es del cabo Lamata. Después de haber perdido el tiempo preguntando a la gente sin obtener ningún resultado, se acordó del coche de Emilio Barrado, que él mismo había conducido de regreso al pueblo desde el banco.

- Te gusta mantener la intriga, ¿eh?

- ¡Ja, ja! Para algo que nos sale bien, me apetece disfrutarlo... Ese modelo lleva el GPS integrado y, por defecto, conserva las rutas recorridas.

- ¿Y...?

- En el último año había unas quince que tenían como destino Villaluengo y finalizaban cerca de un bloque de pisos. La primera señora a la que le enseñamos una fotografía de Emilio Barrado nos confirmó que lo había visto un par de veces, con Iryna.

- ¿Con quién?

- Una ucraniana de la que no recuerdo su impronunciable apellido. Cuando subimos a su domicilio y nos identificamos, se asustó como una chiquilla ante una araña peluda y tuve que dedicar unos minutos a tranquilizarla.

- ¿Se le nota deje al hablar?

- Iryna lleva diez años en nuestro país y apenas tiene un ligerísimo acento, por eso no lo detecté cuando me telefoneó a instancia de Emilio Barrado.

- ¿Qué le sacaste después de calmarla?

- Todo, absolutamente todo. En su país de origen, según sus propias palabras... *cuando te enfrentas a la policía te cagas de miedo y no te callas nada.*

- ¡Ja, ja! De todas formas, hay algunas que se conocen todos los trucos para engañarnos y se inventan lo que haga falta para ocultar que están sin papeles.

- Lo dudo... Iryna, que está cerca de los treinta, tiene un cuerpo de escándalo, pero su inteligencia no alcanza el mismo nivel. ¿Me explico?

- Perfectamente. ¿Es una profesional?

- Ahora no, aunque en el pasado, ¿quién sabe? Con su tipazo, seguro que los hombres la han perseguido desde jovencita. ¡Qué buena está la condenada!

- ¡Eh, eh! Que estás casada, no lo olvides. ¡Ja, ja!

- ¡Ja, ja! Lo mío no es lujuria, sino envidia, mi brigada... Ni en mis mejores momentos, habría podido competir con ella, aunque se acabara de despertar y llevase el pelo revuelto, legañas y las piernas sin hacer... Bueno, sigamos,

que no quiero deprimirme.

- ¿Cómo conoció a Emilio?

- Lleva poco más de un año viviendo en Villaluengo y, al cabo de unos meses, él entró un día a por unos recambios en la tienda donde trabaja a media jornada. Esperó a que acabase su turno, la invitó a tomar algo y el resto es historia.

- Venga, Julia, no seas mala y dame detalles adicionales.

- ¡Ja, ja! No conocía esa faceta suya... Resulta que Emilio Barrado es bastante paranoico. Siempre que tenían relaciones sexuales utilizaba preservativo y...

- Eso es ser precavido, no paranoico.

- Es que no me ha dejado terminar, mi brigada... El señor está obsesionado con que lo acusen de violación después de haber mantenido sexo consentido. Para defenderse de una hipotética falsa denuncia, siempre grababa sus encuentros con su móvil.

- ¡Qué! ¿Y la tal Iryna lo consentía?

- Eso fue lo que nos confesó Emilio Barrado a nosotros. A ella, en cambio, le dijo que los vídeos eran para masturbarse viéndolos cuando no estuviera con ella.

- ¿Insinúas que se lo creyó?

- Como si fuera el evangelio... Una tarde él recibió una llamada de la cantera, nada más finalizar la sesión de sexo; un accidente con un camión, según recuerda. Se fue a duchar para borrar el rastro de su encuentro, pero dejó su móvil desprotegido e Iryna pudo acceder a la grabación y la copió en el suyo...

- ¿Por qué lo hizo? ¿Para chantajearlo?

- ¡Ja, ja! Quería imitar a Emilio Barrado y masturbarse viéndolo más adelante. Afirmó que le parecía muy romántico.

- ¡Increíble!... ¿Y por qué pones esa cara? ¿No me digas que has conseguido ese vídeo?

- Pues no se lo digo. ¡Ja, ja!... Apenas dura media hora, pero deja patente que Iryna, además de tener un cuerpo de infarto, no tiene remilgos en la cama, toca la flauta como una virtuosa y, encima, se lo pasa de fábula, si nos guiamos por sus exclamaciones de placer... ¿Le interesa esa grabación, mi brigada? Si considera que su visionado puede ayudar a la investigación, le paso una copia. ¡Ja, ja!

- ¡Qué manera de tomarle el pelo a un viejo!... ¿Y esa ucraniana está enamorada de él? ¿Sabe que Emilio está casado?

- Sí a lo segundo y no lo sé a lo primero. Ella asegura que sigue con él porque se lo pasa muy bien, tanto en la cama como fuera de ella... También es verdad que en cada visita le deja doscientos euros para que se compre algún regalo, y eso equivale a su salario... El día antes de ir al banco, Emilio Barrado la telefoneó para pedirle que me llamase e Iryna lo hizo.

- ¿Y no le extrañó lo que debía decirte?

- No, pensó que se trataba de un asunto de negocios. De hecho, le gustó que él le tuviese tanta confianza como para solicitar su ayuda.

- ¡Joder! La verdad es que la ucraniana no parece muy espabilada... Y, cuando se enteró de la desaparición de Sandra, ¿qué pensó?

- Que su pobre amante estaría muy triste... y que igual quedaba libre... Fin de la historia. ¿Se le ocurre algo, mi brigada?

- Voy a darte mi opinión, aunque sea políticamente incorrecta... Has conectado a Emilio con una mujer que procede de un país del este y por aquí ronda una banda de secuestradores profesionales. No considero nada descabellado conjeturar que ambos hechos guardan cierta relación. ¿Vas a investigar ese posible vínculo?

- Lo estamos haciendo, mi brigada... Y, como siempre, por ahora nada.

- ¡Joder!

- Para colmo, no es la única mujer con la que Emilio Barrado ha mantenido relaciones extramaritales.

- ¡¿Qué me dices?!

- De nuevo, el mérito es del cabo Lamata. Repasó las rutas anteriores y se percató de que en sus viajes a Madrid siempre se detenía en la misma gasolinera. Yo le comenté que eso es algo habitual, pero él insistió en investigarlo personalmente... y estuvo acertado.

- ¿Con quién se lio esa vez?

- Con una empleada de la cafetería adjunta a la gasolinera. Una mujer de mi edad, divorciada y ésta sí que se enamoró de él... Hasta que descubrió que Emilio Barrado estaba casado y lo mandó a la mierda.

- ¿A ella también la grababa?

- Me juró que no, pero mi impresión es que nos mintió, porque se sentía

avergonzada. Cuando saqué el tema a colación, se puso como un tomate y tardó unos segundos en reaccionar. Quizás debería haberla presionado más, pero, ¿qué sacaba con eso? Teníamos su declaración y con eso bastaba. ¿Para qué insistir?

- ¿Habéis descubierto si Emilio tenía más amantes?

- No lo descarto, aunque él lo niega. Cambia de coche cada dos años y en el GPS del actual no hemos detectado nada más. Por otro lado, ¿qué importancia tiene si esas dos mujeres son primeras amantes o su lista de conquistas llena un folio? Estoy aquí para solucionar un secuestro, no para investigar las escapadas sexuales de un señor que todavía no sabe mantener su polla encerrada en los pantalones.

- Alguna de sus amiguitas puede haberse ido de la boca y...

- Si está sugiriendo un posible chantaje, puede ir descartándolo. Emilio Barrado jura y perjura que había llegado a un acuerdo tácito con su esposa para que cada cual se desahogase como y con quien quisiese, siempre que la discreción fuese total.

- ¿Y le crees?

- Sí... Y ahora debo dejarle, que voy a llegar tarde a mi cita con la peluquera.

77 días después del secuestro

- Mateo, la tormenta debe ser impresionante, porque se escucha perfectamente el agua del arroyo.
- Lleva unos cuantos días lloviendo, igual es por eso... Lo cierto es que nunca había metido tanto ruido. Si piensas ir a lavarte, ya sabes que debes extremar el cuidado, no sea que te resbales.
- ¡Ja, ja! Vaya manera tan original de proponerme sexo. ¡Eres de lo que no hay!
- ¿Por qué lo dices?
- Lo sabes muy bien, capullo... Siempre me apetece lavarme después de follar... Por tanto, si hablas de que puedo necesitar hacerlo, está clarísimo en que estás pensando, ¿me equivoco?
- Sandra, te juro que... ¡Ja, ja! ¡Cómo me conoces! Soy un libro abierto para ti, incapaz de engañarte... Y, una vez admitida mi culpa, ¿qué respondes?
- Déjame consultar mi agenda, para repasar qué tengo previsto hoy. ¡Ja, ja!... Veamos... ¡Mira tú por dónde! Sí, aquí lo pone... Echarle un polvo a Mateo.
- O varios. ¡Ja, ja!
- ¡Eh, eh! Manos quietas... No te lances, que mi agenda dice que todavía falta una hora para esa cita.
- ¿Qué?... Vale, está bien... Como milady prefiera; sus deseos son órdenes para mí... ¿Quiere entretenerse durante la espera de alguna forma especial?
- Teniendo en cuenta que escasean las películas porno en esta casa, nos conformaremos con el sexo oral para meternos en situación.
- ¿Estás sugiriendo que hablemos de sexo?
- Una acertada deducción... Y, ya que la idea se me ha ocurrido a mí, te toca comenzar a ti... El tema de nuestra charla es... ¡Tachán, tachán!... las fantasías secretas.
- Por mí perfecto... ¡Me muero por averiguar qué oscuros pensamientos se esconden en tu cabecita!
- Antes de que comiences, acércame una cerveza, por favor.
- Y otra para mí... Reconozco que tuviste una idea genial cuando te empeñaste en la nevera portátil a gas. Fue un coñazo bajarla hasta aquí, y menos mal que la carretilla aguantó, pero mereció la pena. ¡Qué placer tomarse una cerveza bien fría!

- ¡Serás cabronazo! ¿En serio quieres comparar eso con lo mío?... Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que me vi obligada a ofrecerte mi virginidad trasera para que accedieras a mi deseo. Sólo con pensarlo, vuelvo a sentir pinchazos en el culo.

- ¡Qué exagerada eres, Sandra! ¡Ja, ja!... Fuiste tú la que se empeñó... y las otras veces también. Yo prefiero tu chocho; es mucho más acogedor.

- Sigue diciendo tonterías y te quedarás a dieta... ¡Eh, eh! Deja mis pezones en paz, que eso es hacer trampa.

- Bueno, me armaré de paciencia... Pregunta lo que quieras.

- ¿Cuál es tu fantasía secreta?... Y no me respondas con vaguedades... Me refiero a ésa que te la pone dura, no como ahora, que la tienes blandurria.

- ¡Qué simpática!... De acuerdo... Seguramente sea follar en un sitio público o donde alguien te pueda pillar en plena acción.

- ¡Ja, ja! Pues lo tienes crudo para llevarla a cabo aquí. Estamos tan solos como en una isla desierta.

- Tú has preguntado y yo he contestado.

- Quiero detalles, más detalles... ¿Te refieres a, por ejemplo, follar en un cine?

- ¡Ja, ja! ¿Cuánto haces que no vas a uno? Las películas interesantes son de superhéroes y el cine se llena de críos. Ninguna chica aceptaría hacerlo en una guardería; es demasiado arriesgado... y me refiero a que puedes acabar ante un juez... No, en el cine lo máximo ha sido alguna paja mutua, sin quitarse nada de ropa.

- ¿Entonces...? Venga, no seas tímido; cuéntame alguna que sí hayas hecho realidad.

- El morbo de que alguien te pueda descubrir en medio de la faena es lo que más me pone... ¿Un ejemplo?... Recuerdo que estaba con una chica de otro pueblo en su casa, tumbados en el sofá, morreándonos. Ya tenía la polla enfundada, a punto de metérsela, cuando escuchamos ruido de llaves en la cerradura. Eran sus padres, que volvían antes de tiempo de un viaje.

- ¡Ja, ja! ¡Qué situación tan comprometida!

- Me acojoné, porque nunca se sabe por dónde va a salir un padre cuando se encuentra a su niña sin bragas y abierta de piernas bajo un tío; no será el primero que coge la escopeta o te saca la navaja... Sin embargo, ella no vaciló ni un segundo. Me arrastró a la cocina, apagó la luz y me puso la mano

en la boca... Mi corazón palpitaba como no te puedes imaginar, pero mi polla también. Te juro que, aunque tenía los cojones en la garganta, mi mano iba a por libre y se dedicaba a sobarle el chocho... ¿Observas lo dura que se me está poniendo?

- Pues tendrás que aguantarte... ¿Qué ocurrió?

- Por suerte, sus padres fueron a llevar la maleta a su dormitorio y, mientras la madre la recogía, el padre se encerró en el cuarto de baño... ¡Echamos un polvo morrocotudo!... Bueno, al menos lo fue para mí... Me avergüenza confesar que estaba tan salido que no aguanté ni tres minutos. Mi peor marca. ¡Ja, ja!

- ¿Y ella?

- Salí escopeteado, tanto que ni me quité el preservativo. Nunca he vuelto a verla.

- ¡Menudo impresentable! ¿Cómo puedes hacerle eso a una chica? Mira que dejarla con la miel en los labios. ¡Qué granuja!

- Y tú, hipócrita... Mucho echarme la bronca, pero estás empantanada.

- ¿Y qué esperabas? Que una no es de piedra y, encima, la tienes dura como una roca... Cuéntame otra, por favor.

- Deja de meneármela, que no sé si podré controlarme... Ummm... Ummm... Vale, ya sigo... Una vez me ligué a una noruega que estaba de Erasmus y había venido al pueblo no recuerdo por qué. El caso es que una tarde me pidió que le enseñase la ermita, que está en el monte. Como esa mañana ya habíamos follado un par de veces, te juro que no me esperaba lo que sucedió.

- Ummm... Ummm... Para con eso y sigue hablando.

- ¿Seguro?... Como tú digas... Dentro de la ermita hay un confesionario, que lleva allí siglos, y a la noruega le apeteció que nos metiésemos dentro. Ni siquiera tuve tiempo de sentarme... Nada más cerrar la puerta, me bajó de un tirón los pantalones y se la metió a la boca. Se relamió al comprobar que ya la tenía dura, sacó un preservativo del bolsito y, antes de que me diese cuenta, me estaba cabalgando.

- ¿Ella era la que te follaba?

- Claro, yo ni siquiera tenía espacio para moverme. Se corrió justo cuando oímos entrar a alguien en la ermita y tuve que taparle la boca con la mano para que evitar que nos descubriesen... Cuando creía que el peligro había pasado, se abrió la puerta del confesionario y me encontré frente a una abuela del

pueblo, que se nos quedó mirando.

- ¿Gritó escandalizada?... ¿Qué os dijo?

- Nada. Sonrió, me guiñó un ojo y cerró la puerta del confesionario... Entonces fue cuando me corrí.

- ¡Guau, qué pasada! Para que te fies de las ancianitas. ¡Ja, ja!... Otra, otra, otra... por favor.

- No, que estás abusando de mí... Ya he hablado demasiado. Ahora es tu turno.

- Venga, la última, por favor... Te prometo que te lo compensaré después... como tú quieras.

- ¡Joder, Sandra! Eres una manipuladora de tomo y lomo... Y no lo digo porque me la estés meneando. ¡Ja, ja!

- Haz memoria... Cuéntame la más experiencia más morbosa que te haya ocurrido nunca... ¿Qué pasa? ¿Dudas entre varias?

- No... Tengo muy claro cuál es, pero no entra en la categoría de follar en público, aunque un pequeño público sí que había.

- ¡Ja, ja! ¡Cuánto te gusta el suspense! Uhmm... Uhmm... y también chuparme las tetas... No seas malo y espera un poco. Continúa hablando.

- Una noche salí de marcha con una madre soltera y...

- ¿Lo sabías de antemano o lo averiguaste después? ¿Cómo la conociste?

- ¡Qué cotilla eres! Ahora eso no importa, te lo contaré otro día... Salimos a picotear, tomar unas copas y mover el esqueleto... Cuando fuimos a su casa y pagó a la canguro, me llevó al dormitorio. Aunque eso de encontrarme con una cuna ocupada al lado de la cama me descentró al principio, la tía estaba tan ansiosa que consiguió que me olvidase de la cuna y me dediqué a lo que mejor sé hacer.

- ¡Tan creído como siempre! Sigue, que el asunto promete.

- Cuando estábamos en plena función se despertó el bebé, seguramente por la escandalera que montaba su madre, que gemía y berreaba como una cerda. El pobre no tenía hambre, al menos no lloraba, sólo estaba allí mirándonos fijamente, agarrado a los barrotes... Su madre, para calmarlo, se apoyó en la barandilla y comenzó a hablarle, con ese dulce tono que les sale a las mamás.

- Menudo corte... ¿Te fuiste?

- Lo intenté, te lo juro, pero ella me lo prohibió. Me hizo agacharme entre sus piernas y me exigió que terminase la comida de coño que le estaba haciendo...

Lo morboso del caso es que no paraba de hablar con el bebé... y su maternal voz desentonaba con las palabras que salían de su boca.

- ¿Qué le decía?

- Pues que un señor le estaba comiendo el coño y que le gustaba mucho... Que chuparle el garbancito le estaba gustando mucho... que no se asustara con las caras que iba a poner, porque estaba a punto de correrse... que cuando acabara su orgasmo, el señor le metería su gran polla, tan larga que le iba a salir por la boca... que le iba a meter un meneo de antología y que las tetas no pararían de bailar... que esa noche su niño no tomaría leche sino batido.

- ¡Alucinante! Me dejás con la boca abierta.

- Si quieres te la tapo con... No juegues con eso, que me puedes desgraciar... De acuerdo. Sigo... Cuando la mamá me inundó la boca de flujo, me puse el preservativo y se la metí hasta el fondo. Pegó tal grito que hasta su bebé se asustó.

- ¡Qué bruto!

- Pues a ella le gustaba. ¡Ja, ja! Me pedía más y más... Volvió a contarle a su bebé lo que estaba sintiendo, hablándole de mi polla como si fuera su juguete favorito. Aquello me resultó tan obsceno y morboso que me corrí pronto. Ella aprovechó los últimos restos de mi erección para hacer lo mismo... Cuando recuperó el aliento, se levantó, lo agarró y, tras darle mil besos, se lo puso al pecho para darle de mamar.

- ¡Guau! Estoy sin palabras...

- Pues búscalas donde sea, porque es tu turno. ¿Cuál es tu fantasía secreta?

- Ahora voy con ella, pero debo advertirte que jamás la he llevado a cabo, de modo que no exijas detalles... Aunque al empezar la universidad fui bastante promiscua, entonces era tan inocente que nunca se la propuse a ninguno...

- Menos rollo... ¿Por qué no vas al grano?

- ¡Capullo!... Uhmm... Uhmm... Imaginar que soy dominada por un hombre, a veces dos, eso es lo que más me excita.

- ¡Chúpate ésa! La gran empresaria se moja cuando... ¡Ay!... Tienes razón, pero, por favor, cuida con las uñas... Es que me ha cogido de sorpresa.

- Ahhhh... ahhh... ¡Dios!... Suave, suave.

- Me temo que todavía falta un rato para la cita. ¡Ja, ja!... ¿Perdonado?

- Siempre que no vuelvas a bromear con ese tema.

- Te lo juro... Acláramelo. ¿Qué se entiende por ser dominada? ¿Que el tío te viola, te azota, te...?

- A la hora de la verdad, no me va nada el sado, aunque sea leve como el de las sombras, pero fantasear con él sí que me excita... También la violación suele dar resultado cuando me masturbo y contra más brutal mejor... ¡Eh, eh! Ni se te ocurra... Sólo en mi imaginación, no en la realidad.

- ¡Ja, ja! ¿Y cuál es la que siempre, siempre te funciona?

- ¡Mira que eres cabroncete!... De acuerdo... Un hombre me ata de manos y pies a la cama y, con una parsimonia que me enloquece, me va cortando la ropa. Cuando llega el turno de las bragas, sonrío satisfecho al dejar al aire mi tatuaje... *Hazme lo que quieras.*

- ¡Joder! Me encanta.

- Pues a mí no veas cuánto... El mero hecho de estar indefensa, de no poder evitar que haga lo quiera conmigo, me enloquece y siento que mi flujo empapa la cama...

- ¿Y qué te hace exactamente?

- Depende... Unas veces es cariñoso y dulce, me come el coño y me folla con una ternura que me hace derretir... Otras veces es un salvaje; me penetra brutalmente y hasta lloro de dolor, mientras él se ríe y me taladra con su enorme polla; en ocasiones, si lo necesito para acabar, me rompe el culo sin importarle mi llanto... Incluso hay veces en que me apetece sentirme humillada; me obliga a chupársela y me recrimina que lo hago peor que una niña o que no sirvo para nada o que tengo el coño seco; cuando noto sus disparos en mi boca siento tanto asco que estoy a punto de vomitar, pero, en lugar de eso, me corro como una...

- ¡Guau!... Para, para, que me has puesto a mil y no sé si podré contenerme... ¡Joder! Tu fantasía sí que podemos recrearla aquí y ahora... ¿Quieres?

- Muchísimo... pero sólo con una condición.

- La acepto.

- ¡Ja, ja! ¿No te interesa saber cuál?

- Me da igual... La que sea.

- Así no. Primero te la suelto y, luego, tú dirás... Atiende, estaré encantada de permitirte que me ates al somier y juegues conmigo como te apetezca, siempre que, luego, yo pueda hacer lo mismo. ¿Te atreves?

- ¡Qué! ¿Atado y en tus manos?... ¡Hostias! Nunca he hecho algo parecido; no

sé si me gustará.

- Yo tampoco la he llevado a la práctica, pero pienso que será una experiencia muy excitante... Me fío de ti, Mateo; hazme lo que quieras... ¿Qué dices? ¿Acaso tienes miedo de mí?

- Claro, me la vas a dejar destrozada... Pero sólo se vive una vez... Acepto tu propuesta.

- Gracias... Acerca esa sábana; la cortaremos en tiras para confeccionar las ataduras.

- ¿Cómo, si no hay tijeras?

- Tienes una navaja, ¿no? Pásamela, que tú no tienes ni idea de corte y confección. ¡Ja, ja!... Sujeta de la punta... Así, así, ¿ves qué fácil?

- ¡Qué hábil!... Y es una lástima que estés desnuda. Me pierdo el placer de cortarte las bragas.

- ¡Siempre tan romántico!... Al menos tenemos el ruido del arroyo, a modo de música ambiental... Me tumbo. ¿Qué tal eres con los nudos?

- ¿Te aprieta?... Mejor... La voy a anudar a la pata y sigo con las otras.

- ¿Ya tienes claro qué te apetece hacerme? Dame una pista, anda... ¿En plan delicado o salvaje?... ¿Me vas a decir algo?... Ohhhh... ohhh...

- Cuando estás cachonda no dejas de darle a la lengua... Yo prefiero utilizarla de otra manera... Operación terminada. Milady ya está atada y con las piernas abiertas. ¡Guau!

- Sorpréndeme, Mateo... Hazme lo que quieras.

- Estás tan caliente que no voy a tardar ni cinco minutos en lograr que te corras. ¡Ja, ja!

- ¡Chulo de mierda! ¿Por qué...? ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... Más suave. ¡Cabrón, más despacio!... Así, sorbe mis babas. ¿Te gusta mi sabor?... ¡Qué impaciente! No tenemos prisa, Mateo... Cuidado, cuidado, mi botoncito... Ohhhh... ohhh... Por favor, sigue... sigue...

- No tengo intención de parar... hasta que me lo supliques.

- ¡Estás loco! Quiero que continúes comiéndome el coño... Eres genial... ¡Dios! ¡Dios!... Un poco más, que estoy a punto... No puedo más... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- Ni tres minutos. ¡Ja, ja!

- Métemela, por favor... Necesito sentirte dentro y...

- Lo siento, milady... Soy yo quien manda ahora y todavía tengo hambre, así que voy a seguir comiendo.

- Ahora no, que tengo los labios irritados... Fóllame, te lo pido por... Ohhhh... ohhh... ¡Cabrón!... No, te lo ruego, déjalo, que está hipersensible... ¡Cabronazo, apártate!... Me haces daño... Desátame las piernas, necesito cerrarlas... ¡Suéltame!... No me metas la lengua... ¡Dios! ¡Dios!... ¡Joder, joder!... Me viene de nuevo... Más fuerte... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- ¡Joder! Sí que te pone cachonda tu fantasía. Estás echando más flujo que nunca... Tengo los morros pringados de ti.

- Mateo, por favor, métemela. Quiero estrujarte la polla con mi coño y...

- Todavía no he terminado de comer...

- Otra vez no, por favor... Te prometo que no podría soportarlo, lo tengo en carne viva... Fóllame de una vez, que mi vagina está húmeda, esponjosa, esperando tu... Ohhhh... ohhh... Piedad... Te lo ruego, no sigas... Voy a morirme, no puedo soportarlo... Para, por favor... Te lo suplico.

- Ésas eran las palabras mágicas que estaba esperando, Sandra.

- Me has forzado a correrme, bruto... ¿Por qué no quieres metérmela? Lo necesito con locura.

- Porque sólo voy a hacer lo que me apetezca y, por ahora, no me da la gana de follarte... Abre la boca y chúpamela... ¿Es que no sabes hacer una mamada? ¡Menuda puta me he buscado!... Chúpame los dedos... Empápalos de saliva que van a ir directos a tu chocho.

- No me hagas una paja... Fóllame ya.

- Hablas demasiado, zorra... y, como castigo, lo que te voy a follar es la boca... Ábrela más... Sí que estás mojada... ¡Joder con la puta!... Tienes el coño inundado... ¡Cómo mueres las caderas! Cualquiera diría que te está gustado... Trágala hasta el fondo... Aguántate. Como vomites te la meto por el culo...

- No seas tan bestia... me haces daño y... Ohhhh... ohhh...

- Te tengo en mi poder y, ¿todavía quieres darme órdenes?... Si la vuelves a sacar, te rompo el culo, puta... ¿A tus años no has aprendido a chupar pollas? ¡Qué inútil de mierda!... ¡Serás zorra! Tanto quejarte y ya estás a punto otra vez... No te corras todavía o te ganarás unos buenos azotes en el culo, niña mal criada... Sigue chupando... ¡Para de moverte en busca de mis dedos!

¿Quieres que te pellizque los pezones?... ¿Lo prefieres así, más despacio?... No, es evidente que no... A esta guarra le gusta que la pajeen a lo bestia... ¡Cómo se retuerce la puta!

- Déjame correrme, por favor... Te lo suplico.

- Así me gusta, que dejes claro que soy yo quien manda... Tienes mi permiso... Adelante.

- Así... Así... Ya... Ya... Ya... ¡Dios! ¡Dios!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- ¡Guau qué pasada!... ¿Estás bien, Sandra?... Pensaba que te iba a dar algo.

- ¡Madre mía!... Ha sido como si... una bomba atómica hubiese estallado en mi vagina... nada que ver con unos simples fuegos artificiales... Desátame y...

- Todavía no he terminado con usted, milady.

- Disculpa, casi se me olvida... Te la seguiré chupando...

- Andas equivocada... Te la voy a meter.

- No me hagas el amor ahora, por favor... Lo tengo todo irritado, porque has sido un bruto con los dedos... Está completamente seco y necesita algo de tiempo para recuperarse... Por favor, Mateo, no me folles. Te lo suplico.

- ¿Quién habla de follar? ¡Ja, ja!... Voy a violarte.

- ¡Qué! ¿Has perdido el juicio?... Ni se te ocurra... No me lo abras... Como la metas, te caparé... ¡Cabrón!... Me duele mucho... Estoy seca, ¿no te das cuenta?... ¡Hijo de puta! De esta te vas a acordar... ¡Ay! ¡Ay!... Me estás destrozando... ¡Mamonazo! ¡Qué daño!... ¡Eres un hijo de perra!... ¡Joder! Encima mis lágrimas te excitan y se te pone más dura... Me duele, me duele... ¡Cabronazo!... Noto que la tienes a punto de reventar... ¿Tanto te excita violarme?... Tus soldaditos piden paso para inundar mi vagina... Déjalos salir... Así, así... Ohhhh... ohhh...

- ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- Gracias a Dios que has durado poco, porque ha sido una tortura... Reconozco que al final me he animado un poquito y, por eso, te perdono... Desátame, que debo hacer pis con urgencia.

- Un segundo, que estoy muerto y necesito descansar.

- Recupérate mientras me desatas... Apresúrate... Las tiras no estaban

ajustadas, pero ya comprobarás que aprietan un poco cuando te agitas. Si hubiera estado atada más rato, me habrían hecho daño... Gracias.

- ¿Has disfrutado con tu fantasía?

- Ha sido una sensación extraña. No sabría decirte... Échame un rollo de papel, por favor... Gracias... Es innegable que he tenido varios orgasmos y, si tú no hubieses aguantado tan poco violándome, igual hasta me habría corrido contigo, pero...

- ¿Una cerveza fresca antes del siguiente turno?

- Sólo si es rápida, para que no se apague el fuego... ¡Dios! ¡Qué bien sienta!

- Tenía un resaca de camello... ¿Por qué será? ¡Ja, ja!... Sigue con tu comentario.

- Cuando me excito imaginando que me violan, resulta una experiencia dolorosa, pero sé que el dolor es ficticio; en cambio, contigo ha sido real y, a veces, ha resultado un verdadero tormento.

- Lo siento, de verdad... Ya sabes que...

- No es preciso que te disculpes, Mateo... Has cumplido mi fantasía... Creo que me ocurre lo mismo que con el sexo anal. Aunque no me gusta, de vez en cuando puede venir bien para romper la monotonía.

- Pues brindemos por la ruptura de la monotonía. ¡Ja, ja!

- Cerveza acabada... ¿Estás dispuesto?... Túmbate y tranquilízate... Veamos... Primer nudo... Mueve la mano, a ver si estás incómodo... ¿Puedes soltarte?... ¿No?... Pues voy con los otros tres.

- ¿De verdad precisas atarme las piernas? Soy un hombre, es innecesario obligarme a mantenerlas abiertas.

- Así sabrás qué se siente. ¡Ja, ja!... No, en serio, la finalidad de la sesión es dejarte indefenso, para que yo haga contigo lo que me apetezca y no puedas impedirlo, por mucho que te desagrada... Que pierdas el control totalmente, en otras palabras.

- No sé si me agradará, de verdad.

- Bien que te ha gustado violarme. ¡Ja, ja!... El caballero está bien atado... Ahora tengo el mando... Verás lo que te tengo preparado.

- Miedo me das... Ya me estoy arrepintiendo.

- Si vas a estar todo el rato quejándote como una nenaza, te amordazo... Recuerda que no necesito tu boca para nada, porque ya me has comido

bastante el coño... ¿Dejas de protestar o te tapo la boca? Tú decides.

- Así que ya estás en plan mandón, ¿eh?... De acuerdo... Por favor, no me amordaces.

- Bien. Aprendes rápido tu papel... Ahora quiero que te excites para que se te vaya poniendo dura... Me da igual si se te pone a tope o no. Sólo me interesa que pueda metérmela dentro y no se salga... ¿Qué pasa? ¿Necesitas una grúa?... Contesta, impotente de mierda.

- Es que me he corrido hace poco y todavía...

- Pues cierra los ojos y revive aquella noche con la mamita y su bebé... Para que veas que soy comprensiva, te la chuparé un poco mientras tanto... ¡Madre mía! ¡Qué velocidad!... Ya está enderezándose.

- Es la especialidad de la casa.

- ¡Don creído ataca de nuevo!... Aunque admito que puedes estar orgulloso de tu pistola... Abre los ojos y mírame bien; no pierdas detalle... ¿Ves cómo me voy deslizado sobre ella suavemente? ¿Cómo va desapareciendo dentro de mí?

- Sí.

- ¡Y cómo te gusta, cabrón! La siento latir y eso me humedece todavía más... Ahora que estoy montada sobre ti, te voy a cabalgar a mi ritmo y, como estoy tan cachonda, a la vez me voy a hacer una paja, para acabar pronto y seguir jodiéndote de otra manera... Para que veas lo buena que soy, te permito correrte, aunque te prohíbo que lo hagas antes que yo. Si eres tan estúpido como para adelantarme, recibirás un duro castigo... ¿Lo has entendido?

- Sí.

- Me gusta que seas tan lacónico... Yo hablaré por los dos... Acelero. ¿Te gusta ver botar mis tetas? No respondas... Sé que te gustaría sobarlas, como estoy haciendo yo, pero tendrás que aguantarte... ¿Ves con que suavidad acaricio mi botoncito? Así tenías que haberlo hecho tú antes, inepto... ¿Qué se siente al ser sólo una polla? Contesta.

- Es una nueva experiencia.

- ¡Qué estúpido! ¿No sabes que las mujeres se acuestan contigo sólo por tu polla?... Aunque tú seas un imbécil, ella es una maravilla... ¡Cuánto le gusta a mi coño!... Se está derritiendo de placer. ¿Lo notas?... Cuando está tan dura y me llena, me siento vibrar... ¡¿Cómo puedo estar tan caliente?!... Chúpame los dedos, que ya me falta poco... Pareces un maricón haciendo una mamada a un

viejo... Te jode, ¿eh?... Me enciende saber que estás cabreado y no puedes hacer nada... ¡Joder, joder! Ya me falta muy poco... Me duelen las piernas, pero voy a aguantar hasta explotar... Si quieres, córrete, porque ya estoy a punto... Me falta nada... nada... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- ¡Hostias, Sandra! ¿Qué te ocurre hoy? Estás especialmente cachonda... ¿Es por tu fantasía?

- Espera... Espera... Necesito respirar... ¡Madre mía! ¡Qué pasada!... Ha sido de película... No te has corrido, ¿verdad?

- No.

- ¡Joder! Para lo que tengo previsto a continuación, necesito que estés relajado... y un buen orgasmo es la mejor manera de conseguirlo.

- Eso no depende de mí, Sandra. Te he follado hace poco y me va a costar recargarme... Además, esta fantasía te pone a ti, pero a mí me deja bastante frío.

- Ante situaciones desesperadas, hay que tomar que tomar medidas desesperadas... Abre más... Ummm... Ummm...

- Para, para, no hagas eso... No me gusta que me pasen la lengua por el culo.

- ¡Ja, ja! Tu polla dice otra cosa... ¡Qué mariconazo!... Desconocía esta faceta tuya. ¡Ja, ja!... ¿Y si empujo con el dedo?

- No, por favor... Déjame y...

- ¡Eres un maricón de mierda!... Tu polla no engaña... Te meto la puntita y se pone a dar brincos de alegría... Te la voy a chupar y, mientras tanto, mi dedo llegará hasta el fondo de tu culo... Vas a correrte enseguida, ¿verdad? ¡Ja, ja!... ¡Marica!

- No, no... Para, te lo suplico... Me duele... ¡Putá! ¡Suéltame!... ¡Sácalo, joder!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!... ¡Ahhhh!

- ¡Guau! Tu polla parece un surtidor... Me estás poniendo perdida... ¡Qué cabrito! ¡Cómo estás disfrutando!... ¿Ya?... Unos besitos para limpiarla y te dejo descansar un poco... Tranquilo, ya lo he sacado... Ahora, cierra los ojos y no digas nada... Relájate y descansa.

- Ni yo mismo me lo creo... ¿Por qué te levantas?

- Te he dicho que cerrases los ojos... Habría sido mejor así... ¡Joder! ¿Por qué nunca me haces caso, Mateo?... Lo siento... no puedo aguantar más tiempo encerrada aquí.

- ¿Y por eso lloras? Desátame. Creo que necesitas un abrazo... Ya seguiremos jugando en otro momento... ¿Qué te pasa? Me estás asustando... ¿Por qué sigues llorando?

- Es por lo que voy a hacer... Me va a doler más a mí que a ti... Perdóname, por favor.

- No sé qué cojones te sucede, pero un abrazo te vendrá muy bien... Suéltame, anda.

- Ha llegado el momento de aprovechar la oportunidad, lo siento.

- ¿Por qué coges mi navaja? ¿Tan fuertes has hecho los nudos?... Sería mejor desatarlas y guardarlas para otro día.

- ¿Todavía no lo entiendes?... ¡Voy a clavártela!

- ¡¡Qué!! ¡Estás loca! Acabas de follarme y... ¡Ayyyyy! ¡Nooooo!

Dos días después

- Toc, toc... ¿Puedo pasar?
- Adelante... ¿Quién es usted?
- Sargento Julia Asensio, señora Castillo. Encantada de conocerla finalmente... Soy la encargada de la investigación. ¿Se va recuperando? ¿Qué tal se encuentra?
- Mejor. Ayer estuve casi todo el día durmiendo y lo necesitaba como el respirar... Ya he comido un poco y espero que no tarden mucho en darme el alta médica y pueda irme a casa.
- Me alegra observar que está mejorando... La felicito; ha sido muy fuerte y...
- Un segundo, por favor... Eres más joven que yo y que me trates de usted me hace sentirme todavía más vieja... Y en estos momentos, preciso justo lo contrario. Animarme y volver a sumergirme en la vida cotidiana... Tutéame y yo haré lo mismo, sargento.
- En ese caso, olvídate de mi graduación y llámame Julia.
- Lo haré... y, para ti, soy Sandra... ¿Se supone que esta conversación es mi declaración oficial?
- ¿Por qué lo preguntas? ¿Hay algo que...?
- Todo el mundo tiene algo que ocultar, Julia, como bien debes saber... Si esto es una charla informal, para que te explique cuanto sé de mi secuestro y puedas dar carpetazo a la investigación, por mí perfecto. Si pretendes otra cosa, tendremos que posponer esta conversación, porque flaqueará mi memoria, a causa del estrés postraumático.
- No entiendo qué pretende decir.
- Hay algunas cuestiones que deben permanecer en secreto... Sólo te las contaré si me aseguras que quedan entre nosotras.
- ¿Afectan a mi investigación?
- De modo colateral... A quien afectan es a mí y no deseo hacerlas públicas... ¿Estás grabando esta conversación?
- Todavía no... Tras los prolegómenos de rigor, en los que aún nos encontramos, pensaba pedirte permiso para hacerlo.
- No lo tienes... y tampoco deseo que tomes notas.

- ¿Seguro que te encuentras bien, Sandra? Si lo prefieres, vuelvo en otro momento... Lo digo porque tu comportamiento me resulta un tanto desconcertante e igual sería...

- Estoy perfectamente... ¿Quieres la verdad, aquí y ahora, o prefieres esperar unos cuantos días, hasta que mi psiquiatra diga que estoy recuperada y os permita interrogarme? Claro que, para entonces, ya me habré inventado una versión publicable de mi cautiverio y liberación.

- ¡Cómo! ¿Por qué necesitas inventar nada?

- Demonios, Julia, que me ha dicho un pajarito que eres muy buena, la mejor. ¿En serio debo darte la comida triturada? Hay cosas que están muy bien vistas o, al menos, se aceptan si las hace un hombre y, por desgracia, todavía se critican duramente cuando las realiza una mujer.

- Aunque estás siendo bastante ambigua, Sandra, creo intuir qué insinúas. He leído tu informe médico.

- Tú decides, sargento... Sinceridad completa, por parte de ambas, o lo dejamos para otro día, que me está comenzando a entrar una jaqueca bestial.

- Me siento incómoda ante la perspectiva de saltarme el procedimiento, pero no me dejas otra alternativa... Si lo hacemos a tu modo, ¿cesará tu dolor de cabeza?

- Seguro.

- Pues sea como dices... Vayamos con la verdad por delante... Pero antes de comenzar con tu declaración informal, querría hacerte una pregunta personal. Aunque no guarda relación con tu secuestro, creo que me serviría de referencia para evaluar tu disposición.

- Tú dirás.

- Como es habitual, y más en un caso tan mediático como éste, tus médicas han prohibido todas las visitas. Sin embargo, yo no he tenido que pelear demasiado para hablar contigo y supongo que no habrían puesto tampoco reparos a la presencia de tu esposo. Me parece sorprendente que no haya venido nadie a acompañarte durante tu estancia en el hospital.

- ¿Y cuál es tu pregunta?

- ¿Has tenido algo que ver con eso? Porque una de las médicas ha insinuado algo así.

- Ya te he dicho antes que no voy a ocultarte nada, Julia... Comencemos contigo. Les dejé claro que deseaba verte; de hecho, insistí varias veces en

que te llamasen. El motivo es evidente, ¿no?... Quiero zanjar de una vez todo lo relativo a mi secuestro. Me gustaría, aunque sea una utopía, borrar esos días de mi memoria. Sé que me será imposible, pero pretendo arrancar esa página y comenzar con un nuevo cuaderno... y, cuanto antes, mejor.

- Creo que lo entiendo y sólo espero que lo consigas.

- En cuanto a la ausencia de Emilio... ¿Vas de coña o qué?

- ¿A qué te refieres?

- ¡Joder, Julia! Eres la encargada de la investigación, así que sabes perfectamente cómo se ha comportado el canalla... ¿En serio tú seguirías con él? Estoy segura de que, si el padre de tu futuro hijo te hubiera hecho algo parecido, tú lo mandarías a la mierda sin vacilar... ¿Me equivoco?

- Sin comentarios...

- No seas políticamente correcta, que eso me cabrea... Hemos quedado en que las dos hablaríamos con sinceridad. ¿Quieres responder, por favor?

- Sí, lo mandaré a la mierda sin dudar ni un segundo... Dicho esto, ¿comenzamos con el interrogatorio? Informal, tal y como hemos quedado.

- No te ocultaré nada, pero te pido por favor que no me atosigues, porque, aunque quiero creer que me encuentro bien, quizás soy demasiado optimista... Como ves, tengo mi móvil en la mesilla. Si necesitas alguna aclaración cuando estés redactando mi declaración, llámame y te daré todas las explicaciones que desees. ¿Te parece bien?

- Perfecto... ¿Qué recuerdas del momento de tu secuestro?

- Había sido un día como otro cualquiera... Estaba volviendo a casa, no recuerdo la hora, pero todavía no había anochecido... De pronto, sentí algo extraño en mi coche y supuse que se trataría de un pinchazo. Paré, me bajé, miré la rueda y, entonces, alguien me puso un pañuelo o un trapo en las narices.

- ¿Reconocerías a su asaltante?

- Ni siquiera sabría decirte si era hombre o mujer. Tengo la sensación de que era una persona más alta que yo, pero la mayoría de la gente lo es, así que de poco te va a servir eso... Perdí la consciencia y no la recuperé hasta que me encontré en mi prisión.

- Es muy posible que te inyectasen algo, porque tu casa queda bastante lejos del lugar donde estuviste secuestrada. Un par de horas mínimo.

- Posiblemente tengas razón, porque me desperté con la cabeza embotada...

Aunque tardé algo en aclararme las ideas, enseguida deduje que se trataba de un secuestro por dinero... Me dije que lo mejor era tomárselo con calma, que Emilio pagaría y yo estaría pronto libre. De todas formas, me pareció conveniente ganarme a Mateo.

- ¿Mateo? Supongo que te refieres a tu carcelero. ¿Sólo había uno?

- El nombre se lo puse yo, porque no iba a estar todo el tiempo diciendo ¡Eh, tú!... Y sí, él fue la única persona que tuve cerca durante mi cautiverio.

- ¿Qué puedes decirme de él? Cualquier cosa que nos permita identificarlo.

- Reconocería su voz sin vacilar, porque hemos hablado durante mucho tiempo, pero no tengo ni idea de su rostro. Siempre llevó una capucha y nunca se me ocurrió pedirle que se la quitara. Tanto él como yo sabíamos que, si alguna vez le veía el rostro, no tendría más remedio que matarme.

- Muy sensata... ¿Edad, peso, altura, alguna característica física destacable?

- Aunque él afirmaba tener veinticinco, también podía ser diez años mayor... En cuanto a su cuerpo, entre uno setenta y uno ochenta, fibroso y... ¡Ja, ja!

- ¿A qué viene esa risa?

- Es que tiene guasa el asunto, Julia... Lo que mejor recuerdo de su anatomía es su pene. Podría describírtelo sin problemas, pero no te serviría de mucho... Sin manchas ni lunares, sin curvas raras... y sin circuncidar. ¡Ja, ja! ¿Me vas a enviar a un dibujante para sacarle un retrato robot?

- Me alegra comprobar que estás recuperando el sentido del humor... El tal Mateo, ¿te contó algo de su vida? Supongo que charlaríais bastante.

- Desde luego, la programación de la tele era muy mala. ¡Ja, ja!... Perdona, esta risa tonta debe ser una reacción inconsciente para superar el trauma de volver a recordar todo aquello... Intentaré comportarme como si fuera una mujer adulta.

- No te preocupes, tú mandas. Ríe, llora, canta, lo que te apetezca. Bastante has sufrido ya.

- Gracias por tu comprensión... Sí, Mateo me contó muchas cosas, pero estoy segura de que muchas de ellas se las inventaba sobre la marcha, porque se contradijo en varias ocasiones... No diré que fuese un mentiroso compulsivo; más bien creo que lo hacía para despistarme, en caso de que alguna vez se le escapase algo verídico.

- Dices que se contradecía... ¿Puedes darme algún ejemplo?

- Una vez me confesó que su padre había matado a su madre cuando era

pequeño; sin embargo, otra vez me habló de que se había acostado con una chica mientras sus padres veían la tele en el salón... ¿Más?... Tan pronto decía que sus profesoras no lo soportaban, como aseguraba que había perdido la virginidad con una de ellas, para otro día afirmar que una prima lo había desvirgado... ¿Necesitas más ejemplos? Es que me aburre el tema...

- Suficiente por ahora, tranquila... Ya has dejado patente lo mucho que mentía... Has hablado antes de tu intención de ganarte a Mateo...

- Desde el primer momento lo tuve clarísimo. Debía conseguirlo como fuera... Eso me mantendría a salvo de daños físicos y, sobre todo, quizás me brindase una oportunidad de fugarme en el futuro, si disminuía la intensidad de su control.

- Bien pensado. ¿Qué hiciste para conseguir su confianza?

- Al principio simulé ser una niña desvalida y desconsolada, pero por ahí no saqué nada. Mateo era inmune a los lloriqueos... Más adelante, se me ocurrió que quizás le fuesen las mujeres que ofrecen cierta resistencia. Por si acaso, aunque mi encierro podía acabar rápidamente, me puse en plan el perro y la gata.

- ¿A qué te refieres?

- Incordiándolo, pero sin atacar a fondo... Estaba asustada, muy asustada, pero no quería que él lo supiera... Pensé que si se lo ponía difícil me tendría más respeto... Lo siento, no sé explicarlo mejor... ¿Cómo te diría? Tú sabes que hay hombres a los que les interesa más la captura de la hembra, que el sexo en sí... Esperaba que fuese uno de ellos.

- ¿Y dio resultado?

- Más o menos... Sin embargo, cuando me comentó que seguramente el fin de semana tendría lugar mi liberación, me aterroricé.

- ¿Por qué?

- Pensé que aquel sería el momento más arriesgado... Si, por cualquier motivo, se veía acosado, podía quitármeme de encima... Aunque me resultaba imposible identificarlo, sí que reconocería su voz y, por tanto, era evidente que yo podría ser una testigo peligrosa... Recuerdo que fue el mismo día en que cogisteis a Emilio con el dinero, aunque entonces yo todavía desconocía ese hecho... Sabía que mientras Mateo me siguiese viendo simplemente como un paquete que iba a intercambiar por dinero, mi vida estaba en riesgo. Quería que me viese como una persona de carne y hueso.

- Muy bien pensado... ¿Qué decisión adoptaste?
- Simulé confesarme con él y estuve bastante tiempo hablándole de mi vida, de lo mal que lo pasé de joven, de mis problemas conyugales, etcétera... Exageré bastante a propósito, con intención de que se apiadase, darle pena o como prefieras expresarlo. ¿Pillas la idea?
- Perfectamente... ¿Alcanzaste tu objetivo?
- Sólo en parte... Como he dicho antes, mi interpretación de niña desvalida no afectaba a Mateo... En realidad, creo que únicamente comencé a interesarle cuando me vio como una mujer hecha y derecha, con un par de ovarios y capaz de ponerlos sobre la mesa cuando fuese preciso.
- ¿Podrías aclararme eso?
- Creo que no tenía en gran consideración a las amas de casa. Sin embargo, cuando le hablé de mi actividad empresarial, con la puesta en marcha de mi taller, estuvo haciéndome preguntas sin parar... Cuando le comenté algunas intimidades de mi relación con Emilio, igual.
- Interesante... Supongo que Mateo te informó de que habíamos interceptado a tu esposo a la salida del banco, con un millón en una bolsa, esa misma tarde o esa noche...
- No, fue a la mañana siguiente... Me lo contó cuando me desperté.
- ¿Cuánto tiempo te dejó sola? Lo digo, porque hay más de doscientos kilómetros entre el lugar donde estuviste retenida y tu domicilio.
- No tengo la menor idea, me quedé dormida.
- ¿Te explicó Mateo cómo se había enterado de nuestra intervención?
- No... La verdad es que estaba muy cabreado, porque él realmente creía que ese fin de semana terminaría su trabajo de carcelero. Estaba furioso, bastante furioso.
- ¿Entonces fue cuando te propuso escribir la carta a tu esposo?
- ¡Cómo! No, Julia, te equivocas... Eso se me ocurrió a mí.
- ¡Qué dices! ¿No te obligó Mateo?
- Desde luego que no... Cuando me enteré de lo ocurrido, se me llevaron los demonios... Supe con certeza que era cosa de Emilio y que el muy hijo de puta iba a intentar retrasar mi liberación al máximo.
- La carta fue para presionarle, pues.
- En efecto... En ella también le amenacé con hacer un testamento

manuscrito... Sí, sabía que era un mero disparo de fogueo, pero quería acojonarlo para que dejase de hacer el pánfilo e hiciese cuanto fuese posible para liberarme con rapidez.

- ¿Te enteraste de que habíamos interceptado tu carta?

- Sí. Unos días más tarde me lo dijo Mateo.

- ¿Cómo supo él lo sucedido?

- Nunca me dijo cómo averiguaba las cosas y yo no era tan imprudente como para intentar sonsacárselo.

- En cualquier caso, se trata de un indicio que claramente apunta a la existencia de posibles cómplices.

- Yo no lo tengo tan claro... Es cierto que Mateo aludía a ellos con frecuencia, pero no lo aseguraría de manera tajante.

- ¿Por qué lo dices? ¿Consideras que un hombre en solitario pudo montarlo todo?

- No lo sé, en serio. Desde luego, quien me capturó cuando salí del coche, era una persona. Sólo una.

- ¿Estás convencida de que Mateo lo organizó él solo?

- La verdad es que sí, aunque igual lo pienso para tranquilizarme.

- Te entiendo perfectamente... Si te secuestró una banda, ¿quién dice que no vuelven a intentarlo más adelante o pretenden vengar la muerte de su compañero?

- ¡Qué manera tan particular tienes de animarme, Julia! ¡Ja, ja!

- Prefiero ir con la verdad por delante y contemplar todas las posibles contingencias. Por si te sirve de consuelo, en caso de que existiese tal banda, ten la seguridad de que sus miembros se habrán largado del país con viento fresco... y eso de vengar a un compañero muerto sólo pasa en las películas.

- No te preocupes por mi moral, que he analizado esas eventualidades muy a fondo... Mientras estaba encerrada he dispuesto de mucho tiempo para reflexionar... demasiado tiempo.

- Me disculpo por haber sido incapaz de liberarte. Te doy mi palabra de que hemos trabajado al máximo y soy la primera...

- Deja de autoflagelarte, que ya no sirve de nada... ¿Sabes, Julia? Cuando me recupere, me tomaré unas largas vacaciones y viajaré por todo el mundo. De ese modo, estaré totalmente segura, ¿no crees?

- Desde luego.
- De todas formas, analizando la cuestión fríamente, sigo pensando que Mateo estaba solo.
- ¿En qué te basas?
- Tan pronto me hablaba de sus colegas como usaba el singular, pero ya te he dicho que mentía con desparpajo, creo que para confundirme. En varias ocasiones mencionó a su jefe, una especie de superhéroe malvado que tenía ojos en todas partes. ¿Qué quieres que te diga? Eso me sonaba a ficción adolescente... En mi opinión, se inventó a su jefe para acojonarme y evitar que se me ocurriese intentar escapar. ¿Cuál es la tuya?
- Sospecho que alguien del pueblo o del puesto le pasaba información, porque parecía estar al día sobre la investigación.
- Tú sabes de eso más que yo... Dime, ¿has encontrado alguna pista que apoye esa hipótesis?
- No, la verdad, y eso que le he dedicado muchas horas y esfuerzos... Llámalo corazonada, intuición o deducción, como quieras; para mí es evidente que contó con ayuda exterior... Además, si estaba siempre contigo, vigilándote, era imposible que estuviera al tanto de algunas cosas.
- En eso te equivocas otra vez... ¿Por qué crees que estaba encadenada? Mateo desaparecía con cierta frecuencia.
- ¡No me jodas! Ese detalle lo desconocíamos. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Cuánto tiempo estaba fuera?
- Horas... Allí abajo, sin reloj, resultaba imposible llevar la cuenta del tiempo... La mayoría de las ocasiones que salí acabé quedándome dormida leyendo sin que él hubiese regresado.
- ¿A dónde iba? ¿Te lo dijo?
- Seguro que fue a comprar en varias ocasiones; agua, comida, cervezas... Una vez, al menos, pasó por su casa, o por donde fuera, para coger ropa suya, además de toallas, sábanas...
- En otras palabras... Existe la posibilidad de que Mateo no tuviera cómplices... Sigue sin convencerme la idea, pero tu testimonio me da qué pensar... Continúa, por favor.
- Días después, cuando aquello estaba clarísimo que se alargaría, decidí dar el siguiente paso... Aunque te siente mal oírlo, la verdad es que no confiaba demasiado en que me rescataseis.

- No puedo reprochártelo, Sandra... Sabes que...
- Déjalo, que ahora no quiero hablar de eso... Lo que voy a contarte a continuación, quedará entre nosotras. ¿Está claro? Si pones algo en tu informe, lo negaré y, además, te... Mejor me callo. Deja volar tu imaginación.
- Sin comentarios... ¿Cuál fue ese siguiente paso que diste?
- Utilizar mis armas de mujer... En otras palabras, me propuse acostarme con él cuantas veces fuera preciso, para que comiera en mi mano y acabara cometiendo un error. ¿Te escandalizo?
- De ninguna manera... Si yo hubiera estado en tu lugar, desconozco qué límites hubiera traspasado.
- Aunque Mateo me había secuestrado, la verdad es que no intentó propasarse conmigo en ningún momento. Por tanto, me vi obligada a tomar la iniciativa y... esto seguro que esto no te lo esperas, la primera vez rechazó mi aproximación, alegando que yo estaba vulnerable. En ese sentido, se portó como un caballero.
- Entonces, ¿nunca te violó?
- La línea que delimita el concepto de violación puede ser muy difusa... Jamás me habría acostado con él si hubiera estado libre; tenlo por seguro... Aunque Mateo no me forzó, yo sí me sentí forzada a mantener relaciones sexuales con él, porque era la única posibilidad que tenía de poder huir en el futuro... ¿Qué piensas? ¿Fue sexo consentido?
- ¡Claro que no!
- Me agrada que nos entendamos... También debo confesarte que Mateo dominaba el asunto; buena técnica y mucha experiencia, ¿lo pillas?... Ya que estaba obligada a abrirme de piernas, resolví intentar disfrutar al máximo y, muy a menudo, lo conseguí. ¿Escandalizada?
- Al contrario; era lo mejor que podías hacer para evitar laceraciones y lesiones... ¿Te incomoda si pregunto por la frecuencia de vuestros encuentros?
- ¿Por qué iba a molestarte? De hecho, tú misma podrías deducirlo sabiendo cuál era mi propósito... Además, ten presente que los entretenimientos no abundaban en mi prisión y, a veces, hasta me apetecía un poco de marcha, porque ya te he dicho que Mateo era muy hábil... Lógicamente, muchas veces no tenía ningún deseo sexual, pero, aun así, me obligué a darle caña... Me propuse que lo hiciéramos como conejos, para convertirlo en mi corderito.
- ¿Y lo conseguiste?

- La duda ofende. ¡Ja, ja!... Nunca, ni en mis tiempos más despendolados, he mantenido relaciones sexuales con tanta frecuencia. Sin embargo, tampoco deseaba matarlo a polvos... Mateo debía durarme hasta que tuviera una cierta seguridad de poder encontrar yo sola la vía de escape.

- ¿Cómo lo hiciste?

- Según mi plan, primero necesitaba buscar una salida de emergencia, por si acaso Mateo me perseguía, como así fue. Claramente tenía que ser el arroyo, de modo que me empeñé en lavarme siempre que me pringara con su semen. Lo hicimos tantas veces que me aprendí el camino de memoria... En caso preciso, podía ir a oscuras desde el arroyo a mi lugar de encierro o viceversa... Para el siguiente movimiento, averiguar cuál era el camino que llevaba a la superficie, sólo se me ocurrió un procedimiento que, necesariamente, iba a exigir bastante tiempo... ¿Quieres tomar algo? Lo siento, pero sólo hay botellines de agua.

- Gracias, estoy bien... ¿Cansada? ¿Hacemos un alto?

- No, no... Es que tenía la garganta reseca de tanto hablar. ¿Por dónde iba?

- Me estabas explicando lo que se te ocurrió para encontrar la ruta de salida.

- Ya llevaba bastante tiempo encerrada y, mientras tanto, Mateo entraba y salía... Con tanto paseo, estaba convencida de que habría dejado alguna huella en el suelo, que podría servirme para escapar. Sin embargo, me preocupaba que no pudiese encontrar sus marcas y quise hacerlas más visibles.

- ¿De qué hablas? ¿Cómo podías conseguir eso?

- Mateo comentó alguna vez que había una carretilla por allí, pero que tenía la rueda estropeada, de modo que dejaba cierto rastro a su paso. ¡Eso era justo lo que yo necesitaba!... Esperé unos días, hasta conseguir que comiese de mi mano, y, entonces, le pedí que me trajese cosas pesadas; para que las bajase con la carretilla y se fuese haciendo surco en el suelo.

- ¿Y él no se olió la tostada?... ¿No?... ¿Qué clase de cosas? ¿Podrías ponerme un ejemplo?

- ¡Cómo no!... ¡Ja, ja!

- ¿Por qué ríes?

- Porque ni yo misma me entiendo... Casi estoy disfrutando explicándote cómo llevé a cabo mis planes. ¿Tan estúpida soy que me siento orgullosa de ellos?

- No, Sandra; al contrario, fuiste muy inteligente... Tranquila, lograste tu objetivo, que es lo importante... Es normal que sientas una cierta euforia por

haber conseguido escapar y quieras hablar de ello... Y yo encantada de escucharte... Además, si te soy sincera, tengo bastante curiosidad por averiguar cómo lo hiciste.

- Estaba con la carretilla, ¿no es así?... Bien... Al principio, en la cueva había varias botellas de agua mineral, pero, cuando se acabaron, Mateo dijo que beberíamos agua del arroyo, que las botellas pesaban mucho y era una paliza bajarlas. Evidentemente no podía consentirlo; necesitaba que comprase agua con frecuencia, para que la carretilla fuese señalando la salida... Está claro qué hice, ¿verdad?

- ¡Ja, ja! No soy tan perspicaz como tú, Sandra... Tendrás que explicármelo.

- Cuando quieres manipular a un hombre, siempre se reduce a lo mismo. ¡Sexo!... El agua del arroyo estaba fresca y no sabía mal, pero a Mateo le mentí y le dije que me producía gases... No les dio ninguna importancia, así que esa tarde simulé estar destemplada y me opuse a mantener relaciones con él, a pesar de que le juré y perjuré que estaba loca de ganas, pero que lo sentía mucho, los gases me estaban matando. Al día siguiente se encontró con el mismo panorama... e hizo justo lo que yo esperaba... Fue a toda prisa a comprar botellas de agua mineral y nunca más volvimos a beber la del arroyo.

- Me has impresionado, palabra... ¿Por ese mismo motivo había una nevera en tu zulo? Me preguntaba por qué estaba ahí, pero creo que ya lo sé. Se la pediste tú, ¿verdad?

- Se la exigí, en realidad... Después de acceder a que me penetrase analmente, era lo menos que Mateo podía hacer, ¿no crees?... Se me ocurrió una vez que soñé con una playa paradisiaca, donde estaba tumbada al sol y bebiendo un combinado... Sabía que resultaría muy incómoda de llevar en brazos, así que se vería obligado a usar la carretilla... También le pedí unas cuantas cosas más... Dile a un hombre que te apetece la cerveza fresca, que el vodka te gusta casi helado... y, para acabarla de rematar, que el alcohol te excita sobremanera... ¡El sexo nunca falla con ellos!

- Coincidió contigo... Para según qué cosas son muy elementales.

- Cuanto estuve completamente segura de que Mateo estaba bajo mi poder, pasé a la última fase de mi plan... Si no he perdido la noción del tiempo, eso debió de ser anteayer, mi último día de cautiverio... Con la excusa de que me molestaba la tripa, lo había tenido a dieta dos días y, en esas condiciones, estaba convencida de que Mateo no se opondría a jugar.

- ¿Jugar? ¿A qué?

- A lo que yo dijese, desde luego... Saqué el tema de las fantasías sexuales y le engañé, diciéndole que me excita ser dominada, que un hombre me ate y haga conmigo lo que quiera. ¿Es suficiente o deseas que sea más explícita?

- No hace falta. Cojo la idea.

- Con lo salido que estaba Mateo, sabía que iba a proponerme hacer realidad mi supuesta fantasía... ¡Claro que lo hizo! ¿Qué hombre iba a dejar pasar una ocasión como ésta?... Cayó en mi trampa y supe que ésta era la oportunidad que llevaba tanto tiempo esperando... Le dije que aceptaba su propuesta, pero sólo si después yo hacía lo mismo con él... Es decir, si me permitía atarlo y hacer con él lo que me diese la real gana.

- Y decidió su pene, ¿no?

- Exacto, Julia... Me hizo todas las perrerías que quiso, incluso me violó, algo a lo que nunca antes se había atrevido... Aguanté el suplicio como pude, porque sabía que luego sería su turno.

- ¿Qué sucedió entonces?

- Después de atarlo con los trozos de sábana, necesité asegurarme de que no podía soltarse, porque me jugaba el cuello si lo conseguía.

- ¿Cómo te aseguraste?

- Lo monté para excitarlo y ver si se liberaba, pero aquello no le estimulaba lo suficiente, ya me entiendes... La confirmación definitiva la obtuve cuando le metí un dedo en el ano. Se revolvió como un tigre, pero no consiguió soltarse... Por cierto, Mateo debía tener una cierta vena homosexual, porque eyaculó como nunca. ¡Ja, ja!... Después, cuando supuse que estaría más agotado, cogí su navaja, que la tenía a mano porque la había utilizado para rasgar la sábana y hacer las ataduras, y se la clavé con todas mis fuerzas. Apunté al corazón, pero se giró en el último momento. Aun así, sé que la herida fue importante.

- ¿Sólo lo apuñalaste una vez?... Había mucha sangre sobre la cama.

- Si quieres que te diga la verdad, tras clavarle la navaja perdí la cabeza y no recuerdo qué hice; es como si ese momento hubiese desaparecido de mi memoria... Igual lo recupero, no lo sé... Lo que sí puedo decirte es que no descarto que dejase salir a borbotones toda la rabia que llevaba en mi interior y le clavase la navaja repetidamente.

- Eso es lo que sugiere la cantidad de sangre que hemos encontrado ahí.

- Estaba tan alterada que pude hacer cualquier cosa, Julia... Me fío más de tu

gente, que serán especialistas como los del CSI, que de mi memoria.

- ¿Qué pasó luego?

- Supongo que Mateo sacaría fuerzas de su propia desesperación, al verse a punto de morir, y consiguió romper las ataduras... Estaba débil y le costaba soltarse... Yo había recreado la escena tantas veces en mi imaginación que, sorprendentemente, no estaba nerviosa. Cogí la navaja y la linterna y me fui corriendo hacia el arroyo...

- ¿Por qué hacia allí?

- ¿A qué otro sitio iba a ir? Era el único que conocía bien y no era el momento de jugármela en el laberinto de cavernas. Eso sólo lo haría después, cuando Mateo hubiera muerto.

- ¿Qué ocurrió entonces?

- Mateo tardó en llegar más de lo que suponía... Me alegré. Pensé que eso significaba que estaba débil, que su herida era profunda y grave... ahora sé que le apuñalé varias veces, si es como dices que pasó... Su tardanza me indicó que estaba perdiendo mucha sangre. ¿Es así?

- El análisis preliminar indica eso exactamente... Fue en tu busca tambaleándose, dejando rastros de sangre por el suelo y las paredes. Tanta perdió que resulta casi increíble que lograra llegar hasta el arroyo. El instinto de supervivencia nunca deja de maravillarme.

- Aunque sabía que podía vencerle porque estaba gravemente herido, cuando lo escuché resoplar cerca de mí me aterroricé... Recuerdo que me lo hice encima del miedo que sentí; no me avergüenza confesarlo... ¿Lo has notado?

- ¿El qué?

- El escalofrío que me ha dado... ¡Joder! Me afecta más de lo que pensaba... Un minuto, que voy al baño.

- ¿Te encuentras bien?... No, mejor no cierres la puerta, que...

- Relájate, que sólo quiero mear... ¿Ves? No me pasa nada... Julia, ¿las embarazadas no tenéis que hacerlo a menudo?... Pasa si quieres, que acabo de lavarme las manos en un segundo.

- Gracias, pero no lo necesito todavía... ¿Qué sucedió cuando Mateo llegó al arroyo?

- Justo lo único que no había previsto en mis planes... Me explico. Habitualmente el arroyo bajaba con poca agua, pero entonces la corriente tenía muchísima fuerza... Eso lo sabrás tú. Dime... ¿Cayó una gran tormenta o había

llovido durante bastante tiempo?

- Estuvo tres días diluviando en la sierra.

- Pues con eso no había contado y casi me cuesta la vida... Imagino que Mateo debía saber que estaba a punto de morir y su único deseo era vengarse y mandarme al otro mundo... Se abalanzó sobre mí como un toro y, aunque le clavé la navaja en el estómago, me empujó al arroyo... Caímos e intentó sujetarme la cabeza bajo el agua, para ahogarme... Al no tener ya la navaja, busqué algo para defenderme y, ¡gracias a Dios!, pude agarrar una piedra con la mano... Le golpeé con todas mis fuerzas en los cojones y, cuando me soltó, le machaqué la cabeza varias veces... ¿Habéis encontrado ya su cadáver?

- Todavía no... ¿Estás completamente segura de que Mateo ha muerto?

- Al cien por cien... No recuerdo bien cómo salí del agua, supongo que arrastrándome... Tan aterrorizada estaba que ni me di cuenta de que aún llevaba la piedra en la mano... Cuando me alumbré con la linterna, casi vomito al ver parte de sus sesos en ella... Fue una reacción instintiva. Me entró tanto asco que la arrojé lejos. Cayó en el agua, eso seguro, porque recuerdo el ruido que hizo.

- ¿No tienes la menor duda de que era un fragmento de cerebro lo que viste?

- Estudié Enfermería; sé lo que vi... Supongo que tarde o temprano aparecerá su cadáver en el mar y entonces tendréis la confirmación... Bueno, que el arroyo desemboca en el mar es una suposición, porque Mateo lo comentó en alguna ocasión. ¿Sabéis exactamente dónde acaba?

- Esa zona está muy poco estudiada, aunque, con la popularidad de tu caso, no me extrañaría en absoluto que apareciesen espeleólogos en manada cuando demos por cerrada la investigación... Según un geólogo al que hemos consultado, es muy posible que desagüe en el mar, pero deberemos esperar.

- Si algo he aprendido durante mi secuestro es a tener paciencia.

- ¿Qué hiciste cuando recuperaste el ánimo?

- Aunque te sorprenda, lavarme a conciencia. Me sentía sucia... Quería eliminar a Mateo de mi vida y me daba repugnancia llevar todavía restos de su sangre y de su semen.

- No es una reacción tan extraña y es muy posible que yo también hubiera procedido igual. El simple hecho de realizar una tarea cotidiana hace que nos calmemos.

- Agradezco tus palabras, Julia... No sabes cuánto.

- ¿Quieres descansar un poco? Puedo venir...
- Prefiero seguir, que tampoco falta mucho, espero.
- Después de limpiarte, ¿qué hiciste?
- Volví a la cueva y me vestí... En la leonera de Mateo encontré una libreta y fui haciendo trocitos de papel con las hojas... También recuperé mi móvil y me quedé asombrada al ver que estaba cargado. Lógicamente, allí abajo no había cobertura.
- Los trocitos de papel, ¿pensabas utilizarlos como las migas de pan de Pulgarcito?
- Bien deducido. ¡Ja, ja!... Sabía que aquello era un maldito laberinto e iba a necesitar mucha calma y perseverancia para encontrar las huellas que había dejado la carretilla, porque ellas me llevarían a la superficie... Fui probando un camino, luego otro... y otro y otro... hasta que solté un grito de alegría cuando descubrí el surco salvador... Cuando salí al exterior, me tiré larga en el suelo y estuve llorando durante no sé cuánto tiempo... Tuve suerte, no llovía y era de noche; eso me permitió ver los faros de un coche a lo lejos y pensé que allí había una carretera... A mitad de camino, ya tuve cobertura... Llamé al 062 y, poco después, me recogió un coche de la Guardia Civil, que me trajo a este hospital.
- Has pasado una odisea y mereces toda mi admiración... Si te soy sincera, me impresiona tu aplomo. Pensaba encontrarme con una mujer desconsolada, sin parar de lloriquear y diciendo incoherencias, y me encuentro contigo, que, como has dicho antes, eres una mujer hecha y derecha, con un par de ovarios y capaz de ponerlos sobre la mesa.
- ¡Qué buena memoria!... Julia, recuerda que soy una mujer de negocios. Sé cómo manejar a los hombres y sé controlar los nervios en situaciones difíciles. No puedes imaginar la tortura que ha sido mi encierro, pero estoy decidida a superarlo... ¿En serio te parezco fría?... Es posible. Quizás sea esa la coraza que me he puesto para evitar caer en la depresión y en la autocompasión.
- Te pido disculpas si has entendido que te estaba censurando; al contrario, era un halago a tu entereza. Has pasado por una experiencia traumatizante y estás siendo capaz de afrontarla. Eres un ejemplo para todas las mujeres.
- Tampoco es eso, que... Bueno, da igual... ¿Qué habéis descubierto?
- Me da vergüenza admitir que muy poco... Ni siquiera, como hemos hablado antes, tenemos la certeza de Mateo tuviese cómplices. Por lo que respecta a tu

lugar de encierro, hemos recogido sus huellas y muestras de su ADN, pero no aparece en nuestras bases de datos... En otras palabras, nunca ha sido fichado. Por el momento, no tenemos forma de identificarlo.

- ¿Cómo? ¡No puede ser!... En la base de datos del DNI están registradas las huellas dactilares de todo el mundo, ¿no?

- Sí, pero la ley nos impide acceder a ella. Sólo podemos cotejar las de Mateo con las de quienes han sido detenidos con anterioridad.

- ¡Joder!... ¿Qué más?

- Tampoco hemos encontrado ni la piedra ni la navaja y me temo que tardaremos mucho en hacerlo, si es que lo conseguimos, porque la corriente continúa bajando con mucha fuerza y las habrá arrastrado quién sabe dónde. Confío en que aparezca pronto el cadáver de Mateo, pero también es posible que esté atascado en algún agujero de los muchos que hay en el cauce del arroyo.

- ¿Qué quieres que te diga, Julia? No es por criticarte, pero no tenéis absolutamente nada... Si no hubiese conseguido escapar, todavía seguiría allí.

- Tienes todo el derecho del mundo a decirme eso. La única excusa que puedo alegar es que he hecho todo cuanto estaba en mi mano, lo mejor que he sabido y que si quieres presentar una queja ante...

- ¡Eh, eh! Que tampoco es eso... El estar embarazada no te da derecho a vencerme a base de lágrimas... Sécate y sigamos hablando... ¿Habrá algún juicio? Te lo pregunto porque quiero olvidarme de todo cuanto antes.

- ¿La verdad?... No tengo ni idea, aunque creo que no habrá ninguno... Sin el cadáver de Mateo, no se me ocurre cómo vamos a encontrar a sus hipotéticos cómplices ahora que todo ha terminado. Entonces, ¿a quién juzgar?... Y cuando aparezcan sus restos a nadie se le pasará por la cabeza acusarte de nada. Bastante has sufrido y, además, todo lo que me acabas de contar encaja perfectamente con los análisis forenses.

- Lo prefiero así... Y me alegro por ti, Julia.

- ¿Por mi embarazo?

- Por eso también. ¡Ja, ja!... Me refería a que recibirás muchas felicidades por haber resuelto el caso.

- ¡No me jodas, Sandra! Después de ponerme de vuelta y media, no te chotees de mí. Has sido tú sola quien lo ha conseguido.

- No voy a discutirte eso... Tienes razón, lo hice yo, pero estoy libre y eso es

lo único que me importa, lo demás me da igual. ¡Que todos los honores sean para ti!... Redacta mi declaración como te venga bien y, si respetas nuestro acuerdo, la firmaré.

- Me encuentro en una situación un tanto incómoda... Comprendo tu petición, pero date cuenta de que me estás pidiendo que falte a la verdad.

- ¡Ni mucho menos! Si pones que Mateo me violó repetidamente y aproveché una ocasión para fugarme, perfecto, siempre que no se le dé ninguna publicidad, porque a nadie le interesa mi vida sexual... No eres tan estúpida como para pensar que voy a declarar la verdad... que me abrí mil veces de piernas con una sonrisa para engatusarlo y hacerlo caer en mi trampa y, después, matarlo... Dime la verdad, Julia; ¿son tan importantes esos detalles? Si estuvieras en mi lugar, ¿te arriesgarías a que eso saliera a la luz? ¿No he sufrido ya bastante?

- Te estás aprovechando de mi manifiesta ineptitud y, también, de que entiendo muy bien cómo te sientes... De acuerdo, Sandra. Por primera vez en vida voy a falsear un informe oficial... siempre que esto quede entre las dos. Secreto total.

- La única persona que podría romperlo está muerta... Gracias.

- Hay detalle que resulta imposible omitir, porque los informes médicos se incorporan al sumario y ellos lo reflejan. ¿Sabes de qué te hablo?

- Lo sé, Julia... ¿Qué puedo decirte? Pensaba que nunca podría quedarme embarazada, porque lo había intentado muchas veces con Emilio y, por eso, tampoco opuse demasiada resistencia a acostarme con Mateo sin protección... Además, ¿qué otra cosa podía hacer? Una o dos veces pude escabullirme con sexo oral, cuando supuse que estaba en mis días fértiles, pero al final tuve que claudicar y aceptar lo inevitable, porque no iba a mandarlo a comprar preservativos. Como mínimo, se me habría reído en la cara y, en el peor de los casos, mi plan de seducción correría peligro, algo que no estaba dispuesta a consentir.

- Supongo que tienes decidido abortar.

- Cuando ponga en orden mi vida, será lo primero que haga... Y ahora, ¿qué tal si damos por finalizada esta charla? Ha sido muy agradable, pero me siento muy cansada y me gustaría tumbarme un poco.

- ¡Faltaría más! Esta tarde me pondré con tu declaración y, como hemos quedado, si necesito alguna aclaración te llamo al móvil... En cualquier caso, te la leeré por teléfono antes de imprimirla, por si quieres hacer algún cambio.

¿Estás de acuerdo?

- Desde luego... Como me adormilo a ratos, esta noche tardaré en coger el sueño, así que puedes llamarme en cualquier momento, aunque sea tarde.

- Intentaré acabar lo antes posible, para no molestarte a última hora... Entonces, hasta mañana que...

- Un segundo... Supongo que conocerás al brigada Romero, el jefe del puesto de mi pueblo.

- Desde pequeña. ¡Ja, ja!... Estuvo destinado con mi padre y eran muy amigos. ¿Por qué lo dices?

- Porque quiero comentarle un asunto personal, relacionado con Emilio... Cuando hayas preparado mi declaración para ser firmada, ¿te importaría que me la trajese él en persona? Así hablamos los dos y tú no pierdes el tiempo viniendo de propio, porque supongo que todavía tendrás unas cuantas cosas pendientes, ¿no?

- Por mí, encantada... Sigo liadísima con el papeleo y, además, también querría acercarme a la sierra... aunque en mi estado, dudo que me permitan bajar a ver el lugar de tu reclusión. Además, por lo que has dicho, es posible que no quepa por algún pasadizo, con lo gorda que estoy. ¡Ja, ja!

- Estás hermosa, no digas sandeces... Desconozco cuándo nos volveremos a ver, porque haré lo posible por desaparecer cuanto antes de todo el mundo conocido... ¿Me permites darte un abrazo de despedida?

- Y un par de besos también.

- Gracias por su comprensión... Acaba el papeleo lo antes que puedas y dedícate a descansar y a prepararte para el feliz desenlace... ¿O todavía te van a asignar otro caso?

- No creo, pero nunca se sabe. Lo que sí puedo asegurarte es que, cuando regrese a casa, me tomaré dos semanas de vacaciones. He tenido abandonado a mi maridito durante mucho tiempo y quiero compensarle. ¡Ja, ja!

- ¿Y dónde iréis?

- Seguramente a Londres, que...

- Demasiado cerca para mi gusto... A mí me encantó Australia.

- Demasiado lejos para mi gusto, en mi actual estado. ¡Ja, ja!... Cuídate mucho, Sandra, y rehaz tu vida.

- Sé feliz... Disfruta de tu marido y de tu hijo.

Al día siguiente

- Buenos días, Sandra. ¿Qué tal ha descansado?... Vengo a hacerle la habitación... Le abro la ventana un poco, que hoy tenemos un sol maravilloso... ¿Qué pasa? ¿No le ha gustado el desayuno? Se ha dejado algo y...
- Estoy un poco desganada, eso es todo.
- Necesita comer, para recuperarse cuanto antes... Por cierto, antes de que se me olvide, el brigada Antonio Romero está esperando afuera y me...
- Por favor, ¿te importaría volver dentro de un rato, cuando él se vaya? Es urgente que hablemos lo antes posible.
- Sin problema. Ya haré la habitación después... ¿Salgo y le digo que pase?
- Muchas gracias. Eres muy amable.
- Hasta luego, pues... Brigada, dice la señora Castillo que ya puede pasar.
- Buenos días. Me alegro al comprobar que su estado físico es...
- Cierre la puerta y siéntese. Tenemos mucho de qué hablar.
- Como usted quiera... ¿Qué tal está, Sandra? ¿Se recupera...?
- Déjese de paridas, demonios.
- ¿A qué viene ese tono? ¿Qué le ocurre? La sargento Asensio me dijo que...
- ¿Ha traído mi declaración para que la firme?... Perfecto... ¿La ha leído?
- Desde luego. Detenidamente.
- ¿Cuál es su opinión?
- Ha sufrido un calvario y me alegro de que...
- ¡Joder! Le acabo de decir que nada de chorradas y no me hace el menor caso... ¡Cállese!... Voy a exponerle una serie de hechos y, luego, le diré qué espero de usted. ¿Entendido?
- No mucho, la verdad. Me siento algo confuso. No obstante, la escucho.
- Comencemos con mi declaración... Hay una cuestión que oculté a Julia y...
- ¡Cómo! ¿Me está diciendo que su...?
- ¡Cállese de una maldita vez!... ¡Joder! ¡Lo que me faltaba!... Encima, tiene la desfachatez de simular escandalizarse... No tiene la menor vergüenza, brigada.
- Resulta evidente que se encuentra sumamente alterada, Sandra. En estas

condiciones, prefiero irme... Ya volveré en otro momento.

- ¿Cómo se encuentra su nieta? ¿Va mejor? ¿Cuánto hace que no la ve?

- ¡Qué! ¿Cómo se ha enterado de la enfermedad de mi nieta? No recuerdo haber hablado de ella con nadie del pueblo.

- Responda a mis preguntas y, después, contestaré a la suya.

- Su situación se mantiene estable y sigue peleando como una jabata contra su dolencia... Debido a su secuestro consideré necesario quedarme en el pueblo y, por esa razón, sólo he podido visitarla dos fines de semana.

- ¿El tratamiento en Estados Unidos podría salvarla? Según mis informes, está todavía en fase experimental.

- ¿Cómo?... Sí, es verdad... Sin embargo, los ensayos clínicos ofrecen esperanza y a ese clavo ardiendo nos agarramos, pero...

- Está el problema del dinero, lo sé... Ahora es mi turno. Le aconsejo que atienda con suma atención... He mencionado antes que oculté a Julia un detalle. Ahora voy a revelárselo y comprenderá todo... ¿Recuerda que el último día, cuando até a mi carcelero, le clavé su propia navaja varias veces?

- Sí, he leído su declaración.

- Pues bien, así no fue exactamente como sucedió... La abundante sangre que había sobre la cama no corresponde a una ira descontrolada, ni mucho menos. La verdad es que estuve un buen rato torturándolo y, por eso, se desangró el pobre Mateo... aunque ambos sabemos que ése no es su nombre verdadero.

- ¡Qué!... ¡Cómo!... ¿De qué...?

- Cuando un hombre tiene la certeza de que su pajarito y sus huevos corren peligro, canta lo que sea para alejar la navaja de su entrepierna, ¿me entiende?... ¡Y Mateo cantó como un ruiseñor!... Me contó todo, absolutamente todo.

- Desconozco qué le dijo, pero...

- ¡Cállese, cabrón! ¡Usted organizó mi secuestro!... En este momento desearía tener en mi mano la misma piedra con la que machaqué la cabeza de Mateo, para hacer lo mismo con la suya... Sin embargo, casi prefiero no tenerla, porque sería una venganza demasiado rápida y pretendo paladearla con suma lentitud... He resuelto joderle la vida y esté seguro de que lo voy a hacer... Y no me obligue a gritar de nuevo, porque nadie más debe enterarse de esta conversación.

- ¿Ha perdido el juicio? Yo no tuve nada que ver con su secuestro, por mucho

que me acusase su carcelero. Es imposible que tenga alguna prueba de lo contrario.

- En eso tiene razón, brigada. Carezco de pruebas, pero estoy segura de que Julia, la sargento Asensio, las puede encontrar sin gran dificultad... Sé dónde vivía Mateo y pueden cotejar sus huellas con las que dejó en mi lugar de encierro... Una vez identificado, y sabiendo que ambos están relacionados, a Julia no le costará nada encontrar las pruebas de su confabulación... Sólo necesito hacer una llamada anónima y usted acabará a la cárcel.

- Me temo que la medicación la hace delirar.

- ¡Ya le gustaría! Es un canalla y, por su culpa, he sufrido una experiencia aterradora... He estado secuestrada durante una eternidad y, mientras tanto, mi padre ha fallecido; no pude despedirme de él, ni asistir a su entierro... ¿Se figura lo doloroso que me resultó todo?... ¡Ni perdono ni olvido! Me he ganado el derecho a mi venganza y la voy a ejercer.

- Afrontaré las consecuencias de mis actos y...

- ¿En serio cree que voy a conformarme con mandarle a la cárcel? ¡Qué poco me conoce! ¡Ja, ja!... No, he dicho antes que voy a joderle la vida y no dude que así será... Rezaré para que viva muchos años y nunca se olvide de Mateo... Su muerte le remorderá la conciencia mientras la cabeza le funcione... Sí, yo lo maté, pero usted tuvo la culpa... Usted, nadie más, es el responsable de que se haya ido de este mundo.

- Le doy mi palabra de que nunca pensé que... Mateo... podría atreverse a sobrepasarse con usted. Todavía no puedo creerme que la violase.

- ¡No tiene la menor vergüenza! ¡Es un cabrón y un hijo de puta!... No voy a permitir que intente escaquearse; resulta demasiado transparente... Piensa que su muerte no pesará tanto sobre su conciencia si me violó, ¿verdad?... ¡Jódase!... Mateo se comportó como un señor siempre que nos acostamos, aunque es evidente que eso no podía aparecer en mi declaración... A pesar de ser mi carcelero, Mateo me caía bastante bien y, repito, sólo quiero que jamás pueda quitárselo de la cabeza. Únicamente hay un culpable de su muerte, usted.

- ¿Algo más?

- Sí, muchísimo más, así que vuelva a sentarse... Atiéndame con suma atención... ¡Siéntese le he dicho!... Si hace todo cuanto le voy a decir, absolutamente todo, me comprometeré por escrito a hacerme cargo del tratamiento de su nieta; podrán llevarla a Estados Unidos y recibirá los

mejores cuidados médicos del mundo.

- ¡Cómo dice! Primero me acusa de... Disculpe, todavía no me encuentro cómodo reconociendo en voz alta mi crimen... ¿Me está diciendo que pagará todos los gastos?

- Eso acabo de afirmar y siempre cumplo mis promesas... La vida de su nieta está en juego. Usted decide... Si cumple todas mis peticiones al pie de la letra, tendrá el dinero.

- Dígame qué desea que haga.

- Ésa es la actitud que espero por su parte a partir de ahora... En cuanto a mi objetivo, es muy elemental y primario... Quiero venganza y sé cómo la voy a obtener... Comencemos por usted y dejemos a Emilio para el final.

- Usted dirá.

- Mañana mismo me traerá, escrita de su puño y letra, una confesión completa detallando cómo organizó mi secuestro.

- La tendrá, pero, aunque sé que no tengo ningún derecho a pedírselo, le rogaría que me permitiese omitir un detalle cuando la redacte.

- Explíquese.

- Quiero dejar claro que admitiré por escrito mi culpabilidad. Entiendo que desee castigarme y merezco cualquier pena que me imponga; además, está siendo muy generosa ofreciéndose a costear los gastos de mi nieta... Sin embargo, hay otra persona que resultará perjudicada si mi confesión es completa y deseo mantenerla al margen. Por favor, aceptaré toda la culpa, pero déjeme...

- ¿Sólo tuvo un cómplice, además de Mateo? ¿Se refiere al que debió seguirme cuando iba en el coche camino de casa? ¿Cómo se llama?

- Eloy Broto. Sólo éramos nosotros tres; Mateo, él y yo... La participación de Eloy se redujo a un papel minúsculo en su secuestro y, además, el pobre está desahuciado; tiene un cáncer terminal.

- Si está pretendiendo ablandarme, lo tiene crudo. ¡Son mis putos secuestradores!... ¿En serio espera clemencia? ¡Y una mierda!... Escribirá su confesión en un folio y, en otro distinto, detallará la participación de ese hombre.

- Se lo suplico. A Eloy le queda poco tiempo de vida y...

- Si él no tuvo ningún reparo en participar en mi secuestro, yo no voy a tener ninguna piedad con él. Asunto zanjado.

- Al menos, ¿me permitirá informarle de esta conversación, para que tome las medidas que...?
- No sólo se lo permito, sino que se lo exijo... También pretendo vengarme de él, no lo olvide... Quiero que el poco tiempo que le queda en este mundo lo pase angustiado, esperando que vayan a detenerlo en cualquier momento.
- Mañana sin falta le traeré cuanto me ha pedido.
- Todavía no he terminado con el tema de su confesión... En ella no dará ninguna pista sobre la verdadera identidad de Mateo. Será un desconocido al que pilló traficando y usted aprovechó esa circunstancia para convencerlo de que participase en mi secuestro o cualquier otra cosa que se le ocurra, siempre que su relato tenga visos de verosimilitud. ¿Ha quedado claro?
- Sí.
- ¿No le interesa saber para qué quiero su confesión?
- Supongo que para sacarla a la luz cuando considere oportuno.
- Cuando más le joda; exacto... ¿Qué le parecería ser detenido unos días antes de la boda de su nieta?
- Si ella consiguiera llegar hasta esa edad, me sentiría el hombre más feliz del mundo y, aunque pasase el resto de mi vida en prisión, le estaría siempre agradecido por su generosidad.
- Sabe lamer culos, brigada, y no sé si enfadarme o reírme... Le aseguro que también rezaré para que su nieta recupere la salud, porque ella no tiene la culpa de tener un criminal por abuelo.
- Gracias.
- A partir de este momento, le aconsejo que comience a cuidarse, porque debe llegar a longevo... En el momento que fallezca, ya sea por accidente, enfermedad o suicidio, dejaré de financiar el tratamiento de su nieta.
- ¡Cómo! Es injusto que...
- Basta. ¡Es innegociable!... No me toque los ovarios, hijo de puta. ¿Acaso mi secuestro fue justo?... Estoy siendo excesivamente generosa y puedo arrepentirme en cualquier momento. Ándese con pies de plomo.
- Disculpe.
- Mi venganza requiere que viva muchos años, para que cada día sienta la sombra de Mateo sobre su cabeza y no se le olvide jamás que usted lo mató al obligarlo a participar en mi secuestro... Y, cuando menos se lo espere, haré

pública su confesión... ¿Qué opina? ¿Le parezco muy cruel?

- En absoluto. Aunque sea dura, no equilibrará la balanza. Sé que su secuestro fue mucho peor y, además, se está preocupando de mi nieta.

- Tiene toda la razón del mundo; me ha debido pillar en un buen día... Sigamos... Su confesión es sólo la primera de las exigencias que debe cumplir antes de que yo aporte el dinero.

- ¿Cuál es la siguiente?

- También me traerá la navaja que guardó para chantajear a Mateo.

- ¿Para qué la quiere?

- ¿Quién le ha dado derecho a pedirme explicaciones?... Yo sé por qué ordeno las cosas y usted se limitará a obedecerme. ¿Entendido?... Yo misma me encargaré de hacer desaparecer esa navaja, cuando esté segura de que no me va a ser de utilidad... Y, por primera y última vez, le diré el por qué... Si llega a según qué manos y comparan las huellas con las tomadas en la cueva, pueden tirar del hilo y llegar hasta usted... y eso no puedo permitirlo. Quiero que siga en libertad hasta que yo decida lo contrario.

- Mañana la tendrá en su poder.

- En cuanto a la investigación sobre mi secuestro, insista en dar carpetazo cuanto antes. Usted se encargará del cadáver cuando aparezca y asunto terminado.

- Ya tenía pensado ocuparme del entierro de Mateo cuando recuperemos su cuerpo.

- ¡Que piadoso! Por mí como si lleva flores todos días a su tumba y llora desconsolado... Lo único que me interesa es que cierre el caso de una maldita vez. No quiero que se reabra cuando me encuentre en Dios sabe dónde. ¿Está claro?

- Totalmente. Sin embargo, debo puntualizar que eso no está en mi mano.

- ¡Pues haga que lo esté, joder!... Pida todos los favores que sean necesarios y aprovéchese de la innmercida simpatía que Julia tiene por usted... ¿Entiende que todas mis exigencias son innegociables y debe cumplirlas a mi entera satisfacción?

- Sí.

- Pues no me obligue a repetírselo continuamente, porque resentimiento y odio son palabras que se quedan cortas para expresar lo que siento por usted... Continuemos con el siguiente asunto... Por el mismo motivo, debe hacer

desaparecer las huellas y trazas de ADN de Mateo que tomaron en la cueva; además, también las borraré de los archivos informáticos.

- Es imposible. Hasta que la sargento no dé por cerrado el caso, será...

- El caso se ha desvanecido en el aire, ¿todavía no se da cuenta? Hay un secuestrador muerto, cuyo cadáver sigue sin aparecer, y una secuestrada que va a prestar la mínima colaboración, porque estará de viaje una larga temporada... Julia ya está semiconvencida de que Mateo lo organizó él sólo. Insista en esa línea y espere a que coja la baja por maternidad... Luego, haga cuanto le he dicho.

- Le aseguro que no tengo ningún acceso a sus bases de datos... Sí puedo consultarlas, pero no modificarlas.

- ¡Joder! Sólo le falta excusarse diciendo que sería un acto ilegal... Si ha sido capaz de montar mi secuestro, no tengo la menor duda de que también será capaz de idear una forma de hacer desaparecer todo rastro de Mateo.

- Lo doy mi palabra de que lo intentaré.

- ¡No! ¡Lo hará!... El tratamiento de su nieta depende de ello.

- De acuerdo. Lo haré.

- Por el momento, esto es todo por lo que respecta a usted y el tal Eloy... Como le llamaré a menudo para informarme del grado de cumplimiento de sus tareas pendientes, si se me ocurre alguna otra cosa, debe tener claro que nuestro acuerdo también le obliga a cumplir mis nuevas órdenes.

- He comprendido perfectamente mi situación. Estoy a su servicio, ahora y en el futuro.

- Perfecto. Pasemos a hablar de Emilio... ¿Ha tenido noticias suyas?

- Cuando le informamos de su evasión, se empeñó en acudir a su encuentro, pero le dijimos que era imposible, atendiendo a su expresa petición. Personalmente me encargué de comunicarle que su aislamiento había sido decisión suya y, la verdad sea dicha, le sentó como una patada en la boca. Me ha estado telefoneando con cierta frecuencia para informarse sobre su estado de salud.

- ¿Sólo se ha interesado por mí? ¿Por nada más?

- Ayer me llamó para preguntar cuándo podía pasar a recoger el dinero y llevarlo al banco. Le contesté que antes de hacer nada, y como hoy venía a visitarla, aprovecharía la ocasión para comentar el tema con usted.

- Bien hecho... Ahora, cuénteme todo cuanto han averiguado sobre Emilio.

- ¿Comienzo por la retirada del dinero, que fue el punto de partida?... La sargento Asensio tuvo claro, desde el principio, que su esposo estaba tras el aviso que recibió. La mujer que la llamó lo hizo desde una cabina de Villaluengo.

- ¿Pagó a esa mujer o era su amiguita?

- Lo segundo... Es una mujer ucraniana que lleva una década viviendo en nuestro país. Su nombre es Iryna y su apellido me resulta imposible de pronunciar.

- ¿Cuántos años tiene? ¿Es guapa?

- Sobre los treinta. En cuanto a su físico, es de esas mujeres que llaman la atención de los hombres a su paso.

- ¿Ella sabía que Emilio estaba casado? ¿Se trata de una prostituta o es tan tonta como para enamorarse de él?

- Iryna estaba al tanto de su matrimonio. Por lo que respecta a su segunda pregunta, la respuesta no la tengo clara. No es una profesional, al menos carece de ficha, pero su esposo siempre que la visitaba le dejaba doscientos euros para caprichos.

- Siga.

- Encontramos también a otra mujer, una divorciada, empleada en una gasolinera. Es anterior a Iryna y, según parece, ésta sí había sucumbido a los encantos de Emilio. Cuando se enteró de que su marido estaba casado, fue ella la que cortó con él.

- ¿Son las únicas amantes que ha tenido?

- Lo desconocemos. La sargento Asensio consideró que no era necesario seguir escarbando en las infidelidades antiguas de Emilio, sobre todo porque descartó su participación en el secuestro. Todo el mundo estaba ocupadísimo explorando las múltiples pistas y cabos sueltos que iban saliendo en la investigación y ella decidió que no merecía la pena dedicar más esfuerzos a buscar amantes de hacía más de dos años.

- ¿Dejó embarazada a alguna de esas mujeres?

- No. Ambas declararon que siempre utilizaban preservativo en sus relaciones sexuales... Quizás la otra particularidad de sus encuentros le resulte más sorprendente... Por lo visto, a Emilio le preocupa mucho que alguna mujer pueda acusarlo de violación tras haber mantenido sexo consentido y siempre grababa con el móvil sus encuentros extramaritales, para defenderse de

cualquier falsa denuncia.

- ¡Ja, ja! Eso sí que no me lo esperaba... Emilio es un cagado, pero nunca pensé que llegase a esos niveles de paranoia... ¡Joder! ¿Han confiscado esos vídeos?

- Sólo uno, que conservaba la mujer ucraniana. La sargento Asensio estimó que no afectaban a la investigación y se despreocupó de buscar más.

- ¿Emilio está al tanto de lo que me acaba de contar?

- Sí.

- ¿Y le han permitido conservar esas grabaciones?

- Cuando surgió el tema, alegó que las había borrado. Según declaró, un virus infectó su ordenador y se vio obligado a formatear el disco duro. La verdad es que cuando registramos su domicilio en busca de pistas sobre su secuestro, no las encontramos, de modo que es posible que dijese la verdad.

- No. Conozco a ese malnacido y sé qué cosas le excitan... Estoy segura de que las guarda a buen recaudo; para él son un tesoro más valioso que el oro.

- Sobre eso no puedo opinar.

- Dejemos ese tema... Quiero vengarme de Emilio, pero también quiero quitármelo de encima cuanto antes, de modo que no puedo dejarlo sin nada, como era mi primera intención. He pensado darle el dinero al que tiene derecho y, si rechaza mi propuesta, será usted quien le presione a fondo para que se conforme con ella.

- ¿Qué debo hacer exactamente?

- Cuando se vaya de aquí, hablaré de nuevo con mi abogado para darle las últimas instrucciones. Él le llamará para concretar la hora en que lo recibirá mañana en su despacho. Allí le entregará todos los papeles que deberá firmar Emilio... Su misión será ir a visitarlo y conseguir que estampe su firma en ellos. Asegúrese de que no se salta ninguno.

- Deduzco que pretende un divorcio rápido. ¿Hay algún dato que necesite saber?

- Mi abogado le aclarará todos los detalles, pero quizás sea conveniente que tenga una cierta idea de nuestra situación económica... Por insistencia de mi padre nos casamos en régimen de separación de bienes y, gracias a su previsión, el divorcio ahora resultará más fácil... Parte del dinero que sacó Emilio de la caja de seguridad era de ambos, de nuestro fondo común; algo menos de trescientos mil. Por tanto, la mitad es suya... Además, le

corresponde una indemnización por su despido, ya que también lo quiero fuera de mi cantera... Hemos calculado que la suma total es inferior al contenido actual de la caja de seguridad y ese dinero es, precisamente, la oferta que le hago, de modo que todavía sale ganando.

- ¿La aceptará de buen grado?

- Lo conozco perfectamente y sé que no se conformará, pero no va a sacarme ni un céntimo más... Haga que mañana mismo firme los documentos... Amenácele con todo cuanto ha averiguado sobre sus amiguitas, presiónelo como le dé la gana, pero logre que firme.

- ¿Y si no lo consigo? Le recuerdo que yo soy un simple brigada y él un abogado de prestigio.

- No me venga con sandeces... Tuvo la suficiente astucia como para organizar mi secuestro, así que estoy segura de que sabrá cómo acojonar a Emilio, por las buenas o por las malas... Si no lo consigue, nuestro trato se rompe.

- Algo se me ocurrirá... Tenga por seguro que firmará todos los papeles que me dé su abogado.

- Además, al hilo de lo que me ha contado, quiero joderle también con eso... Apodérese también de las grabaciones donde se acuesta con sus amantes. Amenácelo con lo que sea, y aquí lo tiene más fácil porque imagino que será ilegal que las hiciera, y tráigamelas... No, mejor no... Se me acaba de ocurrir la guinda del pastel... Grabe los vídeos en un disco o un pen y, cuando esté seguro de que no existen más copias, destrócelo a martillazos delante de él. ¡Ja, ja! Eso sí le joderá.

- Como usted mande... Supongo que tanto mi intervención como mi coacción intrigará a Emilio. ¿Qué le contesto cuando me pregunte por qué me he convertido en su esbirro?

- Dígale la puta verdad... Que voy a pagar los gastos médicos de su nieta y que ahí va a ir a parar el dinero que él pensaba sacarme con el divorcio... Eso también le joderá.

- ¿Algo más?

- Cuando abandone el hospital, seguramente pasado mañana, tengo intención de irme a casa. Para entonces, Emilio debe haber sacado todas sus cosas de allí y estar a cientos de kilómetros de distancia.

Tiempo después

- ¡La madre que me parió! Hace ya quince minutos que has roto aguas y todavía no estás lista... ¿A qué esperas?... Es verdad que no veo la ambulancia por la ventana, pero llegará pronto... ¿Te encuentras bien? ¿Notas alguna contracción? Porque...

- Cállate de una maldita vez, que me vas a volver loca... Yo soy la que debería estar histérica, que soy primeriza, pero eres tan egoísta que hasta hoy pretendes quitarme mi momento de gloria.

- Lo siento, perdona, es que estoy muy nervioso... No todos los días uno va a ser padre por primera vez. Intentaré mantener la boca callada, pero... Ummm... Ummm... Besas de fábula.

- Pues con eso vas a tener que conformarte durante mucho tiempo. ¡Ja, ja! Ya te dije de hacerlo anoche, para que tuvieras un último recuerdo, pero te negaste. ¡Qué canalla! Mira que no querer darle ese gusto a la futura mamá.

- ¡Eh, eh! No seas tramposa, que tú sólo querías hacerlo para ver si se adelantaba el parto, no porque estuvieras cachonda y, en esas condiciones, era imposible que se me levantase.

- ¡Menudo marica impotente estás hecho!

- Te lo perdono porque... Venga, salgamos del apartamento, que me han asegurado los del seguro que la ambulancia llegaba enseguida...

- No cierres, que te has olvidado de la bolsa.

- ¡Joder! ¡Joder! No sé lo que hago. ¿Cómo puedo ser despistado?... Ve acercándote hacia el ascensor, que entro a cogerla y cierro con llave.

- ¡Qué rapidez!... Llegas justo cuando las puertas del ascensor se abren.

- ¡Pues sí que empiezo bien! Espero que esto no sea un mal presagio y me olvide por ahí a nuestro hijo cuando salgamos de paseo.

- ¡Qué tonto eres! Serás un magnífico padre y lo harás muy bien... Lo que no sé es por qué narices me has metido tanta prisa. El agua era transparente y, según la comadrona, eso me daba margen suficiente para darme una ducha y lavarme la cabeza, que buena falta me hace.

- ¡Madre mía! Nuestro hijo está con unas ganas locas de conocernos y tú sólo piensas en ponerte guapa. ¡Ja, ja!

- No me tomes el pelo, que ya verás cómo me queda el cuerpo cuando...

- Sal con cuidado, que el ascensor ha quedado un pelín bajo... Bien, vamos hacia la calle.
- ¿Por qué has tenido que llamar a una ambulancia? Me hace sentir como si estuviera enferma, como si fuera una inútil...
- ¿Y...? ¿Qué otra cosa podía hacer?... Tengo los nervios tensos como cuerdas de violín y me resultaría imposible conducir ahora... ¿Acaso querías ponerte al volante en tu estado?
- Ya me gustaría, pero no quepo. ¡Ja, ja!
- Además, ¿para qué pagamos un seguro médico tan caro?... Mira ahí llega la ambulancia... Ésa que baja debe ser la enfermera... ¿Quién cojones me llamará ahora?
- Responde, mientras yo hablo con la enfermera.
- *Yes... The ambulance has just arrived... The same... Exactly... Yes, I have the documentation... Abrevie, please, my wife is waiting for me... Yes I already know that... Thank you...* ¿Qué te ha dicho la enfermera?
- Todo parece marchar según lo normal. ¿Te llamaban del seguro?
- Sí, una idiota que se enrollaba como las persianas... Acerquémonos; el conductor ha abierto la puerta trasera y quiere que subamos.
- Ayúdame, dame el brazo.
- Siéntate en la silla de ruedas, que estarás mejor... Relájate, la naturaleza es sabia.
- ¡Qué fácil es soltar una chorrada como ésa!... ¿Por qué te crees que hay tanto equipamiento médico en la ambulancia? Te lo diré... Porque la naturaleza no tiene ni puta idea de lo que hace, se limita a lanzar los dados y hacer probatinas... Y si la Madre Naturaleza realmente tuviera que parir, te aseguro que la vida habría desaparecido del planeta.
- ¡Menuda parrafada! No soy el único que está de los nervios. ¡Ja, ja!... Creo que la enfermera te pregunta si prefieres ir tumbada en la camilla.
- *No thanks, I prefer to stay in the wheelchair...* Ya estaré tumbada después demasiado tiempo... ¡Ay!
- ¿Qué te pasa?
- Que la comadrona igual pecaba de optimista... Ya he sentido las primeras contracciones.
- Relájate y ármate de paciencia, que las primeras son suaves.

- ¡Y una mierda! Duelen un montón... Y si las siguientes son peores, me temo que será la primera y única vez que pase por una tortura así... Nuestro hijo se quedará sin hermanos.
- ¡Qué exagerada eres!... ¿Te has fijado en eso de ahí? El material que hay en el estante... Me recuerda a las bolsas de sangre que me sacaste...
- Tú lo que intentas es distraerme para que me olvide de mis dolores... Gracias... Habla de aquello, si te apetece.
- Oye, ¿crees que la enfermera entenderá algo de lo que digamos?
- Ni una palabra... Es paquistaní y lleva dos años aquí.
- ¿Y cómo lo sabes, si la acabamos de conocer?
- Me lo ha dicho antes, cuando hemos hablado.
- ¡Cómo sois las mujeres! Os dejo un minuto a solas y os contáis vuestra vida entera.
- No sigas por ahí, que sabes que eso me cabrea mucho... No querrás que nuestro hijo nazca huérfano, ¿verdad? ¡Ja, ja!
- ¡Cualquiera se mete contigo!... Ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero lo reitero una vez más... Te confieso que nunca confié en que tu truco de magia fuese a dar resultado. Houdini y Copperfield son unos simples aficionados a tu lado. ¡La gran Sandra! ¡La mejor ilusionista del planeta!
- Conseguí hacerte desaparecer del mapa, es cierto... Y tú, bien que desconfiabas de mi plan.
- Es que me parecía imposible que diera resultado... ¡Y lo dio! Vaya manera de engañar a todo el mundo... Si alguna vez te lías con otro, no me enteraré hasta que me tires a la basura.
- ¡Qué bestia eres! ¡Ja, ja!... Y no me hagas reír, que puedo mearme encima y es lo que me faltaba.
- Perdona, con el frenazo casi me echo encima de ti... ¿Qué tal las contracciones?
- Parece que se han calmado. Estoy bien, tranquilo... ¿Te has fijado en la enfermera?
- ¿A qué te refieres?
- No te quita ojo. ¡Ja, ja!
- ¿A mí?... Eres tú la futura mamá.
- Y tú el que está más bueno que el pan... Ahora sí que estoy vulnerable. Ni se

te ocurra mirar a otra.

- Mírame los ojos y fijate bien, debajo de la pupila... ¿Lo lees? Está escrito en pequeñito... *Propiedad de Sandra*.

- ¡Qué tonto eres! ¡Ja, ja!

- Que lo digo en serio... Soy todo tuyo.

- Otra vez han vuelto... Suaves, pero molestas. Mejor no te pongas en plan meloso, que igual tanta dulzura es contraproducente y me provoca contracciones. ¡Ja, ja!... Anda, sigue hablando de nuestro truco de magia, que me hace olvidar la faena que me espera.

- A su servicio, milady... Cuando dijiste que debías sacarme sangre, me acojoné mogollón, pero mereció la pena mi sacrificio.

- ¡Qué blanditos sois los hombres! A cualquier tontería la llamáis sacrificio... Si te tocase parir a ti, sabrías lo que es sufrir de verdad; nada comparable con un simple pinchazo.

- Es de dominio público que me aterrorizan las agujas desde pequeñito.

- No pongas esa cara de cordero degollado que me entrará la risa de nuevo y estoy a punto de mearme... Sabes muy bien que era necesario sacarte bastante sangre.

- Lo sé. Por eso me hiciste comprar la nevera a gas; para almacenar la sangre que me ibas sacando.

- Es que no podía extraértela toda el mismo día; te habría dejado hecho polvo... Y recuerda que debíamos convencer a la sargento y al resto de la Guardia Civil de que te habías desangrado persiguiéndome.

- Si eso lo entiende hasta un ceporro como yo, pero me refiero a lo otro. La de tiempo que perdimos representando mi persecución al detalle, dejando la sangre en los sitios adecuados.

- No íbamos a tirarla de cualquier manera. ¡Ja, ja! Después de tragarme completa la serie *Dexter*, aprendí que los buenos especialistas forenses obtienen mucha información de unas simples gotas de sangre. Resultó bastante lento, sí, pero mereció la pena, ¿no crees?

- Desde luego... Aunque te juro que me asusté cuando me clavaste la navaja. Me cogiste de sorpresa y casi me cago encima.

- Teníamos que esperar a que la corriente fuese fuerte, para que fuese creíble la desaparición de tu cuerpo. Si recuerdas, estuve todo el día hablándote del ruido del agua... Estaba totalmente convencida de que lo tenías presente y, si

no lo comentabas en voz alta, era para no cortarme el rollo, porque estabas con ganas de marcha y querías despedirte a lo grande... ¿En qué pensabas, que ni cuenta te diste?

- En follar, claro. ¡Ja, ja!

- ¡Siempre con lo mismo! ¿Cómo puedes tener a todas horas el sexo en la cabeza?... Y hablando de cabeza, menos mal que se me ocurrió la excusa de haber tirado la piedra al agua, porque no me habría gustado nada verme forzada a machacártela. ¡Ja, ja!

- Sí, el plan salió según habías previsto. Todavía me parece imposible que se tragasen tu engaño.

- ¿Verdad que soy genial? Todo el mundo se creyó que escapé yo solita de mi encierro.

- Genial se queda corto, te lo juro... Y lo mismo digo de la forma en que manipulaste al brigada para obligarle a eliminar toda huella de mi participación.

- Era imprescindible que borrarse tu rastro, para que quedases libre... Ahora no te persigue nadie... salvo esa maldita enfermera que se te come con los ojos. ¡La mataría!

- Déjate de chorradas... En serio, nunca pretenderás escaparte de mí, ¿verdad? Porque si lo hicieras, sí que me desangraría realmente. Sería incapaz de vivir sin ti.

- ¡Ja, ja! ¡Estás hecho todo un romántico, Mateo! ¡Cuánto te quiero!